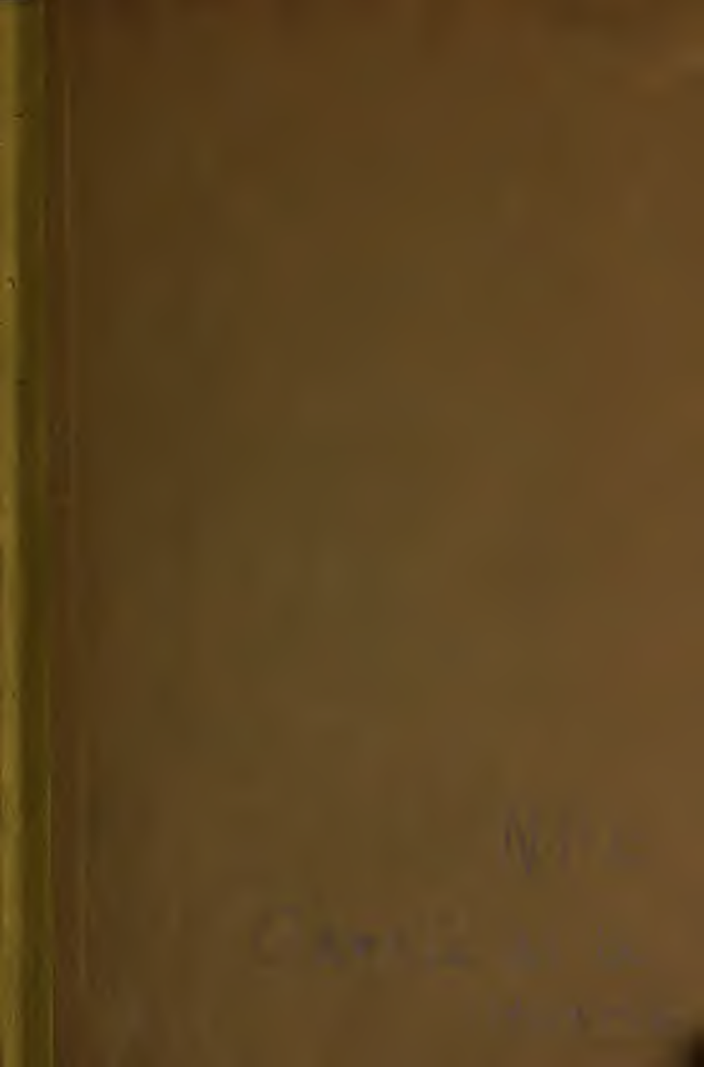

3 3433 07586541 4


W. B. CHORLEY
LIVERPOOL



THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

PARTE SEGUNDA.

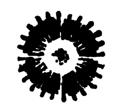
COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA.

TOMO II.

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

COMEDIAS

CONTENIDAS EN ESTE TOMO II.





FAMA VIDA

Y ESCRITOS

DE D. PEDRO CALDERON

DE LA BARCA, HENAO Y RIAÑO,

CABALLERO DEL ORDEN de Santiago, Presbítero, natural de esta coronada Villa de Madrid, Capellan de Honor de S. M. y de los Señores Reyes Nuevos de la Santa Iglesia de la Ciudad de Toledo.

Por D. Juan de Vera-Tasis y Villarroel.

Mal se estrecharà en la esfera breve de mi labio, quien

generosamente ocupa todas las lenguas de la fama: y mal ceñiré á un epílogo tan corto, al que no cabe en los dilatados espacios de los siglos; porque, quien pone márgenes al resplandor, mas que lisonjea, agravia su claridad. Pero fiado en el afecto mio, que suplirá la capacidad del asunto suyo, corro veloz la pluma, para escribir en un abreviado suspiro un permanente sollozo, que le resucite en el ancho templo de la memoria, de quantos en la posteridad le registráren, y sean sus elegantes Escritos, los que con mas viva y eficáz lengua persuadan y enseñen, y muevan á todos los estudiosos; re-

sultando los venerados écos de sus numerosas voces desde Madrid en Hespaña, en Europa y en el Orbe entero; porque solo el Orbe será esfera capáz de percibirlos; que habiendo mi zelosa obligacion de publicarlos á nueva luz, es preciso, que á sus religiosas cenizas erija un túmulo honorario que las zele, ya que no las abrigue: valiendose para tanto empeño de una de las muchas plumas de su fama, en tanto que otras mas bien cortadas que la mia publican elogios dignos de su nombre.

Parece, que á la suma Providencia (en quien todo es facil) cuesta algun desvelo

formar varones insignes, que han de llenar los avultados Anales de los siglos, pues por siglos no los concede; (1) y éste con notable particularidad lo fue, porque le empezó el año de 1601, dia de la Santísima Circuncision de su Humano Hijo nuestro Señor, y dia que pudo esta coronada Villa señalar con piedra blanca; pues le merecio por hijo, donde, ahun sin pisar los alegres umbrales de la vida, ya parece que con tristes écos anunciaba aquel glorioso ruido que habia de hacer en los distantes términos del

(1) Consta de la Fé de Bautismo, que presentó en el Real Consejo de las Ordenes.

Mundo, pues antes de abrir las orientales puertas, lloró en el materno seno, por entrar en el Mundo con la sombra de tristeza, quien como nuevo sol, le habia de llenar de inmensas alegrías. Doña Rotéa Calderon de la Barca, hermana suya y exemplarissima Religiosa en el Real Convento de Santa Clara de Toledo aseguraba, que les oyó decir á sus padres muchas veces, como três habia llorado antes de hacer. Ni en el número, ni en la singularidad cargo ahora la consideracion; porque este breve discurso mas permite referir, que ponderar.

Fue Don Pedro Calderon

de la Barca hijo de Don Diego Calderon de la Barca, Barreda, y Doña Maria Ana de Henao y Riaño; por el apellido de su padre ilustrísimo, pues los Calderones de la Barca Barreda gozaron el fuero de antiguos Hijos-dalgo en el Valle de Carriedo de las Montañas de Burgos, adonde esta noble familia se retiró desde la Imperial Ciudad de Toledo, en la pérdida de Hespaña, (1) segun se deduce de sus mas clásicas Historias, y verídicos Nobiliarios. Por el

(1) Diego de Urbina en sus *Blasones y Linages de Hespaña.* Juan Perez de Bargas, *Nobiliario de Hespaña.* Garcia Alonso de Torres, en los *Linages ilustres* Don Lorenzo de Padilla en su *Nobiliario.*

de su madre fue de los principales Caballeros de los Países-Baxos de Flandes, descendientes del Señor de Mons de Henao, y de antiguo tiempo venidos á Castilla,(1) como tambien de los esclarecidos Riaños, Infanzones de Asturias.

Los primeros años pasó con la educacion de sus nobles y virtuosos padres; y antes de cumplir los nueve de su florida edad, descubrió un gallardo y fecundo ingenio, con que le aplicaron en este grande Colegio de la Compañia á los rudimentos de la

(1) El Canonigo Tirso de Abilés, en su *Nobiliario*, con notas de Carballo. Diego de Urbina Rey de Armas ya citado.

Gramática, donde su diligente vivacidad se adelantó en poco tiempo á todos sus contemporáneos, y con cuya admiracion le trasladaron sus padres desde aquella docta Escuela á la mayor del Orbe, i madre gloriosísima de todas las esciencias, y de los mas vehementes ingenios, que han ilustrado las edades. En esta pues insigne Universidad de Salamanca, amada Patria mia, con el laborioso afan de sus continuados estudios, á pocos años se hizo Señor de las mas recónditas especulaciones Mathemáticas, profundidades Philosóficas, con noticia grande de la Geografía, Cronología, Historia Política, y Sa-

grada; penetrando con su perspicaz sutileza los mas íntimos secretos de ambos Derechos Civil y Canónico; con que en cinco años de estudios se hizo capáz de tantas noticias, que le juzgaban profeso en todas las sciencias; labrandole unas y otras, para nuestra veneracion, perfectíssimo Poeta; pues ya en esta edad tenia ilustrados los Theatros de Hespaña con sus ingeniosas Comedias.

El año de 19 dexó á Salamanca, cultivando el precioso fruto que, en ella habia cojido su estudiosa aplicacion, al lado de muchos grandes Señores de esta Corte. El de 25 pasó por su natural in-

clinacion á servir á S. M. al Estado de Milán, y despues á los de Flandes, en cuyo noble exercicio supo hermanar con excelencia las armas con las letras; invencion muy en lisonja de ellas, pues ciñendo la espada al lado, honró su cabeza con las plumas. Mucho se hubiera adelantado en este honroso exercicio, á no haberse servido S. M. de llamarle para el de sus Reales Fiestas, honrandole el año de 36 (1), con una merced de Habito, que se puso el 37; y ahunque el de 40, al salir las Ordenes Militares, se escusó, mandandole escribir

(1) Consta por el Real Consejo de las Ordenes.

aquella célebre fiesta *Certamen de Amor y Zelos*, que se representó en los Estanques de Buen-Retiro, su honrado espíritu, y vivaz ingenio quiso cumplir con las dos obligaciones; pues en breve tiempo concluyó la Comedia, y tubo lugar para seguirlas á Cataluña, asentando plaza en la Compañía del Excelentísimo Señor Duque de Olivares, donde asistió [1] hasta ajustarse la paz de los dos Reynos, que volvió á la Corte, y S. M. le hizo nueva merced de treinta escudos de sueldo al mes, en la consignacion de Artillería. El de 49,

(1) Consta por la Contaduría de Artillería.

hallandose en Alba con el Excelentísimo Señor Duque, le mandó S. M. por su Real Decreto volver á la Corte, á trazar y describir aquellos célebres Arcos Triunfales para la feliz entrada de su Augusta Esclarecida Esposa Doña Maria Ana de Austria, nuestra Señora, gloriosísima Reyna Madre. El de 51 por su Real Cédula le dió licencia el Consejo de las Ordenes, para hacerse Sacerdote, con que atajó aquellos ardentísimos impulsos militares, dedicandose al mas forzoso obsequio del Señor de los Exércitos, como tambien á la dulce quietud de las festivas Musas. El de 53 repitió S. M. sus genero-

sos honores,[1] dandole una de las Capellanías de los Señores Reyes Nuevos de Toledo, de que tomó posesion en 19 de Junio de dicho año. El de 63, considerandole distante para empleo de sus Reales Fiestas, le honró con otra Capellanía de Honor en su Real Capilla, haciendole corrientes los gages y emolumentos de Toledo en esta Corte, y dandole una pension en Sicilia, con otras especiales y continuas mercedes, en reconocimiento de sus grandes servicios, y premio de sus altos merecimientos, que aquel Quarto gloriosisimo Monarca fue

(1) Consta por el Archivo de la Santa Iglesia de Toledo.

magnánimo en premiar, por ser generoso en conocer los hombres de habilidad; con cuyo motivo anhelaban los espíritus valientes al glorioso afan de los combates, con generosa ambicion de conseguir el digno premio, labrandose en aquella felicísima série mas fecundos ingenios, que han florecido en todas las edades.

Obligóle asimismo con premio y aplauso esta siempre ilustre y coronada Villa de Madrid algunos años á escribir uno de los Autos Sacramentales con que celebra su festivo dia; y reconociendole despues por unico, acordó, que los continuase solo, como lo hizo por espacio de

treinta y siete años; escribiendo al mismo tiempo los de Toledo, Sebilla, y Granada, hasta que en aquellas Insignes Ciudades faltaron estos festejos; y ahun mas allá de la vida pasan los justísimos aplausos de esta Imperial Villa, pues los repite en sus festividades, con acertada resolucion de continuarlos. El mismo año de 63 (1) fue recibido por Congregante en la Venerabilisima y Nobilisima Congregacion del glorioso Apóstol San Pedro, de Presbiteros naturales de esta Corte. El de 66 fue electo Capellan Mayor de dicha venera-

(1) Consta por el Archivo de la Congregacion.

ble Congregacion; y el de 81, agradecido á tan singulares beneficios, se los recompensó dexandola por su universal heredera, en el remanente de sus bienes, que fue el año que nos le arrebató la muerte de nuestros amantes ojos, (1) Domingo á 25 de Mayo, dia gloriosisimo de la Pascua de Pentecostés, desconsolado para todos sus afectos, y lamentable para mí, que me faltó á un tiempo Maestro, padre y amigo. El invisible golpe de su muerte hirió muchos corazones, que por los labios y por los ojos desahogaron su sentimiento,

(1) Muerte de Calderon.

ya en amargas quexas, y ya en dulces canciones, pues lágrimas y acentos en obsequiosa demostracion se unieron, á dedicarle aplausos y congojas, como tributo debido á la Castellana Deidad de los respetos.

Diganlo con voz mas docta aquellos eruditísimos elógios con que le celebraron los esclarecidos Caballeros del Alcazar de Valencia, y aquellos elegantísimos de la muy noble Ciudad de Lisboa, los de Nápoles, Milán, y Roma, con los que en Madrid han publicado, y esperan publicar tantos célebres ingenios. Digalo tambien el Cenotafio Honorario, que le de-

dicó la Venerable Congregacion de Presbíteros naturales para la eterna memoria de los siglos ; y tantos doctos fúnebres epitáfios , como en ésta, y otras Naciones le lloran difunto , y le admiran inmortal.

Cesen (podia yó decir) tantos nobles sentimientos, pues ya á unos y á otros, nos queda por consuelo en esta precisa larga ausencia el retrato vivo que dexó para nuestra veneracion en sus elegantes escritos ; pués cada uno de ellos es una viva imagen , en que copió su incomparable entendimiento. Confirmenlo mas de cien Autos Sacramentales , mas de ciento

y veinte Comedias, sin descaecer en ninguna edad con ellas; pues empezó grande con la de *El Carro del Cielo*, de poco mas de trece años, y acabó soberano con la de *Hado y Divisa*, de ochenta y uno, coronando su madura edad doscientas Loas Divinas, y Humanas; cien Saynetes varios; el libro de la Entrada de la augusta Reyna Madre nuestra Señora; un dilatado *Discurso sobre los quatro Novisimos*, en octavas; un *Tratado*, defendiendo la nobleza *de la pintura*: otro en *Defensa de la Comedia*: Canciones, Sonetos, Romances, con otros métros á varios asuntos, premiados en el pri-

mer lugar de Certámenes, y Académias, y en el juicio de todos los discretos cortesanos, fueron innumerables.

¿Qué otra cosa (repito) es cada uno de estos discursos, que una pintura espirante y un perfecto retrato suyo, á quien ni la injuria de las edades, ni la malignidad de la envidia podrá desfigurar, ni obscurecer? Sus obras las venera y guarda la Libreiía del Colegio Mayor de Oviedo en Salamanca, como tambien las mas selectas de Hespaña. Sus Autos, reconociondolos nuestros Catholicos Monarcas, como joyas dignas de reales capacidades, se los remitian, explicando con ellos

su voluntad á los Señores Emperador de Alemánia y Rey de Francia.

Sus Comedias se han hecho las mas plausibles de todo el Orbe, pues en la mayor parte de él se hallan traducidas en Francés, en Italiano, y otras lenguas, porque todas á una dignamente han celebrado sus singulares aciertos cuya estudiosa aplicacion, y decente divertimiento no se atreve á ponderar, ni defender mi tosca humilde pluma, quando éstas y las demás Comedias honestas de Hespaña las aprueba y califica la elevada, sobre todas, del Fenix Orador, generoso blason tambien de esta corona.

da Villa de Madrid, venturosa madre suya, el eloqüentísimo y Reverendísimo Padre Maestro Fray Manuel de Guerra y Ribera, á quien sus muchos émulos labráran corona para la eternidad, si ya no se la hubieran labrado sus grandes merecimientos; y quando tambien, al ver aprobacion tantas veces docta, cesó en la suya, prorrumpiendo en venerables admiraciones la de aquel modesto, noble, y erudíto Caballero Don Juan Baños de Velasco, dignísimo Chronista general de estos Reynos: accion heróica, y obra la mas acertada, que hizo en su vida; pues con ella falleció, reverenciando

y siguiendo las huellas de nuestro venerado Don Pedro Calderon su compatriota.

Estas son las mas verdaderas noticias, que he podido averiguar, asi por el informe de su hermana y parientes, como por las informaciones, que repetidas veces se le hicieron; y éste es un corto resumen de su vida, hasta que en lineas mas dilatadas la describa nueva fama. Este fue el honrado y premiado Caballero de tres Cathólicos Monarcas, los Señores Reyes, Don Phelipe Tercero el Piadoso, Don Phelipe Quarto, el Grande, y Don Carlos Segundo el Deseado (que Dios guarde) pues

siempre con mano liberal derramaron en él copiosísimos favores, ya eligiendole el primero para el logro de sus festividades, y ya haciendole contínuas honoríficas mercedes. Este fue aquel dulce cisne, que supo llorar antes de nacer, y cantar ahun despues de morir, para eternizar su vida, sin pasar por el cahos tremendo del olbido; siendo en éste, y todos los tiempos generosamente favorecido de los Excelentísimos Señores Condestable de Castilla, Duque del Infantado, y Duque de Alba, y dignamente solicitado del Excelentísimo Señor Conde Duque de Olivares, Marqués del Car-

pio, y Eliche, Duque de Medina de las Torres, y Príncipe Stillano, magnánimos protectores suyos. Este fue el oráculo de la Corte; el ánsia de las èxtranxeras; el padre de las Musas; el lince de la erudicion; la luz de los theatros; la admiracion de los hombres; el que de peregrinas virtudes estubo ornado siempre, pues su casa era el abrigo general de los desvalidos; su condicion la mas prudente; su humildad la mas profunda; su modestia la mas elevada; su cortesía la mas atenta; su compañia la mas segura y provechosa; su lengua la mas honradora; su pluma la mas cortesana de su

siglo, y que no hirió jamás con mordaces comentos la fama de ninguno, ni manchó con libelos á los maldicientes, ni su oído atendió á las detracciones maliciosas de la envidia: y éste en fin fue el Príncipe de los Poetas castellanos, que suscitó con su sagrada Poesía á Griegos y Latinos, pues en lo heróico fue culto y elevado; en lo moral erudito y sentencioso; en lo lírico agradable y eloqüente; en lo sacro divino y conceptuoso; en lo amoroso honesto y respectivo; en lo jocoso salado y vivo; en lo cómico sutil y proporcionado. Fue dulce y sonoro en el verso; sublime y elegante en la elo-

cucion ; docto y ardiente en la frase ; grave y fecundo en la sentencia ; templado y propio en la translacion ; agudo y primoroso en la idéa ; animoso y persuasivo en la inventiva ; singular y eterno en la fama.

Te celebrant alii quanto decet ore , tuasque ingenio laudes uberiore canunt.
Ovid. lib. 2. Trist.

He juzgado indispensable copiar este testimonio del mérito de los estudios de Calderon , para demostrar con él la falsedad de algunos extrangeros , que por envidia , y no de pocos nacionales, que por ignorancia deprimen.

Un elógio de esta naturaleza, estampado á la vista de muchos millares de hombres , que acababan de conocer á Calderon , no envuelve ninguna sospecha contra su veracidad ; solo pueden dudar de ella los que se deleytan en el

abatimiento de los hombres ; porque ellos no pueden ser conocidos por otros medios que el de la maledicencia.

La Ilustre Congregacion de Sacerdotes de esta Villa decretó á la memoria de nuestro Poeta un magnifico monumento, que se halla en la Iglesia Parroquial de San Salvador, sobre la mano izquierda, en la misma pared de enfrente, que corresponde á la Plazuela de la Villa.

Consta esta memoria del retrato de Calderon en busto, de la altura de tres quartas, pintado al óleo por Don Juan de Alfaro, Pintor de Cámara de Carlos II, en un quadro colocado en su correspondiente nicho, de marmol negro, quadrado, á la altura de tres varas y media. Debaxo del retrato se colocó una lápida, de mas de cinco quartas de largo, por tres de ancho, del mismo marmol negro, adornada de exquisitas entalladuras, en lo qual se lee en letras Romanas incisas y doradas la inscripcion siguiente:

D. O. M.

PETRUS CALDERONIUS DE LA BARRCA, MANTUAE URBE
NATUS, MUNDI ORBE NOTUS,
JBRO D. JACOBI STEMMATE AURATUS EQUES, CATHOLI-
CORUM REGUM TOLETI,
IILIPPI IV. ET CAROLI II. MATRITI AD HONOREM FLAMEN,
;AMOENIS OLIM DELICIARUM AMOENISSIMUM FLUMEN
IAE SUMMO PLAUSU VIVENS SCRIPSIT, MORIENS PRAES-
CRIBENDO DESPEXIT
MYSTARUM EX INDIGENIS COETUM
HAEREDEM AC LEGE RELIQUIT
VERAE GLORIAE CUPIDUM TUMULARET INGLORIUM;
MUNIFICO TAMEN GRATUS BENEFACTORI
HOC MARMORE CONDITUM
OCTOGENARIUM.
ANNO DOMINI M. DC. LXXXII.

Nec Regum plausu fide, nec ingenio.

Al pie de esta inscripcion se puso otra piedra negra, de figura ochavada, de la misma naturaleza y cantera, segun parece, en la que se lee en iguales caractéres á los de la lápida sepulchral la siguiente Memoria:

LA VENERABLE
CONGREGACION DE
SACERDOTES NATURALES
DE ESTA VILLA, PUSO AQUI
ESTA INSCRIPCION, CON
PERMISO DE DON DIEGO
LADRON DE GUEVARA,
CABALLERO DEL ORDEN DE
CALATRAVA, PATRON DE
ESTA CAPILLA.
1682.

LA DAMA DUENDE,

COMEDIA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Novedad no es,
si la mujer es demonio
todo el año, que una vez,
por desquitarse de tantas,
sea el demonio mujer. Jorn. II.

ARGUMENTO.

Doña Angela, viuda, moza y noble, vivia muy recojida en compañia de dos hermanos suyos, llamados Don Luis y Don Juan, á cuya casa venia á ser huesped Don Manuel Henriquez, amigo y conocido de Don Juan; y encontrandose con ella en la calle casualmente, pide Doña Angela á Don Manuel la liberte de cierto hombre, que la venia siguiendo, el qual era su hermano Don Luis, que por haber notado en Palacio, que se encubria de él, la seguia, ignorando que hubiese salido de casa.

Siendo inutiles otros medios, se vé Don Manuel obligado á reñir con Don Luis, para impedir, que siga á la tapada; á cuyo tiempo sobreviene Don Juan que le reconoce y conduce á la casa de ambos, donde le hospedan en un quarto que tenia comunicacion secreta por una alhacena disimulada con el de Doña Angela, la qual, sabiendo que el huesped de sus hermanos es, el que acababa de libertarla del peligro de que Don Luis la conociese, formo empeño de cuidarle y regalarle, va-

liendose del paso de la alhacena , para poderlo hacer sin que fuese descubierta.

Don Manuel y su criado , marabillados de varios regalos y billetes que encuentran , persuadidos que en la casa no habia mujer alguna , hacen diferentes juicios sobre los lances que les ocurren en el quarto , y las señales que encuentran repetidas veces , de haber entrado en él alguna gente. El criado se persuade , que en aquellos hechos média la travesura de algun duende ; pero Don Manuel sostiene que no hay duendes , ahunque alguna vez duda con lo extraordinario de los sucesos. Finalmente , Doña Augela se descuida en uno de estos lances , confiada en que ha persuadido à Don Manuel , que es un duende el que executa aquellas travesuras , y es hallada en su quarto por sus dos hermanos , con lo qual se descubre toda la trama , y Don Manuel la dá la mano de esposo con satisfaccion y gusto de todos.

NOTA.

He dado á esta Comedia de Calderon el primer lugar entre todas las excelentes suyas, no tanto por lo inge-

nioso de la invencion, y textura del Drama, que es inimitable; quanto porque ridiculiza una vulgaridad que en sus tiempos tubo bastante dominio ahun en los espíritus de gentes de educacion, que creían como exîstentes estas especies de éntes traviesos y revoltosos, llamados Duendes.



PERSONAS.

DON MANUEL.

DOÑA ANGELA, *viuda.*

DON LUIS. } *sus hermanos.*
DON JUAN. }

DOÑA BEATRIZ.

CLARA. } *criadas.*
ISABEL. }

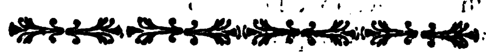
COSME. } *criados.*
RODRIGO. }



LA DAMA DUENDE



JORNADA PRIMERA.



Salen Don Manuel y Cosme vestidos de camino.

D. MANUEL.

Por una hora no llegamos
á tiempo, de ver las fiestas,
con que Madrid generosa
hoy el baptismo celebra
del primero Baltasar.

COSME.

Como esas cosas se aciertan,

ó se yerran por una hora.
Por una hora, que fuera
antes Pyramo á la fuente,
no hallára á su Tisbe muerta.
Y las moras no mancháran;
porque dicen los poetas,
que con arrope de moras,
se escribió aquella tragedia.
Por un hora que tardára
Tarquino, hallára á Lucrecia
recojida; con lo qual,
los Autores no andubieran,
sin ser Vicarios, llevando
á Salas de competencias
la causa, sobre saber,
si hizo fuerza, ó no hizo fuerza.
Por una hora que pensára,
si era bien hecho ó no era,
echarse Hero de la torre,
no se echára, es cosa cierta;
con que se hubiera excusado
el Doctor Mira de Mescua,
de haber dado á los theatros
tan bien escrita comedia,
y haberla representado
Amarilis tan de veras,
que volatin del carnal,
si otros son de la Quaresma,

saçó mas de alguna vez
las manos en la cabeza.
Y puesto que hemos perdido
por una hora tan gran fiesta,
no por un hora perdamos
la posada; que si llega
tarde Abindarraez, es ley,
que haya de quedarse fuera;
y estoy rabiando, por ver
este amigo, que te espera,
como si fueras galan
al uso, con cama y mesa;
sin saber, cómo, ó por dónde,
tan grande dicha nos venga:
pues, sin ser los dos torneos,
hoy á los dos nos sustenta.

D. MANUEL.

Don Juan de Toledo es, Cosme,
el hombre, que mas profesa
mi amistad; siendo los dos,
envidia, ya que no afrenta,
de quantos la antigüedad
por tantos siglos celebra.
Los dos estudiamos juntos;
y pasando de las letras
á las armas, los dos fuimos
camaradas en la guerra.
En las de Piamonte, quando

el Señor Duque de Feria,
con la gineta me honró,
le dí, Cosme, mi bandera.
Fue mi Alferez; y despues,
sacando de una refriega
una penetrante herida,
le curé en mi cama mesma.
La vida, después de Dios,
me debe: dexo otras deudas
de menores intereses,
que, entre nobles, es baxeza
referirlas; pues por eso
pintó la docta Academia
al galardon, una dama
rica, y las espaldas vueltas:
dando á entender, que en haciendo
el beneficio, es discreta
accion, olbidarse de él;
que no le hace, el que le acuerda.
En fin Don Juan obligado
de amistades y finezas,
viendo, que su Magestad
con este gobierno premia
mis servicios, y que vengo
de paso á la Corte, intenta
hoy hospedarme en su casa,
por pagarme con las mesmas:
y ahunque á Burgos me escribió,

de casa y calle las señas,
no quise andar preguntando
á caballo, á dónde era:
y asi, dexé en la posada
las mulas y las maletas,
yendo hácia donde me dice.
Ví las galas y libreas;
é informado de la causa,
quise, ahunque de paso, verlas.
Llegamos tarde, en efecto;
porque:::

Salen Doña Angela é Isabél tapadas.

D. ANGELA.

Si, como lo muestra
el trage, sois caballero
de obligaciones y prendas,
amparad á una mujer,
que á valerse de vos llega.
Honor y vida me importa,
que aquel hidalgo no sepa
quién soy, y que no me siga.
Estorvad, por vida vuestra,
á una mujer principal
una desdicha, una afrenta;
que podrá ser, que algun dia:::
A Dios: a Dios; que voy muerta.

Vanse los dos muy aprisa.

COSME.

¡Es dama, ó es torbellino!

D. MANUEL.

¡Hay tal suceso!

COSME.

¿Qué piensas
hacer?

D. MANUEL.

¿Eso me preguntas?
¿Cómo puede mi nobleza
excusarse, de estorbar
una desdicha, una afrenta;
que, segun muestra, sin duda,
es su marido?

COSME.

¿Y qué intentas?

D. MANUEL.

Detenerle con alguna
industria; mas, si con ella
no puedo, será forzoso,
el valerme de la fuerza,
sin que él entienda la causa.

COSME.

Si industria buscas, espera,
que á mí se me ofrece una.
Esta carta, que encomienda
es de un amigo, me valga.

Salen Don Luis y Rodrigo su criado.

D. LUIS.

Yo tengo de conocerla,
no mas de por el cuidado,
con que de mí se recela.

RODRIGO.

Síguela, y sabrás quién es.

Llega Cosme, y retirase Don Manuel.

COSME.

Señor: ahunque con vergüenza
llego, vuesarced me haga
tan gran merced, que me lea,
á quien esta carta dice.

D. LUIS.

No voy ahora con flema.

Detienele Cosme.

COSME.

Pues si flema solo os falta,
yo tengo gran cantidad de ella,
y podré partir con vos.

D. LUIS.

Apartad.

D. MANUEL.

¡Oh qué derecha
es la calle! Ahun no se pierden
de vista.

COSME.

Por vida vuestra:::

D. LUIS.

Vive Dios, que sois pesado,
y os romperé la cabeza,
si mucho me haceis.

COSME.

Por eso
os haré poco.

D. LUIS.

Paciencia
me falta, para sufriros.
Apartad de aqui. *empujale.*

D. MANUEL.

Ya es fuerza
llegar: acábe el valor
lo que empezó la cautela. *llega.*
Caballero, ese criado
es mio; y no sé, que pueda
haberos hoy ofendido,
para que de esa manera
le atropelleis.

D. LUIS.

No respondo
á la duda ó la quexa;
porque nunca satisfice
á nadie. A Dios.

D. MANUEL.

Si tubiera
necesidad mi valor

de satisfacciones, crea
vuestra arrogancia de mí,
que no me fuera sin ella.
Preguntar, en qué os ofende,
en qué os agravia ó molesta,
merece mas cortesía:
y pues la Corte la enseña,
no la pongais el mal nombre,
de que un forastero venga
á enseñarla, á los que tienen
obligacion de saberla.

D. LUIS.

Quien pensáre, que no puedo
énseñarla yo:::

D. MANUEL.

La lengua
suspended, y hable el acero.

D. LUIS.

Decís bien.

Sacan las espadas y riñen.

COSME.

¡Oh quién tubiera
gana de reñir!

D. RODRIGO.

Sacad
la espada vos.

COSME.

Es doncella;
y sin cedula ó palabra,
no puedo sacarla.

Sale Doña Beatríz y Clara con mantos, deteniendo á Don Juan, quedandose á la puerta.

D. JUAN.

Suelta,
Beatríz.

D. BEATRIZ.

No has de ir.

D. JUAN.

Mira, que es
con mi hermano la pendencia.

D. BEATRIZ.

¡Ay de mí triste!

D. JUAN.

A tu lado
estoy.

D. LUIS.

Don Juan, tente, espera;
que mas, que á darme valor,
á hacerme cobarde llegas.
Caballero forastero,
quien no excusó la pendencia
solo, estando acompañado,

bien se vé, que no la dexa
de cobarde. Idos con Dios;
que no sabe mi nobleza
reñir mas; y mas, con quien
tanto brio y valor muestra.
Idos con Dios.

D. MANUEL.

Yo os estimo
bizarría y gentileza.
Pero si de mí, por dicha,
algun escrupulo os queda,
me hallareis, donde quisieres.

D. LUIS.

Norabuena.

D. MANUEL.

Norabuena.

D. JUAN.

¡Qué es lo que miro y escucho,
Don Manuel!

D. MANUEL.

¿Don Juan?

D. JUAN.

Suspensa
el alma no determina,
qué hacer, quando considera
un hermano y un amigo;
que es lo mismo, en diferencia
tal, y hasta saber la causa,

dudaré.

D. LUIS.

La causa es esta:
volver por ese criado,
este caballero intenta,
que necio me ocasionó,
á hablarle mal. Todo cesa
con esto.

D. JUAN.

Pues siendo asi,
cortés me darás licencia,
para que llegue, á abrazarle.
El noble huesped que espera
nuestra casa, es el señor
Don Manuel. Hermano, llega;
que dos, que han reñido iguales,
desde aquel instante quedan
mas amigos; pues ya hicieron
de su valor experiencia.
dadme los brazos.

D. MANUEL.

Primero
que á vos os los dé, me lleva
el valor que he visto en él,
á que al servicio me ofrezca
del señor Don Luis.

D. LUIS.

Yo soy

vuestro amigo, y ya me pesa,
de no haberos conocido;
pues vuestro valor pudiera
haberme informado.

D. MANUEL.

El vuestro
escarmentado me dexa.
Una herida en esta mano
he sacado.

D. LUIS.

Mas quisiera
tenerla mil veces yo.

COSME.

¡Qué cortesana pendencia!

D. JUAN.

Venid, al punto á curaros.
Tú, Don Luis, aqui te queda,
hasta que tome su coche
Doña Beatríz, que me espera;
y de esta descortesía
me disculparás con ella.
Venid, señor, á mi casa;
y mejor diré á la vuestra;
donde os cureis.

D. MANUEL.

Que no es nada.

D. JUAN.

Venid presto.

D. MANUEL.

¡Qué tristeza *ap.*
me ha dado, que me reciba
con sangre Madrid!

D. LUIS.

¡Qué pena
tengo, de no haber podido *ap.*
saber, qué dama era aquella!

COSME.

¡Qué bien merecido tiene
mi amo, lo que se lleva!
Porque no se meta, á ser
Don Quixote de la legua.

Llega Don Luis á Doña Beatríz, que está aparte.

D. LUIS.

Ya la tormenta pasó.
Otra vez, señora, vuelva
á restituir las flores,
que ahora marchita y seca
de vuestra hermosura el hielo
de un desmayo.

D. BEATRIZ.

¿Dónde queda
Don Juan?

D. LUIS.

Que le perdoneis

os pide; porque le llevan
forzosas obligaciones,
y el cuidar con diligencia
de la salud de un amigo,
que va herido.

D. BEATRIZ.

¡Ay de mí! ¡Muerta
estoy! ¿Es Don Juan?

D. LUIS.

Señora,
no es Don Juan; que no estubiera,
estando herido mi hermano,
yo con tan grande paciencia.
No os asusteis; que no es justo,
que sin que él la herida tenga,
tengamos entre los dos,
yo el dolor y vos la pena:
digo el dolor, el de veros
tan postrada, tan sujeta
á un pesar imaginado,
que en vos su rigor emplea.

D. BEATRIZ.

Señor Don Luis, ya sabeis,
que estimo vuestras finezas,
supuesto que lo merecen,
por amorosas y vuestras;
pero no puedo pagarlas;
que eso han de hacer las estrellas,

y no hay, de lo que no hacen,
quien las tome residencia.
Si lo que menos se halla,
es hoy lo que mas se precia
en la Corte, agradeced
el desengaño, siquiera
por ser cosa, que se halla
con dificultad en ella.
Quedad con Dios. *vase y su criada.*

D. LUIS.

Id con Dios.
No hay accion, que me suceda
bien, Rodrigo. Si una dama
veo ayrosa, y conocerla
solicíto, me detienen
un necio y una pendencia;
que no sé, quál es peor.
Si riño, y mi hermano llega,
es mi enemigo su amigo:
si por disculpa me dexa,
de una dama, es una dama,
que mil pesares me cuesta:
de suerte, que una tapada
me huye, un necio me atormenta,
un forarsero me mata,
y un hermano me le lleva,
á ser mi huesped á casa,
y otra dama me desprecia.

De mal anda mi fortuna.

RODRIGO.

De todas aquesas penas,
¿que sé, la que tú mas sientes?

D. LUIS.

No sabes.

RODRIGO.

¿Que la que llegas
á sentir mas, son los zelos
de tu hermano y Beatríz bella?

D. LUIS.

Engañaste.

RODRIGO.

¿Pues quál es?

D. LUIS.

Si tengo de hablar de veras,
(de tí solo me fiára)
lo que mas siento es, que sea
mi hermano tan poco atento,
que llevar á casa quiera
un hombre mozo, teniendo,
Rodrigo, una hermana bella,
viuda y moza; y, como sabes,
tan de secreto, que apenas
sabe el sol, que vive en casa:
porque Beatríz, por ser deuda,
solamente la visita:::

D. RODRIGO.

Ya sé, que su esposo era
Administrador en puerto
de mar de unas reales rentas,
y quedó debiendo al Rey
grande cantidad de hacienda,
y ella á la Corte se vino
de secreto, donde intenta,
escondida y retirada,
componer mejor sus deudas,
y esto disculpa á tu hermano;
pues, si mejor consideras,
que su estado no la dá,
ni permision ni licencia,
de que nadie la visite;
y que, ahunque tu huesped sea
Don Manuel, no ha de saber,
que en casa, señor, se encierra
tal mujer; qué inconveniente
hay, en admitirle en ella?
Y mas, habiendo tenido
tal recato y advertencia,
que para su quarto ha dado
por otra calle la puerta;
y la que salia á la casa,
por desmentir la sospecha,
de que el cuidado la habia
cerrado; ó porque pudiera

con facilidad abrirse
otra vez, fabricó en ella
una alhacena de vidrios;
labrada de tal manera,
que parece, que jamás
en tal parte ha habido puerta.

D. LUIS.

¿Ves con lo que me aseguras?
Pues con eso mismo intentas
darme muerte; pues ya dices,
que no ha puesto por defensa
de su honor, mas que unos vidrios,
que al primer golpe se quiebran.

Vanse, y salen Doña Angela é Isabel.

D. ANGELA.

Vuelveme á dar, Isabél,
esas tocas: (¡pena esquiva!)
vuelve á amortajarme viva,
ya que mi suerte cruel
lo quiere así.

ISABEL.

Toma presto;
porque si tu hermano viene,
y alguna sospecha tiene,
no la confirme con esto,
de hallarte hoy de esta manera,
que hoy en palacio te vió.

D. ANGELA.

Valgame el cielo. ¡Que yo
entre dos paredes muera,
donde apenas el Sol sabe,
quien soy; pues la pena mia
en el termino de un dia
ni se contiene ni cabe!
Donde, inconstante la Luna,
que aprende influxos de mí,
no puede decir: yo ví,
que lloraba su fortuna:
donde en efecto encerrada,
sin libertad he vivido,
porque enviudé de un marido,
con dos maridos casada;
y luego delito sea,
sin que toque en liviandad,
depuesta la autoridad,
ir donde tapada vea
un theatro, en quien la fama,
para su aplauso inmortal,
con acentos de metal,
á voces de bronce llama!
¡Suerte injusta! ¡Dura estrella!

D. ISABEL.

Señora, no tiene duda,
el que mirandote viuda,
tan moza, bizarra y bella,

tus hermanos cuydadosos
te zelen; porque este estado
es el mas ocasionado
á delitos amorosos:
y mas en la Corte hoy,
donde se han dado en usa
unas viuditas de azahar,
que al cielo mil gracias doy,
quando en la calle las veo
tan honestas, tan fruncidas,
tan beatas y aturdidas:
y en quedandose en manteo,
es el mirarlas contento;
pues sin toca y devocion,
saltan mas á qualquier son,
que una pelota de viento.
Y este discurso doblado
para otro tiempo, señora,
¿cómo no habemos ahora
en el forastero hablado,
á quien tu honor encargaste,
y tu galan hoy le hiciste?

D. ANGELA.

Parece, que me leiste
el alma, en eso que hablaste.
Cuidadosa me ha tenido,
no por él, sino por mí:
porque despues, quando oí

de las cuchilladas ruido,
me puse, (mas son quimeras)
Isabel, á imaginar,
que él habia de tomar
mi disgusto tan de veras,
que habia de sacar la espada
en mi defensa. Yo fuí
necia, en empañarle asi;
mas una mujer turbada
¿qué mira, ó que considera?

ISABEL.

Yo no sé, si lo estorbó;
mas sé, que no nos siguió
tu hermano mas.

D. ANGELA.

Oye, espera.

D. LUIS *saliendo.*

¿Angela?

D. ANGELA.

¿Hermano y señor?
turbado y confuso vienes.
¿Qué ha sucedido? ¿qué tienes?

D. LUIS.

Harto tengo; tengo honor.

D. ANGELA.

¡Ay de mí! Sin duda es,
que Don Luis me conoció. *ap.*

D. LUIS.

Y asi, siento mucho yo,
que te estimen poco.

D. ANGELA.

¿Pues
has tenido algun disgusto?

D. LUIS.

Lo peor es, que quando vengo
á verte, el disgusto tengo
que tube, Angela.

ISABEL.

¡Otro susto! *ap.*

D. ANGELA.

¿Pues yo en qué te puedo dár,
hermano, disgusto? Advierte:::

D. LUIS.

Tú eres la causa; y el verte:::

D. ANGELA.

¡Ay de mí!

D. LUIS.

Angela, estimar
tan poco de nuestro hermano.

D. ANGELA.

Eso sí. *ap.*

D. LUIS.

Pues quando vienes
con los disgustos que tienes,
cuidado te dá: no en vano

el enojo que tenia
con él el huesped pagó;
pues, sin conocerle yo,
hoy le he herido en profecía.

D. ANGELA.

¿Pues cómo fué?

D. LUIS.

Entré en la plaza
de Palacio, hermana, á pie,
hasta el palenque; porque
toda la desembaraza
de coches y caballeros,
la guardia: á un corro me fuí
de amigos, adonde ví,
que alegres y lisonjeros,
los tenia una tapada,
á quien todos celebraron
lo que dixo, y alabaron
de entendida y sazonada.
Desde el punto que llegué,
otra palabra no habló;
tanto, que á alguno obligó
á preguntarla: ¿por qué,
porque yo llegaba, habia
con tanto extremo callado?
Todo me puso en cuidado.
Miré, si la conocia,
y no pude; porque ella,

le puso mas en taparse,
en esconderse y guardarse.
Viendo, que no pude verla,
seguirla determiné.
Ella siempre atrás volvia
á ver, si yo la seguia;
cuyo grán cuydado fue
espuela de mi cuidado.
Yendo de esta suerte pues
llegó un hidalgo, que es
de nuestro huesped criado,
á decir, que le leyese
una carta: respondí,
que iba de prisa, y creí,
que detenerme quisiese
con este intento; porque,
la mujer le habló al pasar;
y tanto dió en porfiar,
que le dixe no sé qué.
Llegó en aquella ocasion
en defensa del criado
nuestro huesped, muy soldado.
Sacamos en conclusion
las espadas. Todo es esto;
pero mas pudiera ser.

D. ANGELA.

¡Miren la mala mujer,
en qué ocasion te habia puesto!

Que hay mujeres tramoyeras:
pondré, que no conocia
quién eras, y que lo hacía
solo porque la siguieras.
Por eso estoy harta yo,
de decir (si bien te acuerdas)
que mires; que no te pierdas
por mujercillas, que no
saben mas, que aventurar
los hombres.

D. LUIS.

¿En qué has pasado
la tarde?

D. ANGELA.

En casa me he estado
entretenida en llorar.

D. LUIS.

¿Hate nuestro hermano visto?

D. ANGELA.

Desde esta mañana no
ha entrado aqui.

D. LUIS.

¡Qué mal yo
estos descuidos resisto!

D. ANGELA.

Pues dexa los sentimientos;
que al fin, sufrirle es mejor;
que es nuestro hermano mayor,

y comemos de alimentos.

D. LUIS.

Si tú estás tan consolada,
yo tambien; que yo, por tí
lo sentia: y porque asi
veas, no darseme nada,
á verle voy, y ahun con él
haré una galantería. *vase.*

ISABEL.

¿Qué dirás, señora mia,
despues del susto cruél,
de lo que en casa nos pasa?
Pues el que hoy ha defendido
tu vida, huesped y herido
le tienes dentro de casa.

D. ANGELA.

Yo, Isabél, lo sospeché,
quando de mi hermano oí
la pendencia, y quando ví,
que el herido el huesped fué;
pero ahun bien no lo he creido;
porque caso extraño fuera,
que un hombre á Madrid viniera,
y hallase recien venido
una dama, que rogase,
que su vida defendiese,
un hermano, que le hiriese,
y otro que lo aposentase.

Fuera notable suceso;
y ahunque todo puede ser,
no lo tengo de creer,
sin verlo.

ISABEL.

Y si para eso
te dispones, yo bien sé,
por donde verle podrás,
y ahun mas que verle.

D. ANGELA.

Tú estás
loca. ¿Cómo, si se vé
de mi quarto tan distante
el suyo?

ISABEL.

Parte hay, por donde
este quarto corresponde
al otro; esto no te espante.

D. ANGELA.

No, porque verlo deseo;
sino solo por saber,
dime, ¿cómo puede ser?
que lo escucho y no lo creo.

ISABEL.

¿No has oído, que labró
en la puerta una alhacena,
tu hermano?

D. ANGELA.

Ya que lo ordena
tu ingenio, he entendido yo.
Dirás, que pues es de tabla,
algun agujero hagamos,
por donde al huesped veamos.

ISABEL.

Mas que eso mi ingenio entabla.

D. ANGELA.

Dí.

ISABEL.

Por cerrar y encubrir
la puerta que antes habia,
y que á este jardin salia,
y poder volverla á abrir,
hizo tu hermano poner
portatil una alhacena:
ésta (ahunque de vidrios llena)
se puede muy bien mover.
Yo lo sé bien; porque, quando
la alhacena aderecé,
la escalera la arrimé,
y ella se fue desclavando
poco á poco; de manera,
que todo junto cayó,
y dimos en tierra yo,
alhacena y escalera:
de suerte, que en falso ahora

la tal alhacena está,
y apartandose podrá,
qualquiera pasar, señora.

D. ANGELA

Esto no es determinar,
sino prevenir primero.
Vés aqui, Isabél, que quiero
á esotro quarto pasar,
y he quitado la alhacena:
¿Por allá no se podrá
quitar tambien?

ISABEL.

Claro está;
y para hacerle mas buena,
en falso se han de poner
dos clavos, para advertir,
que solo la sepa abrir,
el que lo llega á saber.

D. ANGELA.

Al criado que viniere
por luz y por ropa, dí,
que vuelva á avisarte á tí,
si acaso el huesped saliere
de casa, que segun creo,
no le obligará la herida,
á hacer cama.

ISABEL.

¿Y por tu vida

irás?

D. ANGELA.

Un necio deseo
tengo de saber, si es él,
el que, mi vida guardó:
porque , si le cuesto yo
sangre y cuidado , Isabél,
es bien, mirar por su herida,
si es que segura del miedo,
de ser conocida, puedo
ser con él agradecida.
Vamos, que tengo de ver
la alhacena; y si pasar
puedo al quarto, he de cuidar
sin que él lo llegue á entender,
desde aqui de su regalo.

ISABEL.

Notable cuento será,
¿Mas si lo cuenta?

D. ANGELA.

No hará;
que hombre, que su esfuerzo igualo
á su gala y discrecion,
puesto que de todo ha hecho
noble experiencia en mi pecho,
en la primera ocasion,
de valiente en lo arrestado,
de galan en lo lucido,

en el modo de entendido,
no me ha de causar cuidado,
que diga suceso igual:
que fuera notable mengua,
que echára una mala lengua
tan buenas partes á mal. *vanse.*

Salen Don Juan, Don Manuel, y un criado con luz.

D. JUAN.

Acostaos por mi vida.

D. MANUEL.

Es tan poca la herida,
que antes, Don Juan, sospecho,
que parece melindre, el haber hecho
caso ninguno de ella.

D. JUAN.

Harta ventura ha sido de mi estrella;
que no me consolára
jamás, si este contento me costára
el pesar de teneros
en mi casa indispuesto, y el de veros
herido por la mano
(sí bien no ha sido culpa) de mi hermano.

D. MANUEL.

El es un buen caballero,
y me tiene envidioso de su acero;
de su estilo admirado,
y he de ser muy amigo y su criado.

Salen Don Luis y un criado con un azafate cubierto, y en él un adereza de espada.

D. LUIS.

Yo, señor, lo soy vuestro,
como en la pena, que recibo, muestro,
ofreciendoos mi vida;
y porque el instrumento de la herida
en mi poder no quede,
pues ya agradarme, ni servirme puede,
bien como aquel criado,
que á su señor algun disgusto ha dado,
hoy de mí lo despido.
Esta es, señor, la espada que os ha herido;
á vuestras plantas viene,
á pediros perdon, si culpa tiene:
tome vuestra querella
con ella en mí venganza de mí y de ella.

D. MANUEL.

Sois valiente y discreto;
en todo me venceis; la espada aceto;
porque siempre á mi lado,
me enseñe á ser valiente. Confiado
desde hoy vivir procuro;
porque, ¿de quién no vivirá seguro
quien vuestro acero ciñe generoso?
que él solo me tubiera temeroso.

D. JUAN.

Pues Don Luis me ha enseñado

á lo que estoy por huesped obligado,
otro regalo quiero,
que recibais de mí.

D. MANUEL.

¡Qué tarde espero
pagar tantos favores!
Los dos os competís, en darme honores.

Sale Cosme cargado de maletas y coxines.

COSME.

Doscientos mil demonios
de su furia infernal dén testimonios,
volviendose inclementes
doscientas mil serpientes,
que asiendome de un vuelo,
dén conmigo de patas en el cielo,
del mandato oprimidos
de Dios, por justos juicios compelidos,
si vivir no quisiera sin injurias
en Galicia, ó Asturias,
antes que en esta Corte.

D. MANUEL.

Reportate.

COSME.

El reportorio se reporte.

D. JUAN.

¿Qué dices?

COSME.

Lo que digo;

que es traydor,quien dá paso al enemigo.

D. LUIS.

¡Qué enemigo! Detente.

COSME.

El agua de una fuente y otra fuente.

D. MANUEL.

¿Y por eso te inquietas?

COSME.

Venia de coxines. y maletas
por la calle cargado,
y en una zanja de una fuente he dado;
y asi lo traygo todo,
como dice el refrán, puesto de lodo.
¡Quién esto en. casa mete!

D. MANUEL.

Vete de aqui; que estás borracho. Vete.

COSME.

Si borracho estubiera,
menos mi enojo con el agua fuera.
Quando en un libro leo de mil fuentes,
que vuelven varias cosas sus corrientes,
no me espanto, si aqui ver determino,
que nace el agua, á convertirse en vino.

D. MANUEL.

Si él empieza, en un año
no acabará.

D. JUAN.

El tiene humor extraño.

D. LUIS.

Solo de tí querria
saber, si sabes leer, como este dia
en el libro citado
muestras, ¿por qué pediste tan pesado,
que una carta leyese? ¿Qué te apartas?

COSME.

Porque sé leer en libros, y no en cartas.

D. LUIS.

Está bien respondido.

D. MANUEL.

Que no hagais caso de él, por Dios os pido.
Ya le iréis conociendo,
y sabreis, que es burlon.

COSME.

Hacer pretendo
de mis burlas alarde. *ap.*
Para alguna os convido.

D. MANUEL.

Pues no es tarde,
porque me importa, hoy quiero
hacer una visita.

D. JUAN.

Yo os espero,
para cenar.

D. MANUEL.

Tú, Cosme, estas maletas
abre; y saca la ropa; no las metas,

hasta limpiarlas harto.

D. JUAN.

Si quisieres cerrar, esta es del quarto
la llave, que ahunque tengo
llave maestra, por si tarde vengo,
mas que aquesta no tiene,
ni otra puerta tampoco; (asi conviene) *ap.*
y en la puerta la dexa, y cada dia
vendrán á aderezarle.

Vanse, y queda Cosme.

COSME.

Hacienda mia,
ven acá; que yo quiero
visitarte primero;
porque ver determino,
quánto habemos sisado en el camino;
que, como en las posadas
no se hilan las cuentas tan delgadas,
como en casa, que vive en sus porfias
la cuenta y la razon por lacerias,
hay mayor aparejo de provecho,
para meter la mano, no en mi pecho,
sino en la bolsa ajena.

Abre la maleta y saca una bolsa.

Hallé la propia; buena está, y rebuena;
pues aquesta jornada,
subió doncella, y se apeó preñada. [dido;
Contarlo quiero, ahunque es tiempo per-

porque yo, ¿qué borregos he vendido
á mi señor, para que mire y vea,
si está cabal? Lo que ello fuere sea.
Su maleta es aquella:
vamos á aderezalla y componella
presto, que él me mandó que hiciese esto.
¿Mas porque él lo mandó, se ha de hacer
Por haberlo él mandado, [presto?
antes no lo he de hacer; que soy criado;
salirme un rato, es justo,
á rezar á una ermita. ¿Tendrás gusto [mos.
de esto, Cósme? Tendré: pues, Cosme, va-
que antes son nuestros gustos, que los amos.

Vase, y por una alhacena, que estará figurada con anaqueles y vidrios, salen Doña Angela é Isabél.

ISABEL.

Que está el quarto solo, dixo
Rodrigo; porque el tal huesped
y tus hermanos se fueron.

D. ANGELA.

Por eso pude atreverme
á hacer sola esta experiencia.

ISABEL.

¿Ves, que no hay inconveniente,
para pasar hasta aqui?

D. ANGELA.

Antes, Isabel, parece,

que todo quanto previne
yo, fue muy impertinente;
pues con ninguno encontramos,
que la puerta facilmente
se abre, y se vuelve á cerrar,
sin ser posible, que se eche
de vér.

ISABEL.

¿Y á qué hemos venido?

D. ANGELA.

A volvernos solamente;
que para hacer sola una
travesura dos mujeres,
basta haberla imaginado:
porque al fin esto no tiene
mas fundamento, que haber
hablado en ello dos veces,
y estár yo determinada,
siendo verdad, que es aqueste
caballero, el que por mí
se empeñó osado y valiente
(como te he dicho) á mirar
por su regalo.

ISABEL.

Aqui tiene
el que le traxo tu hermano,
y una espada en un bufete.

D. ANGELA.

Ven acá. ¿ Mi escribanía
traxeron aqui ?

ISABEL.

Dió en ese
desvarío mi señor.
Dixo, que aqui la pusiese
con recado de escribir,
y mil libros diferentes.

D. ANGELA.

En el suelo hay dos malotas.

ISABEL.

Y abiertas, señora. ¿ Quieres,
que veamos, lo que hay en ellas ?

D. ANGELA.

Sí ; que quiero neciamente
mirar, qué ropas y alhajas
trahe.

ISABEL.

Soldado y pretendiente,
vendrá muy mal alhajado.

Sacan todo quanto van diciendo ; y lo esparcen por la sala.

D. ANGELA.

¿Qué es eso?

ISABEL.

Muchos papeles.

D. ANGELA.

¿Son de mujer?

ISABEL.

No, señora;
sino procesos, que vienen
cosidos, y pesan mucho.

D. ANGELA.

Pues si fueran de mugeres,
ellos fueran mas livianos.
¿Mas en eso te detienes?

ISABEL.

Ropa blanca hay aquí alguna.

D. ANGELA.

¿Huele bien?

ISABEL.

Sí; á limpia huele.

D. ANGELA.

Ese es el mejor perfume.

ISABEL.

Las tres calidades tiene,
de blanca, blanda y delgada.
¡Mas, señora, qué es aqueste
pellejo, con unos hierros
de herramientas diferentes!

D. ANGELA.

Muestra á ver: hasta aquí bien
de sacamuelas parece;
mas estas son tenacillas,

y el alzador del copete,
y los bigotes esotras.

ISABEL.

Item, escobilla y peine:
oye, que mas prevenido,
no le faltará al tal huesped
la horma de su zapato.

D. ANGELA.

¿Por qué?

ISABEL.

Porque aquí la tiene.

D. ANGELA.

¿Hay mas?

ISABEL.

Sí, señora. Item:
como á forma de billetes,
legajo segundo.

D. ANGELA.

Muestra:
de mujer son, y contienen
mas que un papel: un retrato
está aquí.

ISABEL.

¿Qué te suspende?

D. ANGELA.

El verle; que una hermosura,
si está pintada, divierte.

ISABEL.

Parece, que te ha pesado,
de hallarle.

D. ANGELA.

¡Qué necia eres!
No mires mas.

ISABEL.

¿Y qué intentas?

D. ANGELA.

Dexarle escrito un billete.
Toma el retrato. *Ponese á escribir.*

ISABEL.

Entre tanto,
la maleta del sirviente
he de ver. Esto es dinero;
quartazos son insolentes,
que en la República, donde
son los Principes y Reyes
las doblas y patacones,
ellos son la comun plebe.
Una burla le he de hacer,
y ha de ser de aquesta suerte.
Quitarle de aqui el dinero
al tal Lacayo, y ponerle
unos carbones. Dirán:
¿dónde demonios los tiene
esta mujer? no advirtiendo,
que esto sucedió en Noviembre,

y que hay brasero en el quarto.

D. ANGELA.

Ya escribí: ¿Qué te parece
dónde le dexe el papel,
porque si mi hermano viene
no le véa?

ISABEL.

Alli debaxo
de la tohalla, que tienen
las almohadas, que al quitarla,
se verá forzosamente,
y es parte en que hasta entonces
no se ha de andar.

D. ANGELA.

Bien adviertes:
ponle alli, y vé recojiendo
todo esto.

ISABEL.

Mira que tuercen
la llave ya.

D. ANGELA.

Pues dexadlo
todo, esté como estubiere,
y á escondernos. Isabél,
vén.

D. ANGELA.

Alhacena *me fecit.*

Vanse por el albacena, dexandolo revuelto, y sale Cosme.

COSME.

Ya que me he servido á mí,
de barato quiero hacerle
á mi amo otro servicio,
¡Mas quién nuestra hacienda vende,
que así hace almoneda de ella!
¡Vive Christo, que parece
Plazuela de la Cebada
la sala con nuestros bienes!
¡Quién está aqui! No está nadie,
por Dios; y si está, no quiere
responder. No me responda,
que me huelgo, de que eche
de ver, que soy enemigo
de respondones. Con este
humor, sea bueno, ó sea malo
(si he de hablar sencillamente)
estoy temblando de miedo;
pero como á mí me dexe
el revoltoso de alhajas
libre mi dinero, llegue,
y revuelva las maletas
una y quatrocientas veces.
¡Mas qué veo! Vive Dios,
que en carbones lo convierte.

Duendecillo, duendecillo,
quien quiera que seas ó fueres,
el dinero que tú das,
en lo que mandares, vuelve,
mas lo que yo hurto, ¿por qué?

Salen Don Juan, Don Luis y Don Manuel.

D. JUAN.

¿De qué das voces?

D. LUIS.

¿Qué tienes?

D. MANUEL.

¿Qué te ha sucedido? Habla.

COSME.

Lindo desenfado es ese.
Si tienes por inquilino,
señor, en tu casa un duende,
para que nos recibiste
en ella? Un instante breve
que falté de aqui, la ropa
de tal modo, y de tal suerte
hallé, que toda esparcida,
una almoneda parece.

D. JUAN.

¿Falta algo?

COSME.

No falta nada.

El dinero solamente,
que en esta bolsa tenia,
que era mio, me convierte
en carbones.

D. LUIS.

Sí; ya entiendo.

D. MANUEL.

¡Qué necia burla previenes!
¡Qué fria, y qué sin donayre!

D. JUAN.

¡Qué mala, y qué impertinente!

COSME.

No es burla ésta, vive Dios.

D. MANUEL.

Calla; qué estás, como sueles.

COSME.

Es verdad: mas suelo estar
en mi juicio algunas veces.

D. JUAN.

Quedaos con Dios, y acostaos,
Don Manuel, sin que os desvele
el duende de la posada;
y aconsejadle, que intente
otras burlas al criado. *vase.*

D. LUIS.

No en vano sois tan valiente
como sois, si habeis de andar
desnuda la espada siempre,

saliendo de los disgustos,
en que este loco os pusiere. *vase.*

D. MANUEL.

¿Ves, quál me tratan por tí?
Todos por loco me tienen,
porque te sufro: á qualquiera
parte que voy, me suceden
mil desayres por tu causa.

COSME.

Ya estás solo, y no he de hacerte
burla mano á mano yo,
porque siendo en tercio, puede
tirarse uno con su padre.
Dos mil demonios me lleven,
si no es verdad, que salió,
y éste, fuese quien se fuese,
hizo este estrago.

D. MANUEL.

Con esto
ahora disculparte quieres
de la necedad. Recoje
esto que esparcido tienes,
y entra á acostarte.

COSME.

Señor,
en una galera reme:::

D. MANUEL.

Calla, calla, ó vive Dios,

que la cabeza te quiebre. *vase.*

COSME.

Pesarame con extremo,
que lo tal me sucediese.
Ahora bien, vuelvo á envasar
otra vez los adherentes
de mis maletas. ¡Oh cielos,
quién la trompeta tubiese
del juicio de las alhajas!
Porque á una voz solamente,
viniesen todas.

Vuelve á salir Don Manuél con un billete.

D. MANUEL.

Alumbra,
Cosme.

COSME.

¿Pues qué te sucede,
señor? ¿Has hallado acaso
allá dentro alguna gente?

D. MANUEL.

Descubrí la cama, Cosme,
para acostarme, y halleme
debaxo de la tohalla
de la cama este billete
cerrado, y ya el sobrescrito
me admira mas.

COSME.

¿A quién viene?

D. MANUEL.

A mí; mas de modo extraño.

COSME.

¿Cómo dice?

D. MANUEL.

De esta suerte:

Nadie le abra, porque soy *lee.*
de Don Manuel solamente.

COSME.

Plegue á Chtisto, que me creas
por fuerza. No le abras, tente,
sin conjurarle primero.

D. MANUEL.

Cosme, lo que me suspende,
es la novedad, no el miedo;
que quien admira, no teme.

D. MANUEL *leyendo.*

Con cuidado me tiene vuestra salud, como á quien fue la causa de su riesgo; y asi agradecida y lastimada, os suplíco me aviseis de ella, y os sirvais de mí; que para lo uno y lo otro habrá ocasion, dexando la respuesta donde hallareis éste, advirtiendo, que el secreto importa, porque el dia que lo sepa alguno de los amigos, perderé yo el honor y la vida.

COSME.

¡Extraño caso!

D. MANUEL.

¡Qué extraño!

COSME.

¿Eso no te admira?

D. MANUEL.

No:
antes con esto llegó
á mi vista el desengaño.

COSME.

¿Cómo?

D. MANUEL.

Bien claro se vé,
que aquella dama tapada,
que tan ciega y tan turbada,
de Don Luis huyendo fue,
era su dama, supuesto,
Cosme, que no puede ser,
si es soltero, su mujer.
¿Y dado por cierto esto,
qué dificultad tendrá,
que en la casa de su amante
tenga ella mano bastante,
para entrar?

COSME.

Muy bien está
pensado; mas mi temor

pasa adelante. Confieso,
que es su dama, y el suceso
te doy por bueno, señor.
¿Pero ella, cómo podia
desde la calle saber,
lo que habia de suceder,
para tener este dia
ya prevenido el papel?

D. MANUEL.

Despues de haberme pasado,
pudo darsele á un criado.

COSME.

¿Y ahunque se le diera, él
cómo aqui ha de haberle puesto?
Pues nadie en el quarto entró,
desde que en él quedé yo.

D. MANUEL.

Bien pudo ser antes esto.

COSME.

Sí; mas hallar trabucadas
las maletas y la ropa,
y el papel escrito, topa
en mas.

D. MANUEL.

Mira, si cerradas
esas ventanas están.

COSME.

Y con aldabas y rexas,

D. MANUEL.

Con mayor duda me dexas,
y mil sospechas me dan.

COSME.

¿De qué?

D. MANUEL.

No sabré explicarlo.

COSME.

¿En efecto, qué has de hacer?

D. MANUEL.

Escribir y responder
pretendo, hasta averiguarlo
con estilo, que parezca,
que no ha hallado en mi valor,
ni admiracion, ni temor;
que no dudo que se ofrezca
una ocasion en que demos,
viendo, que papeles hay,
con quien los lleva y los tray.

COSME.

¿Y de aquesto no daremos
cuenta á los huespedes?

D. MANUEL.

No:
porque no tengo de hacer
mal alguno á una mujer,
que así de mí se fió.

COSME.

¿Luego ya ofendes, á quien
su galán juzgas?

D. MANUEL.

No tal;
pues sin hacerla á ella mal,
puedo yo proceder bien.

COSME.

No, señor; mas hay aqui,
de lo que á tí te parece:
con cada discurso crece
mi sospecha.

D. MANUEL.

¿Cómo asi?

COSME.

Ves aqui, que van y vienen
papeles, y que jamás,
ahunque lo exâmines mas,
ciertos desengaños tienen:
¿qué creerás?

D. MANUEL.

Que ingenio y arte,
hay para entrar y salir,
para cerrar, para abrir,
y que el quarto tiene parte
por donde; y en duda tal,
el juicio podré perder;
pero no, Cosme, creer

cosa sobrenatural.

COSME.

No hay duendes?

D. MANUEL.

Nadie los vió.

COSME.

¿ Familiares ?

D. MANUEL.

Son quimeras.

COSME.

¿ Brujas?

D. MANUEL.

Menos.

COSME.

¿ Hechiceras?

D. MANUEL.

¡ Qué error!

COSME.

¿ Hay sucubos?

D. MANUEL.

No.

COSME.

¿ Encantadoras?

D. MANUEL.

Tampoco.

COSME.

¿ Magicas?

D. MANUEL.

Es necedad.

COSME.

¿Nigromantes?

D. MANUEL.

Liviandad.

COSME.

¿Energumenos?

D. MANUEL.

¡Que loco!

COSME.

Vive Dios, que te cojí.
¿Diablos?

D. MANUEL.

Sin poder notorio.

COSME.

¿Hay almas del Purgatorio?

D. MANUEL.

¡Que me enamoren á mí!
¡Hay mas necia bobería!
Dexame: que estás cansado.

COSME.

¿En fin, qué has determinado?

D. MANUEL.

Asistir de noche y dia
con cuidados singulares.
Aqui el desengaño fundo,
sin creer que hay en el mundo,

ni duendes, ni familiares.

COSME.

Pues yo en efecto presumo,
que algun demonio los tray
que esto y mas habrá, donde hay
quien tome tabaco de humo.



JORNADA SEGUNDA.



Salen Doña Angela, Doña Beatríz, é Isabél.

D. BEATRIZ.

Notables cosas me cuentas!

D. ANGELA.

No te parezcan notables,
hasta que sepas el fin.
¿En qué quedamos?

D. BEATRIZ.

Quedaste
en que por el alhacena
hasta su quarto pasasteis,
que es tan dificil de verse,
como fue, de abrirse facil;
que le escribiste un papel,
y que al otro dia hallaste
la respuesta.

D. ANGELA.

Digo, pues,

que tan cortés y galante
estilo, no ví jamás,
mezclando entre lo admirable
del suceso lo gracioso,
imitando los andantes
caballeros, á quien pasan
aventuras semejantes.
El papel, Beatríz es éste:
holgareme que te agrade. *lee.*

Fermosa dueña, qnalquier que vos seais la condolida de este afanado caballero, y á saz piadosa minorais sus cuitas, ruegovos me querais facer sabidor del follon mezquino, ó Pagano malandrin, que en este encanto vos amancilla, para que segnnda vegada en vueso nombre, sano ya de las pasadas feridas, entré en descomunal batalla, maguer que finque muerto en ella, que non es la vida de mas pro que la muerte, tenudo á su deber un caballero. El dador de la luz vos mampare, é á mí non olbide.

El Caballero de la Dama Duende.

D. BEATRIZ.

¡Buen estilo por mi vida,
y á proposito el lenguage
del encanto y la aventura!

D. ANGELA.

Quando esperé que con graves
admiraciones viniera
el papel, ví semejante
desenfado, cuyo estilo
quise llevar adelante,
y respondiendole asi,
pasé:::

ISABEL.

Detente, no pases;
que viene Don Juan, tu hermano.

D. ANGELA.

Vendrá muy firme y amante
á agradecerte la dicha
de verte, Beatríz, y hablarte
en su casa.

D. BEATRIZ.

No me pesa
si hemos de decir verdades.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

No hay mal, que por bien no venga,
dicen adagios vulgares,
y en mí se vé, pues que vienen
por mis bienes vuestros males.
He sabido, Beatríz bella,
que un pesar que vuestro padre
con vos tubo, á nuestra casa,

sin gusto y contento os trahe;
pesame, que hayan de ser
lisonjeros y agradables,
como para vos mis gustos,
para mí vuestros pesares;
pues es fuerza, que no sienta
desdichas, que han sido parte,
de veros, porque hoy amor
diversos efectos hace,
en vos de pena, y en mí
de gloria, bien como el áspid,
de quien, si sale el veneno,
tambien la triaca sale.
Vos seas muy bien venida,
que ahunque es corto el hospedage,
bien se podrá hallar un sol
en compañia de un angel.

D. BEATRIZ.

Pesames, y parabienes
tan cortesmente mezclasteis,
que no sé, á qué responderos.
Disgustada con mi padre
vengo: la culpa tubisteis,
pues ahunque el galan no sabe,
sabe, que por el balcon
hablé anoche, y mientras pase
el enojo, con mi prima,
quiere, que esté, porque hace

de su virtud confianza.
Solo os diré, y esto baste,
que los disgustos estimo,
porque tambien en mí cause
amor efectos diversos,
bien como el sol, quando esparce
bellos rayos, que una flor
se marchita, y otra nace.
Hiere el amor en mi pecho,
y es solo un rayo bastante,
á que se muera el pesar,
y nazca el gusto, de hallarme
en vuestra casa, que ha sido
una esfera de diamante,
hermosa invidia del sol,
y capáz dosél de un angel.

D. ANGELA.

Bien se vé, que de ganancia
andais hoy los dos amantes,
pues que me dais de barato
tantos favores.

D. JUAN.

¿No sabes,
hermana, lo que he pensado?
Que tú sola, por vengarte
del cuidado, que te dá
mi huesped, cuerda buscaste
huespeda, que á mí me ponga

en cuidado semejante.

D. ANGELA.

Dices bien, y yo lo he hecho
solo, porque la regales.

D. JUAN.

Yo me doy por bien contento
de la venganza. *Quiere irse.*

D. BEATRIZ.

¿Qué haces,
Don Juan? ¿Dónde vas?

D. JUAN.

Beatríz,
á servirte; que dexarte
solo á tí por tí pudiera.

D. ANGELA.

Dexale, ir.

D. JUAN.

Dios os guarde. *vase.*

D. ANGELA.

Si cuidado con su huesped
me dió, y cuidado tan grande,
que apenas sé de mi vida,
y él de la suya no sabe;
viendote á tí con el mismo
cuidado, he de desquitarme;
porque de huesped á huesped,
estamos los dos iguales.

D. BEATRIZ.

El deseo, de saber
tu suceso, fuera parte
solamente, á no sentir
su ausencia.

D. ANGELA.

Por no cansarte,
papeles suyos y mios
fueron y vinieron, tales
(los suyos digo) que pueden
admitirse y celebrarse;
porque mezclando las veras,
y las burlas, no ví iguales
discursos.

D. BEATRIZ.

¿Y él en efecto,
qué es, lo que se persuade?

D. ANGELA.

A que debo de ser dama
de Don Luis, juntando partes,
de haberme escondido de él,
y de tener otra llave
del quarto.

D. BEATRIZ.

Sola una cosa
dificultad se me hace.

D. ANGELA.

¿Y quál es?

D. BEATRIZ.

¿Cómo este hombre,
viendo, que hay quien lleva y trahe
papeles, no te ha espiado,
y te ha cojido en el lance?

D. ANGELA.

No está eso por prevenir;
porque tengo á sus umbrales
un hombre yo, que me avisa,
de quién entra, y de quién sale;
y asi no pasa Isabél,
hasta saber, que no hay nadie;
que ya ha sucedido, amiga,
un dia entero quedarse
un criado, para verlo,
y haberle salido en valde
la diligencia y cuidado:
y porque no se me pase
de la memoria, Isabél,
llevate aquel azafate,
en siendo tiempo.

D. BEATRIZ.

Otra duda.
¿Cómo es posible, que alabes
de tan entendido un hombre,
que no ha dado en casos tales
en el secreto comun
de la albacena?

D. ANGELA.

Ahora sabes
lo del huevo de Juanelo,
que los ingenios mas grandes
trabajaron en hacer,
que un bufete de jaspe
se tubiese en pie, y Juanelo,
con solo llegar, y darle
un golpecillo, le tubo?
Las grandes dificultades,
hasta saberse, lo son;
que sabido, todo es facil.

D. BEATRIZ.

Otra pregunta.

D. ANGELA.

¿Quál es?

D. BEATRIZ.

¿De tan locos disparates
qué piensas sacar?

D. ANGELA.

No sé:
dixerate, que mostrarme
agradecida, y pasar
mis penas y soledades,
si ya no fuera mas que esto,
porque necia, é ignorante
he llegado á tener zelos,
de ver, que el retrato guarde

de una dama, y ahun estoy
dispuesta á entrar, y tomarle
en la primera ocasion,
y no sé, cómo declare,
que estoy ya determinada,
á que me vea, y me hable.

D. BEATRIZ.

¡Descubierta por quién eres!

D. ANGELA.

¡Jesus! El cielo me guarde:
ni él, pienso yo, que á un amigo,
y huesped traycion tan grande
hiciera; pues el pensar,
que soy dama suya, hace,
que me escriba temeroso,
cortés, turbado y cobarde;
y en efecto, yo no tengo
de ponerme á ese desayre.

D. BEATRIZ.

¿Pues cómo ha de verte?

D. ANGELA.

Escucha,
y sabrás la mas notable
traza, sin que yo al peligro
de verme en su quarto pase,
y él venga, sin saber dónde.

ISABEL.

Pon otro hermano á la margen;

que viene Don Luis.

D. ANGELA.

Despues
lo sabreis.

D. BEATRIZ.

¡Qué desiguales
son los influxos! ¡Que el cielo
en igual merito y partes,
ponga tantas diferencias,
y tantas distancias halle,
que con un mismo deseo,
uno obligue, y otro canse!
Vamos de aqui; que no quiero,
que llegue Don Luis, á hablarme.

Quiere irse, y sale Don Luis.

D. LUIS.

¿Por qué os ausentais asi?

D. BEATRIZ.

Solo, porque vos llegasteis.

D. LUIS.

¿La luz mas hermosa y pura,
de quien el sol la aprendió,
huye, porque llego yo?
¿Soy la noche por ventura?
Pues perdone tu hermosura,
si atrevido y descortés,
en detenerte, me vés;
que yo en esta contingencia

no quiero pedir licencia,
porque tú no me la dés.
Que, estimando tu rigor,
no quiere la suerte mia,
que ahun esto, que es cortesía,
tenga nombre de favor.
Ya sé, que mi loco amor
en tus desprecios no alcanza
un átomo de esperanza;
pero yo, viendo tan fuerte
rigor, tengo de quererte,
por solo tomar venganza.
Mayor gloria me darás,
quando mas penas me ofrezcas;
pues quando mas me aborrezcas,
tengo de quererte mas.
Si de esto quexosa estás,
porque con solo un querer,
los dos vengamos á ser,
entre el placer y el pesar,
extremos, aprende á amar,
ó enseñame, á aborrecer.
Enseñame tú rigores,
yo te enseñaré finezas,
enseñame tú asperezas,
yo te enseñaré favores;
tú desprecios, y yo amores,
tú olbido, y yo firme fé;

ahunque es mejor, porque dé
gloria al amor, siendo Dios,
que olbides tú por los dos;
que yo por los dos querré.

D. BEATRIZ.

Tan cortesmente os quexisa,
que, ahunque agradecer quisiera
vuestras penas, no lo hiciera,
solo porque las digais.

D. LUIS.

Como tan mal me tratais,
el idioma del desdén
aprendí.

D. BEATRIZ.

Pues ese, es bien,
que sigais; que en caso tal
hará soledad el mal,
á quien le dice tan bien.

Quiere irse, y detienela.

D. LUIS.

Oye, si acaso te vengas,
y padezcamos los dos.

D. BEATRIZ.

No he de escucharos: por Dios,
amiga, que le detengas. *vase.*

D. ANGELA.

¡Que tan poco valor tengas,
que esto quieras oír y ver!

D. LUIS.

¿Ay hermana, qué he de hacer?

D. ANGELA.

Dar tus penas al olbido;
que querer aborrecido,
es morir, y no querer.

Vanse.

D. LUIS.

Quexoso, ¡cómo podré
olbidarla, que es error!
Dila, que me haga un favor,
y obligado olbidaré:
ofendido no; porque
el mas prudente, el mas sabio
dá su sentimiento al labio;
si olbidarse el favor suele,
es, porque el favor no duele
de la suerte que el agravio.

Sale Rodrigo.

RODRIGO.

¿De dónde vienes?

D. LUIS.

No sé.

RODRIGO.

Triste, parece, que estás.
¿La causa no me dirás?

D. LUIS.

Con Doña Beatríz hablé.

RODRIGO.

No digas mas; ya se vé
en tí, lo que respondió.
¿Pero dónde está; que yo
no la he visto?

D. LUIS.

La tirana
es huespeda de mi hermana
unos dias, porque no
me falte un enfado asì
de un huesped; que cada dia
mis hermanos á porfia
se conjuran contra mí,
pues qualquiera tiene aquì
uno, que pesar me dé;
de Don Manuel, ya se vé,
y de Beatríz; pues los cielos
me trahen á casa mis zelos,
porque sin ellos no esté.

ROD.RIGO

Mira, que Don Manuel puede
oírte, que viene alli.

Sale Don Manuel.

D. MANUEL.

¡Solo en el mundo por mí *ap.*
tan gran prodigio sucede!
¡Qué haré, cielos, con que quede
desengañado, y saber ...

de una vez, sí esta mujer
dama de Don Luis ha sido,
ó, cómo maña ha tenido
y cautela, para hacer
tantos engaños!

D. LUIS.

¿Señor
Don Manuel?

D. MANUEL.

¿Señor Don Luis?

D. LUIS.

¿De dónde bueno venís?

D. MANUEL.

De palacio.

D. LUIS.

Grande error
el mio fue, en preguntar,
á quien pretensiones tiene,
dónde vá, ni dónde viene;
porque es fuerza, que ha de dar
qualquiera idéa en palacio,
como centro de su esfera.

D. MANUEL.

Si solo á palacio fuera,
estubiera mas de espacio.
Pero mi afan inmortal
mayor termino ha pedido.
Su Magestad ha salido

esta tarde al Escorial,
y es fuerza, esta noche ir
con mis despachos allá;
que de importancia será.

D. LUIS.

Si ayudaros y servir
puedo en algo, ya sabeis,
que soy en qualquier suceso
vuestro.

D. MANUEL.

Las manos os beso
por la merced, que me haceis.

D. LUIS.

Ved, que no es lisonja esto.

D. MANUEL.

Ya veo, que es voluntad
de mi aumento.

D. LUIS.

Asi es verdad,
porque negocies mas presto.

D. MANUEL.

Pero á un galan cortesano,
tanto como vos, no es justo,
divertirle de su gusto,
porque yo tengo por llano,
que estareis entretenido;
y gran desacuerdo fuera,
que ausentaros pretendiera.

D. LUIS.

Ahunque hubierais oído
lo que con Rodrigo hablaba,
no respondierais asi.

D. MANUEL.

¿Luego bien he dicho?

D. LUIS.

Sí;
que ahunque es verdad, que lloraba
de una hermosura el rigor,
á la firme voluntad
la hace tanta soledad
el desdén, como el favor.

D. MANUEL.

¡Qué desvalido os pintais!

D. LUIS.

Amo una grande hermosura
sin estrella, y sin ventura.

D. MANUEL.

¿Conmigo disimulais
ahora?

D. LUIS.

Pluguiera al cielo:
mas tan infelíz naci,
que huye esta beldad de mí,
como de la noche el velo
de la hermosa luz del dia,
á cuyos rayos me quemo.

¿Quereis ver, con quánto extremo
es la triste suerte mia?
Pues porque no la siguiera
amante y zeloso yo,
á una persona pidió,
que mis pasos detubiera.
Ved, si hay rigores mas fieros,
pues todos suelen buscar
terceros, para alcanzar,
y ella huye por terceros.

Vase él, y Rodrigo.

D. MANUEL.

¿Qué mas se ha de declarar?
Mujer, que su vista huyó,
y á otra persona pidió,
que le llegase á estorbar,
por mí lo dice, y por ella;
ya por lo menos vencí,
una duda, pues ya ví,
que ahunque es verdad, que es aquella,
no es su dama, porque él
despreciado no viviera,
si en su casa la tubiera.
Ya es mi duda mas cruél.
¿Si no es su dama, ni vive
en su casa, cómo asi
escribe, y responde? Aqui
muere un engaño, y concibe

otro engaño, ¿qué he de hacer?
Que soy en mis opiniones
confusion de confusiones.
¡Valgate Dios por mujer!

Sale Cosme.

COSME.

¿Señor, qué hay de duende? ¿Acaso
hasle visto por acá?
Que, de saber, que no está
allá, me holgaré.

D. MANUEL.

Habla paso.

COSME.

Que tengo mucho, que hacer
en nuestro quarto, y no puedo
entrar.

D. MANUEL.

¿Pues qué tienes?

COSME.

Miedo.

D. MANUEL.

¿Miedo un hombre ha de tener?

COSME.

¿No le ha de tener, señor?
Pero vé aqui, que le tiene,
porque al suceso conviene.

D. MANUEL.

Dexa aquese necio humor,

y lleva luz, porque tengo,
que disponer, y escribir,
y esta noche he de salir
de Madrid.

COSME.

A eso me atengo,
pues dices con esto aqui,
que tienes miedo al suceso.

D. MANUEL.

Antes te he dicho con eso,
que no hago caso de tí;
pues de otras cosas me acuerdo,
que son diferentes, quando
en éstas me estás hablando.
El tiempo en efecto pierdo:
en tanto que me despido
de Don Juan, tén luz. *vase.*

COSME.

Sí haré;
luz al duende llevaré;
que es hora, que sea servido,
y no esté á obscuras. Aqui
ha de haber una cerilla;
en aquella lamparilla,
que se está muriendo alli,
encenderla ahora puedo.
¡Oh que prevenido soy!
y entre éstas y otras voy

yo tiritando de miedo.

Vase, y sale Isabél por la alhacena con un azafate cubierto.

ISABEL.

Fuera están; que asi el criado
me lo dixo. Ahora es tiempo,
de poner este azafate
de ropa blanca en el puesto
señalado. ¡Ay de mí triste!
Que como es de noche, tengo,
con la grande obscuridad,
de mí misma asombro y miedo.
¡Valgame Dios, que temblando
estoy! El duende primero
soy, que se encomienda á Dios.
No hallo el bufete. ¡Qué es esto!
Con la turbacion y espanto,
perdí de la sala el tiento.
No sé, dónde estoy, ni hallo
la mesa. ¡Qué he de hacer, cielos!
Si no acertase á salir,
y me hallasen aqui dentro,
dabamos con todo el caso
al traste. Gran temor tengo;
y mas ahora, que abrir
la puerta del quarto, siento,
y trahe luz, el que la abre.

Aqui dió fin el suceso;
que ya ni puedo esconderme,
ni volver á salir puedo.

Sale Cosme con luz.

COSME.

Duende, mi señor, si acaso
obligan los cumplimientos
á los duendes bien nacidos,
humildemente te ruego,
que no te acuerdes de mí
en tus muchos embelecos;
y esto por quatro razones:
la primera, yo me entiendo:

Vá andando Isabél detrás de él, huyendo de que no la vea.

la segunda, usted lo sabe;
la tercera, por aquello
de que al buen entendedor;
la quarta, por estos versos:
Señora Dama Duende,
duelase de mí,
que soy niño y solo,
y nunca en tal me ví.

ISABEL.

Ya con la luz he cobrado
el tino del aposento,

y él no me ha visto; si aqui
se la mato, será cierto,
que mientras la vá á encender,
salir á mi quarto puedo;
que en quanto sienta ruido,
no me verá por lo menos,
y á dos daños el menor.

COSME.

¡Qué gran musico es el miedo!

ISABEL.

Esto ha de ser de esta suerte.

Dale un golpe y matale la luz.

COSME.

¡Ay infelíz; que me han muerto!
Confesion.

ISABEL.

Ahora podré,
escaparme.

Al querer huir Isabél, sale Don Manuel.

D. MANUEL.

¡Qué es aquesto!
¿Cosme, cómo estás sin luz?

COSME.

¿Cómo? A los dos nos ha muerto
el duende: á la luz de un soplo,
y á mí de un golpe.

D. MANUEL.

Tu miedo
te hará creer esas cosas.

COSME.

Bien á mi costa las creo.

ISABEL.

¡Oh si la puerta encontrase!

D. MANUEL.

¿Quién está aqui?

Encuentra Isabél con D. Manuel, y él la tiene del azafate.

ISABEL.

Peor es esto;
que con el amo he encontrado.

D. MANUEL.

Trahe luz, Cosme; que ya tengo
á quien es.

COSME.

Pues no la sueltes;
y entretanto que yo vuelvo
tenle bien. *vase.*

ISABEL.

Del azafate
asió: en sus manos le dexo:
hallé la alhacena. A Dios.

Vase, dexando el azafate á Don Manuel.

D. MANUEL.

Qualquiera que es, se esté quedo,

hasta que traygan la luz;
porque si no, vive el cielo,
que le dé de puñaladas;
pero solo abrazo el viento,
y encuentro solo una cosa
de ropa y de poco peso.
¿Qué será? ¡Valgame Dios;
que en mas confusion me ha puesto!

Sale Cosme con la luz.

COSME.

Tengase el duende á la luz.
¿Pues qué es de él? ¿No estaba preso?
¿Qué se hizo? ¿Dónde está.
¿Qué es esto, señor?

D. MANUEL.

No acierto,
á responder. Esta ropa
me ha dexado, y se fue huyendo.

COSME.

¿Y qué dices de este lance?
Ahun bien, que ahora tú mesmo
dixiste, que le tenias,
y se te fue por el viento.

D. MANUEL.

Diré, que aquesta persona,
que con arte y con ingenio
entra y sale aqui, esta noche

estaba encerrada dentro;
que para poder salir,
te mató la luz, y luego
me dexó á mí el azafate,
y se me ha escapado huyendo.

COSME.

¿Por dónde?

D. MANUEL.

Por esa puerta.

COSME.

Harasme, que pierda el seso.
Vive Dios, que yo le ví
á los ultimos reflexos
que la pavesa dexó
de la luz, que me habia muerto.

D. MANUEL.

¿Qué forma tenia?

COSME.

Era un frayle
tamañito, y tenia puesto
un cucurucho tamaño;
que por esas señas, creo,
que era duende capuchino.

D. MANUEL.

¡Qué de cosas hace el miedo!
Alumbra aqui, y lo que traxo
el fraylecito, verémos.
Tén este azafate tú.

COSME.

¡Yo azafates del infierno!

D. MANUEL.

Tenle, pues.

COSME.

Tengo las manos
sucias, señor, con el sebo
de la vela, y mancharé
el tafetan, que cubierto
le tiene; mejor será,
que le pongas en el suelo.

D. MANUEL.

Ropa blanca es, y un papel:
veamos, si el frayle es discreto. *lee.*

En el poco tiempo que ha que vivís en esta casa, no se ha podido hacer mas ropa; como se fuere haciendo, se irá llevando. A lo que decís del amigo, persuadido á que soy dama de Don Luis, os aseguro, que no solo no lo soy, pero que no puedo serlo; y esto dexo para la vista, que será presto. Dios os guarde.

Baptizado está este duende,
pues de Dios se acuerda.

COSME.

¿Veslo,

como hay duende religioso?

D. MANUEL.

Muy tarde es; vé componiendo
las maletas y coxines,
y en una bolsa pon estos
papeles, que son el todo
á que vamos; que yo entiendo,
en tanto dexar respuesta
á mi duende.

Dale unos papeles á Cosme, y ponelos él sobre una silla, y Don Manuel escribe.

COSME.

Aqui los quiero,
para que no se me olbiden,
y estén á mano, ponerlos,
mientras me detengo un rato
solamente á decir esto.
¿Has creído ya, que hay duendes?

D. MANUEL.

¡Qué disparate tan necio!

COSME.

¿Esto es disparate.? ¿Ves
tú mismo tantos efectos,
como venirse á tus manos
un regalo por el viento,
y ahun dudas? Pero bien haces,
si á tí te vá bien con eso:

mas dexame á mí, que yo,
que peor partido tengo,
lo crea.

D. MANUEL.

¿De qué manera?

COSME.

De esta manera lo pruebo.
Si nos revuelven la ropa,
te ries mucho de verlo,
y yo soy quien la compone,
que no es trabajo pequeño.
Si á tí te dexan papeles,
y te llevan los conceptos,
á mi me dexan carbones,
y se llevan mi dinero.
Si trahen dulces, tú te huelgas
como un padre, de comerlos,
y yo ayuno como un puto,
pues ni lo toco, ni veo.
Si á tí te dan las camisas,
las valonas y pañuelos,
á mí los sustos me dan
de escucharlo; y de saberlo.
Si quando los dos venimos,
aqui, casi á un mismo tiempo,
te dan á tí un azafate,
:an aseado y compuesto,
á mí un moxicon me dan

en aquestos pestorejos,
tan descomunal, tan grande,
que me hace escupir los sesos.
Para tí solo, señor,
es el gusto y el provecho,
para mí el susto y el daño;
y tiene el duende en efecto,
para tí, mano de lana,
para mí mano de hierro.
Pues dexame, que lo crea;
que se apura el sufrimiento,
queriendo negarle á un hombre,
lo que está pasando, y viendo.

D. MANUEL.

Haz las maletas, y vamos,
que allá en el quarto te espero
de Don Juan.

COSME.

¿Pues qué hay que hacer,
si allá vestido de negro
has de andar, y esto se hace
con tomar un ferreruelo?

D. MANUEL.

Dexa cerrado, y la llave
lleva, que si en este tiempo
hiciere falta, otra tiene
Don Juan. Confuso me ausento
por no llevar ya sabido

esto ; que ha de ser tan presto!
Pero uno importa al honor
de mi casa y de mi aumento;
y otro solamente á un gusto;
y asi entre los dos extremos,
donde el honor es lo mas,
todo lo demas es menos. *vanse.*

Salen D. Angela, D. Beatríz é Isabél.

D. ANGELA.

¿Eso te ha sucedido?

ISABEL.

Ya todo el embeleco ví perdido,
porqué, si allí me viera,
fuerza, señora, fuera,
el descubrirse todo;
pero en efecto, me escapé del modo,
que te dixe.

D. ANGELA.

Fue extraño
suceso.

D. BEATRIZ.

Y ha de dár fuerza al engaño,
sin haber visto gente,
ver, que dé un azafate, y que se ausente.

D. ANGELA.

Si tras de esto consigo,
què me vea dél modo que te digo,
ni dudo, de que pierda

el juicio.

D. BEATRIZ.

La atencion mas grave, y cuerda,
es fuerza, que se espante,
Angela, con suceso semejante;
porque querer llamalle
sin saber, dónde viene, y que se halle
luego con una dama
tan hermosa, tan rica y de tal fama,
sin que sepa, quién es, ni dónde vive,
que esto es lo que tu ingenio le apercibe,
y haya vendado y ciego
de volver á salir, y dudar luego;
¿quién no se ha de admirar?

D. ANGELA.

Todo advertido
está ya, y por estar tú áqui, no ha sido
hoy la noche primera,
que ha de venir, á verme.

D. BEATRIZ.

¿No supiera
yo, callar el suceso
de tu amor?

D. ANGELA.

Que no, prima; no es por eso,
sino que estando en casa
tú, como á mis hermanos les abrasa
tu amor, no salen de ella,

adorando los rayos de tu estrella;
y fuera aventurarme,
no ausentandose ellos, empeñarme.

D. LUIS *al paño.*

¡Oh cielos! ¡Quién pudiera
disimular su afecto! ¡Quién pusiera
límite al pensamiento,
freno á la voz y ley al sentimiento!
Pero ya que conmigo
tan poco puedo, que esto no consigo,
desde aqui he de ensayarme,
á vencer mi pasion, y reportarme.

D. BEATRIZ.

Yo diré, de qué suerte
se podrá disponer, para no hacerte
mal tercio, y para hallarme
aqui; porque sintiera el ausentarme,
sin que el efecto viera,
que deseo.

D. ANGELA.

Pues dí de qué manera.

D. LUIS.

¡Qué es lo que las dos tratan,
que de su mismo haliento se recatan!

D. BEATRIZ.

Las dos publicarémos,
que mi padre envió por mí, y harémos
la deshecha con modos,

que creyendo, que estoy ya ausente, todos,
vuelva á quedarme en casa.

D. LUIS.

[sá!
¡Qué es esto, cielos, que en mi agravio pa-

D. BEATRIZ.

Y oculta con secreto,
sin estorbos podré ver el efecto:::

D. LUIS.

¡Qué es lo que oygo, hado injusto!

D. BEATRIZ.

Que ha de ser para mí de tanto gusto.

D. ANGELA.

¿Y luego, qué dirémos
de verte aqui otra vez?

D. BEATRIZ.

¿Pues no tendremos
(que mal eso te admira)
ingenio, para hacer otra mentira?

D. LUIS.

Sí tendreis. ¡Qué esto escucho!
Con nuevas penas y tormentos lucho.

D. BEATÍZ.

Con esto, sin testigos y en secreto
de este notable amor veré el efecto;
pues estando escondida
yo, y estando la casa recojida,
sin escandalo arguyo,
que pasar pueda de su quarto al tuyo.

D. LUIS.

Bien claramente infiero,
(cobarde vivo, y atrevido muero)
su intencion. Mas dichoso
mi hermano la merece: (estoy zeloso)
á darle se prefiere
la ocasion que desea; y asi quiere,
que de su quarto pase
sin que nadie lo sepa, y yo me abrase;
y porque sin testigos
se logren, ¡oh enemigos!
mintiendo mi sospecha,
hacer quiero conmigo la deshecha.
Pues si esto es asi, cielos,
para el estorbo de su amor apelo;
y quando esté escondida,
buscando otra ocasion, con atrevida
resolucion veré toda la casa,
hasta hallarla; que el fuego, que me abra- [sa,
ya no tiene otro medio;
que el estorbar es ultimo remedio
de un zeloso. Valedme, santos cielos;
que abrasado de amor, muero de zelos.
[*vase.*

D. ANGELA.

Está bien prevenido,
y mañana dirémos, que te has ido.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

¿Hermana? ¿Beatríz bella?

D. BEATRIZ.

Ya te echabamos menos.

D. JUAN.

Si mi estrella
tantas dichas mejora,
que me echa menos vuestro sol, señora,
de mí mismo envidioso,
tendré mi mismo bien por sospechoso;
que posible no ha sido,
que os haya merecido
mi amor ese cuidado;
y asi, de mí envidioso, y envidiado,
tendré en tan dulce abísmo,
yo lastima, y envidia de mí mismo.

D. BEATRIZ.

Contradecir no quiero
argumento, Don Juan, tan lisonjero;
que quien ha dilatado
tanto el venirme á ver, y me ha olbidado,
¿quién duda, que estaria
bien divertido, sí, y alli tendria
envidia á su ventura.
y lastima, perdiendo la hermosura,
que tanto le divierte?
Luego claro se prueba de esta suerte,

con cierto silogismo,
la lastima y envidia de sí mismo.

D. JUAN.

Si no fuera ofenderme y ofenderos,
intentára, Beatríz, satisfaceros,
con deciros, que he estado
con Don Manuel, mi huesped, ocupado
ahora en su partida,
porque se fue esta noche.

D. ANGELA.

¡Ay de mi vida!

D. JUAN.

¿De qué, hermana, es el susto?

D. ANGELA.

Sobresalta un placer, como un disgusto.

D. JUAN.

Pesame, que no sea
placer cumplido, el que tu pecho vea;
pues volverá mañana.

D. ANGELA.

Vuelva á vivir una esperanza vana. *ap.*
Ya yo me habia espantado,
que tan de paso nos venia el enfado,
que fue siempre importuno.

D. JUAN.

Yo no sospecho, que te dé dinguno;
sino que tú y Don Luis mostrais disgusto,
por ser cosa, en que yo he tenido gusto.

D. ANGELA.

No quiero responderte, [certe
ahunque tengo bien qué, y es, por no ha-
mal juego, siendo ahora
tercero de tu amor, pues nadie ignora,
que exerce amor las flores de fullero
mano á mano mejor, que con tercero.
Vente, Isabél, conmigo; [go
que aquesta noche misma á tràher me obli-
el retrato; pues puedo
pasar con mas espacio, y menos miedo.
Tenme tú prevenida *á Juana*
una luz; y que pueda ir escondida,
porque no ha de tener contra mi fama,
quien me escribe, retrato de otra dama.

Vanse Doña Angela é Isabél.

D. BEATRIZ.

No creo, que te debo
tantas finezas.

D. JUAN.

Los quilates pruebo
de mi fé, porque es mucha,
en un discurso.

D. BEATRIZ.

Dile.

D. JUAN.

Pues escucha.

Bella Beatríz, mi fé es tan verdadera,
mi amor tan firme, mi aficion tan rara,
que ahunque yo no quererte deseára,
contra mi mismo afecto te quisiera.
Estimate mi vida de manera,
que á poder olbidarte, te olbidára;
porque despues con eleccion te amara,
fuera gusto mi amor, y no ley fuera,
Quien quiere á una mujer, porque no puede
olbidarla, no obliga con querella,
pues nada el albedrío le concede.
Yo no puedo olbidarte, Beatríz bella,
y siento, el ver, que tan ufana quede
con la victoria de tu amor mi estrella.

D. BEATRIZ.

Si la eleccion se debe al albedrío,
y la fuerza al impulso de una estrella,
voluntad mas segura será aquella,
que no vive sujeta á un desvarío.
Y asi de tus finezas desconfio,
pues mi fé, que imposibles atropella,
si viera á mi albedrío andar sin ella,
negára, vive el cielo, que era mio.
Pues aquel breve instante que gastára,
en olbidar, para volver á amarte,
sintiera, que mi afecto me faltára.
Y huelgome, de ver que no soy parte
para olbidarte, pues que no te amára

el rato, que tratára de olbidarte. *vanse.*

Sale Cosme huyendo de Don Manuel, que le sigue.

D. MANUEL.

¡Vive Dios, si no mirára:::!

COSME.

Por eso miras.

D. MANUEL.

Que fuera
infamia mia, que hiciera
un desatino.

COSME.

Repara,
en que te he servido bien,
y un descuido no está en mano
de un católico christiano.

D. MANUEL.

¿Quién ha de sufrirte, quién;
si lo que mas importó,
y lo que mas te he encargado,
es lo que mas se ha olbidado?

COSME.

Pues por eso se olbidó;
por ser, lo que me importaba:
que si importante no fuera,
¿en olbidarse, qué hiciera?
¡Viven los cielos, que estaba
tan cuidadoso en traher

los padeles, que por eso
los puse aparte, y confieso,
,que el cuidado vino á ser
el mismo que me dañó;
pues si aparte no estubieran,
con los demás se vinieran.

D. MANUEL.

Harto es, que se te acordó
en la mitad del camino.

COSME.

Un grán cuidado llevaba,
sin saber, qué le causaba,
que le juzgué desatino;
hasta que en el caso dí,
y supe. que era el cuidado,
el haberseme olbidado
los papeles.

D. MANUEL.

Di, que alli
el mozo espére, teniendo
las mulas; porque tambien
llegar con ruido, no es bien,
despertando á quien durmiendo
está ya; pues puedo entrar,
supuesto que llave tengo,
y el despacho, por quien vengo,
sin ser sentido, sacar.

Vase Cosme, y vuelve á salir.

COSME.

Ya el mozo queda advertido;
mas considera, señor,
que sin luz, es grande error,
querer hallarlos; y el ruido
excusarse, no es posible;
porque, si luz no nos dan
en el quarto de Don Juan,
¿cómo hemos de ver?

D. MANUEL.

¡Terrible
es tu enfado! ¿Ahora quieres,
que le alborote, y le llame?
¿Pues no sabrás, dime, infame,
que causa de todo eres
por el tiento, dónde fue,
donde quedaron?

COSME.

No es esa
la duda; que yo á la mesa,
donde sé, que los dexé,
iré á ciegas.

D. MANUEL.

Abre presto.

COSME.

Lo que mi temor responde
és, que no sabré yo adonde

el duende los habrá puesto.
¿ Porque, qué cosa he dexado,
que haya vuelto á hallarla yo
en la parte, que quedó?

D. MANUEL.

Si los hubiere mudado,
luz entonces pediremos;
pero hasta verlo, no es bien,
que alborotemos á quien
buen hospedage debemos. *vanse.*

Salen por la alhacena D. Angela é Isabél

D. ANGELA.

Isabél, pues recojida
está la casa, y es dueño
de los sentidos el sueño,
ladron de la media vida,
y sé, que el huesped se ha ido,
robarle el retrato quiero,
que ví en el lance primero.

ISABEL.

Entra quedo, y no hagas ruido.

D. ANGELA.

Cierra tú por allá fuera;
y hasta venir á avisar,
no saldré yo, por no dar
en mas riesgo.

ISABEL.

Aquí me espera.

Vase Isabél cerrando la albacena, y por la puerta del quarto salen Don Manuel y Cosme á obscuras.

COSME.

Ya está abierto.

D. MANUEL.

Pisa quedo;
que, si aqui sienten rumor,
será alboroto mayor.

COSME.

Creerasme, que tengo miedo.
Este duende, bien pudiera
tenernos luz encendida.

D. ANGELA.

La luz que traxe escondida,
porque de aquesta manera
no se viese, es tiempo ya,
de descubrir.

Los dos se quedan junto á la puerta, y saca Doña Angela una luz que trahe encubierta en una linterna.

COSME.

Nunca ha andado
el duende tan bien mandado.

¡Qué presto la luz nos dá!
Considera ahora aqui,
si te quiere bien el duende;
pues que para tí la enciende,
y la apaga para mí.

D. MANUEL.

¡Valgame el cielo! Ya es
esto sobrenatural,
que traher con priesa tal,
luz, no es obra humana.

COSME.

¿Ves,
como á confesar veniste,
que es verdad?

D. MANUEL.

De marmol soy:
por volverme atrás estoy.

COSME.

Mortal eres. ¿Ya temiste?

D. ANGELA.

Hácia aqui la mesa veo,
y con papeles está.

COSME.

Hácia la mesa se vá.

D. MANUEL.

¡Vive Dios, que dudo y creo
una admiracion tan nueva!

COSME.

¿Ves, como nos vá guiando
lo que venimos buscando,
sin que veamos, quién la lleva?

Saca la luz de la linterna, ponela en un candelero que habrá en la mesa, y toma una silla, y sientase de espaldas á los dos.

D. ANGELA.

Pongo aqui la luz, y ahora
la escribanía veré.

D. MANUEL.

Aguarda, que á los reflexos
de la luz todo se vé:
y no ví en toda mi vida
tan soberana mujer.
¡Valgame el cielo, qué es esto!
Hidras, á mi parecer,
son los prodigios, pues de uno
nacen mil. ¡Cielos, qué haré!

COSME.

De espacio lo vá tomando;
silla arrastra.

D. MANUEL.

Imagen es
de la mas rara beldad,
que el soberano pincel

ha obrado.

COSME.

Asi es verdad;
porque solo la hizo él.

D. MANUEL.

Mas que la luz resplandecen
sus ojos.

COSME.

Lo cierto es,
que son sus ojos luceros
del cielo de Lucifér.

D. MANUEL.

Cada cabello es un rayo
del sol.

COSME.

Hurtaronlos de él.

D. MANUEL.

Una estrella es cada rizo.

COSME.

Sí será; porque tambien
se las traxeron acá,
ó una parte de las tres.

D. MANUEL.

¡No ví mas rara hermosura!

COSME.

No dixeras eso, á fe,
si el pie la vieras; porque estos
son malditos por el pie.

D. MANUEL.

¡Un asombro de belleza,
un Angel hermoso es!

COSME.

Es verdad; pero patudo.

D. MANUEL.

¡Qué es esto! ¡Qué intenta hacer
con mis papeles!

COSME.

Yo apuesto,
que querrá mirar y ver
lo que buscas; porque aqui
tengamos menos que hacer;
que es duende muy servicial.

D. MANUEL.

¡Valgame el cielo, qué haré!
Nunca me he visto cobarde,
sino sola aquesta vez.

COSME.

Yo sí, muchas.

D. MANUEL.

Y calzado
de prision de hielo el pie,
tengo el cabello erizado;
y cada suspiro es
para mi pecho un puñal,
para mi cuello un cordel.
¡Mas yo he de tener temor!

Vive el cielo, que he de ver,
si sé, vencer un encanto.

Llega, y cojela de un brazo.

Angel, demonio ó mujer,
á fé, que no has de librarte
de mis uñas esta vez.

D. ANGELA.

¡Ay infelice de mí! *ap.*
Fingida su ausencia fue:
mas ha sabido que yo.

COSME.

De parte de Dios (aqui es
Troya del diablo) nos dí:::

D. ANGELA.

Mas yo disimularé. *ap.*

COSME.

¿Quién eres, y qué nos quieres?

D. ANGELA.

Generoso Don Manuel
Henriquez, á quién está
guardado un inmenso bien,
no me toques, no me llegues;
que llegarás á perder
la mayor dicha; que el cielo
te previno por merced
del hado, que te apadrina,
por decretos de su ley.
Yo te escribí aquesta tarde

en el ultimo papel,
que nos veriamos presto,
y anteviendo aquesto, fue.
Y pues cumplí mi palabra,
supuesto que ya me vés
en la mas humana forma,
que he podido elegir, ve
en paz, y dexame áqui;
pórque ahun cumplido no es
el tiempo, en que mis sucesos
has de alcanzar y saber.
Mañana los sabrás todos;
y mira, que á nadie dés
parte de esto, si no quieres
una gran suerte perder.
Ve en paz.

COSME.

Pues con la paz
nos convida, señor, qué
esperamos?

D. MANUEL.

¡Vive Dios,
que corrido, de temer
vanos asombros, estoy!
Y puesto que no los cree
mi valor, he de apurar
todo el caso de una vez.
Mujer, quien quiera que seas;

(que no tengo de creer,
que eres otra cosa, nunca,
vive Dios, que he de saber,
quién eres, cómo has entrado
aqui, con qué fin, y á qué.
Sin esperar á mañana,
esta dicha gozaré;
si demonio, por demonio,
y si mujer, por mujer;
que á mi esfuerzo no le dá,
que recelar, ni temer
tu amenaza, quando fueras
demonio; ahunque yo bien sé,
que teniendo cuerpo tú,
demonio no puedes ser,
sino mujer.

COSME.

Todo es uno.

D. ANGELA.

No me toques, que á perder
echas una dicha.

COSME.

Dice
el señor diablo muy bien;
no la toques, pues no ha sido
harpa, laud, ni rabel.

D. MANUEL.

Si eres espíritu, ahora

con la espada lo veré;
pues ahunque te hiera aqui,
no he de poderte ofender.

D. ANGELA.

¡Ay de mí! Deten la espada;
sangriento el brazo deten;
que no es bien, que dés la muerte
á una infelice mujer.
Yo confieso, que lo soy;
y ahunque es delito, el querer,
no delito, que merezca
morir mal, por querer bien.
No manches pues, no desdores
con mi sangre el rosiclér
de ese acèro.

D. MANUEL.

Di, ¿quién eres?

D. ANGELA.

Fuerza, decirlo, ha de ser;
porque no puedo llevar
tan al fin, como pensé,
este amor, este deseo,
esta verdad, esta fé.
Pero estamos á peligro,
si nos oyen ó nos vén,
de la muerte; porque soy
mucho mas de lo que vés;
y asi es fuerza, por quitar

estorbos, que puede haber,
cerrar, señor, esa puerta,
y ahun la del portal tambien;
porque no puedan ver luz,
si acaso vienen á ver,
quien anda aqui.

D. MANUEL.

Alumbra, Cosme;
cerremos la puerta. ¿Ves,
como es mujer, y no duende?

COSME.

¿Yo no lo dixe tambien? *vanse.*

D. ANGELA.

Cerrada estoy por defuera.
Ya, cielos, fuerza ha de ser,
decir la verdad, supuesto,
que me ha cerrado Isâbél,
y que el huesped me ha cojido
aqui.

Sale Isabél á la albacena.

ISABEL.

Cé, señora, cé;
tu hermano por tí pregunta.

D. ANGELA.

Bien sucede: echa el cancél
de la alhacena. ¡Ay amor!
La duda se queda en pie.

Vanse y cierran la albacena, y vuelven á salir Don Manuel y Cosme.

D. MANUEL.

Ya están cerradas las puertas.
Proseguid, señora: haced
relacion. ¡Pero qué es esto!
¿Dónde está?

COSME.

¿Pues yo qué sé?

D. MANUEL.

¡Si se ha entrado en el alcoba!
Vé delante.

COSME.

Yendo á pie,
es, señor, descortesía,
ir yo delante.

D. MANUEL.

Veré
todo el quarto. La luz suelta.

COSME.

Digo, que suelto.

Quitale Don Manuel la luz, entra dentro, y vuelve á salir.

D. MANUEL.

¡Cruel
es mi suerte!

COSME.

Ahun bien que ahora
por la puerta no se fué.

D. MANUEL.

¿Pues por dónde pudo irse?

COSME.

Eso no alcanzo yo. ¿Ves,
(siempre te lo he dicho yo)
como es diablo, y no mujer?

D. MANUEL.

Vive Dios, que he de mirar
todo este quarto, hasta ver,
si debaxo de los quadros
rota está alguna pared,
si encubren estas alfombras
alguna cueva; tambien,
las vovedillas del techo.

COSME.

Solamente aqui se vé
esta alhacena.

D. MANUEL.

Por ella,
no hay, que dudar ni temer,
siempre compuesta de vidrios.
A mirar lo demás, vén.

COSME.

Yo no soy nada miron.

D. MANUEL.

Pues no tengo de creer,
que es fantastica su forma,
puesto que llegó, á temer
la muerte.

COSME.

Tambien llegó,
á adivinar y saber,
que, á solo verla, esta noche
habiamos de volver.

D. MANUEL.

Como sombra se mostró,
fantastica su luz fue;
pero como cosa humana
se dexó tocar y ver.
Como mortal me temió,
receló como mujer,
como ilusion se deshizo,
como fantasma se fué.
Si doy la rienda al discurso,
no sé, vive Dios, no sé,
ni qué tengo de dudar,
ni qué tengo de creer.

COSME.

Yo sí.

D. MANUEL.

¿Qué?

COSME.

Que es mujer diablo;
pues que *novedad no es,*
si la mujer es demonio
todo el año, que una vez,
por desquitarse de tantas,
sea el demonio mujer.



JORNADA TERCERA.

Sale Don Manuel como á obscuras, é Isabél guiandole.

ISABEL.

Esperame en esta sala.
Luego saldrá, á verte aqui
mi señora. *vase como cerrando.*

D. MANUEL.

No está mala
la tramoya. ¿Cerró? Sí.
¡Qué pena á mi pena iguala!
Yo volví del Escorial,
y este encanto peregrino,
este pasmo celestial,
que á traherme la luz vino,
y me dexa en duda igual,
me tiene escrito un papel,
diciendo múy tierna en él:
Si os atreveis, á venir
á verme, habeis de salir

esta noche con aquel
criado que os acompaña;
dos hombres esperarán
en el cementerio (¡extraña
parte!) de San Sebastian,
y una silla, y no me engaña;
en ella entré y discurrí,
hasta que el tino perdí:
y al fin, á un portal de horror
lleno de sombra y temor,
solo y á obscuras salí.
Aquí llegó una mujer
(al oír y al parecer)
y á obscuras y por el tiento,
de aposento en aposento,
sin oír, hablar ni ver,
me guió; pero ya veo
luz; por el resquicio es
de una puerta; tu deseo
lograste, amor, pues ya ves
la dama, aventuras creo.

Azecha por la cerradura.

¡Qué casa tan alhajada!
¡Qué mujeres tan lucidas!
¡Qué sala tan adornada!
¡Qué damas tan bien prendidas!
¡Qué beldad tan extremada!

Abren la puerta y salen todas las damas trayiendo tohallas, conservas y agua, haciendo todas reverencia al pasar, y detrás de todas sale Doña Angela, ricamente vestida y Doña Beatríz.

D. ANGELA.

Pues presumen, que eres ida
á tu casa, mis hermanos,
quedandote aqui escondida,
los recelos serán vanos;
porque, una vez recojida,
ya no habrá que temer nada.

D. BEATRIZ.

¿Y qué ha de ser mi papel?

D. ANGELA.

Ahora el de mi criada;
luego el de ver, retirada,
lo que me pasa con él.
Estareis muy disgustado
de esperarme?

D. MANUEL.

No, señora;
que quien espera una aurora,
bien sabe, que su cuidado
en las sombras sepultado
de la noche obscura y fria
ha de tener; y asi hacia

gusto el pesar, que pasaba;
pues quanto mas se alargaba,
tanto mas llamaba al dia.
Sí bien no era menester,
pasar noche tan obscura,
si el sol de vuestra hermosura
me habia de amanecer;
que para resplandecer
vos, soberano arrebol,
la sombra, ni el tornasol
de la noche no os habia
de estorbar; que sois el dia,
que amanece sin el sol.
Huye la noche, señora,
y pasa á la dulce salva
la risa bella del alba,
que ilumina, mas no dora;
despues del alba la aurora,
de rayos y luz escasa,
dora, mas no abrasa. Pasa
la aurora, y tras su arrebol
pasa el sol; y solo el sol
dora, ilumina y abrasa.
El alba, para brillar,
quiso á la noche seguir;
la aurora, para lucir,
al alba quiso imitar.
El sol, deidad sinigual,

á la aurora desafia,
vos al sol; luego la fria
noche no era menester,
si podeis amanecer
sol del sol despues del dia,

D. ANGELA.

Ahunque agradecer debiera
discurso tan cortesano,
quexarme quiero (no en vano)
de ofensa tan lisonjera;
pues no siendo esta la esfera,
á cuyo noble ardimiento
fatigas padece el viento,
sino un albergue piadoso,
os viene á hacer sospechoso
el mismo encarecimiento.
No soy alba; pues la risa
me falta en contento tanto,
ni aurora; pues que mi llanto
de mi dolor no os avisa.
No soy sol; pues no divisa
mi luz la verdad que adoro;
y asi, lo que soy ignoro;
que solo sé, que no soy
alba, aurora ó sol; pues hoy
no alumbro, rio ni lloro.
Y asi, os ruego, que digais,
señor Don Manuel, de mí,

que una mujer soy y fuí,
á quien vos solo obligais
al extremo que mirais.

D. MANUEL.

Muy poco debe de ser;
pues ahunque me llego á ver
aqui, os pudiera arguir,
que tengo mas que sentir,
señora, que agradecer.
Y asi, me doy por sentido.

D. ANGELA.

¡Vos de mí sentido!

D. MANUEL.

Sí;
pues que no fias de mí,
quien sois.

D. ANGELA.

Solamente os pido,
que eso no mandeis; que ha sido
imposible de contar.
Si quereis venirme á hablar,
con calidad ha de ser,
que no lo habeis de saber,
ni lo habeis de preguntar.
Porque para con vos hoy
un enigma ser me ofrezco,
que ni soy lo que parezco,
ni parezco lo que soy.

Mientras encubierta estoy,
podreis verme, y podré veros;
porque, si á satisfaceros
llegais, y quien soy, sabeis,
vos quererme no querreis,
ahunque yo quiera quereros.
Pincel, que lo muerto informa,
tal vez un quadro previene,
que una forma á una luz tiene;
y á otra luz tiene otra forma.
Amor, que es pintor, conforma
dos luces, que en mí teneis;
si hoy á aquesta luz me veis,
y por eso me estimais,
quando á otra luz me veais,
quizás me aborrecereis.
Lo que deciros, no importa,
es, en quanto haber creido,
que de Don Luis dama he sido,
que esta sospecha reporta
mi juramento, y la corta.

D. MANUEL.

¿Pues qué, señora, os moviera
á encubriros de él?

D. ANGELA.

Pudiera
ser tan principal mujer,
que tubiera que perder.

si Don Luis me conociera.

D. MANUEL.

Pues decidme solamente,
¿cómo á mi casa pasais?

D. ANGELA.

Ni eso es tiempo, que sepais;
que es el mismo inconveniente.

D. BEATRIZ.

Aqui entro yo lindamente.
Ya el agua y dulce está aqui.
V. Excelencia mire, si:::

Llegan todas con las tohallas, agua, y algunas caxas de dulce.

D. ANGELA.

¡Qué error, y qué impertinencia!
Necia, ¿quién es Excelencia?
¿Quieres engañar asi
ahora al señor Don Manuel,
para que con eso crea,
que yo gran señora sea?

D. BEATRIZ.

Advierte:::

D. MANUEL.

De mi cruel
duda salí con aquel
descuido; ahora he creido,
que una gran señora ha sido,

que por serlo se encubrió,
y que con el oro vió
su secreto conseguido.

Llama dentro D. Juan y turbanse todos.

D. JUAN.

Abre, Isabél, ésta puerta.

D. ANGELA.

¡Ay cielos, qué ruido es este!

ISABEL.

¡Yo soy muerta!

D. BEATRIZ.

Elada estoy.

D. MANUEL.

¡Ahun no cesan mis crueles
fortunas! ¡Valgame el cielo!

D. ANGELA.

Señor, mi padre es aqueste.

D. MANUEL.

¿Qué he de hacer?

D ANGELA.

Fuerza es, que vais,
á esconderos á un retrete.
Isabél, llevale tú,
hasta que oculto le dexes
en aquel quarto que sabes,
apartado : ya me entiendes.

ISABEL.

Vamos presto, *vase.*

D. JUAN.

¿No acabais,
de abrir la puerta?

D. MANUEL.

¡Valedme,
cielos, que vida y honor
van jugadas á una suerte! *vase.*

D. JUAN.

La puerta echaré en el suelo.

D. ANGELA.

Retirate tú, pues puedes
en esa quadra, Beatríz:
no te halle aqui. ¿Qué quiéres
á estas horas en mi quarto, } *Sale D. Juan.*
que asi, á alborotarnos, vienes?

D. JUAN.

Respondeme tú primero.
¿Angela, qué trage es ese?

D. ANGELA.

De mis penas y tristezas
es causa, el mirarme siempre
llena de luto, y vestirme,
por ver si hay, con que me alegre
estas galas.

D. JUAN.

No lo dudo;
que tristezas de mujeres
bien con galas se remedian,
bien con joyas convalecen;
si bien me parece, que es
tu cuidado impertinente.

D. ANGELA.

¿Qué importa vestirme asi,
donde nadie llegue á verme?

D. JUAN.

Dime, ¿volvióse Beatríz
á su casa?

D. ANGELA.

Y cuerdamente
su padre, por mejor medio,
en paz su enojo convierte.

D. JUAN.

Yo no quise saber mas,
para ir á ver, si pudiese,
verla y hablarla esta noche.
Quedate con Dios, y advierte,
que ya no es tuyo este trage. *vase.*

D. ANGELA.

Vaya Dios contigo, y vete.

Sale Doña Beatríz.

Cierra esa puerta, Beatríz.

D. BEATRIZ.

Bien hemos salido de este
susto: á buscarme, tu hermano,
vá.

D. ANGELA.

Ya hasta que se sosiegue
mas la casa, y Don Manuel
vuelva de su quarto á verme,
para ser menos sentidas,
entremos á este retrete.

D. BEATRIZ.

Si eso te sucede bien,
te llaman la Dama Duende.

Salen por la alhacena Don Manuel é Isabél.

ISABEL.

Aqui has de quedarte, y mira,
que no hagas ruido; que pueden
sentirte.

D. MANUEL.

Un marmol seré.

ISABEL.

Quieran los cielos que acierte
á entrar, porque estoy turbada.

D. MANUEL.

¡Oh, á quánto, cielos, se atreve,
quien se atreve, á entrar en parte,
donde ni alcanza, ni entiende!

¡Qué daños se le aperciben!
¡qué riesgos se le previenen!
Venme aqui á mí en una casa,
que dueño tan noble tiene
(de Excelencia por lo menos)
lleno de asombros crueles,
y tan lexos de la mia.
¡Pero qué es esto! Parece,
que á esta parte alguna puerta
abren! Sí, y ha entrado gente.

Sale Cosme.

COSME.

Gràcias á Dios, que esta noche
entrar podré libremente
en mi aposento sin miedo,
ahunque sin luz salga, y entre;
porque el Duende mi señor,
puesto que á mi amo tiene,
¿para qué me quiere á mí?
Encuentra con Don Manuel.
Pero para algo me quiere.
Quién vá? ¿Quién es?

D. MANUEL.

Calle, digo,
quien quiera que es, si no quiere,
que le mate á puñaladas.

COSME.

No hablaré mas, que un pariente
pobre en la casa de un rico.

D. MANUEL.

Criado sin duda, es éste
que acaso ha entrado hasta aqui.
De él informarme conviene,
dónde estoy. Dime ¿qué casa
es ésta, y qué dueño tiene?

COSME.

Señor, el dueño y la casa
son del diablo, que me lleve;
porque aqui vive una dama,
que llaman la Dama Duende,
que es un demonio en figura
de mujer.

D. MANUEL.

¿Y tú quién eres?

COSME.

Soy un fámulo ó criado,
soy un subdito ó sirviente,
que sin qué, ni para qué,
estos encantos padece.

D. MANUEL.

¿Y quién es tu amo?

COSME.

Es
un loco, un impertinente,

un tonto, un simple, un menguado,
que por tal dama se pierde.

D. MANUEL.

¿Y es su nombre?

COSME.

Don Manuel
Henrîquez.

D. MANUEL.

¡Jesus mil veces!

COSME.

Yo Cosme Catiboratos
me llamo.

D. MANUEL.

¡Come, tú eres!
¿Pues cómo has entrado aqui?
Tu señor soy: Dime, ¿vienes
siguiendome tras la silla?
¿Entraste tras mí, á esconderte
tambien en este aposento?

COSME.

¡Lindo desenfado es ese!
Dime, ¿cómo estás aqui?
¿No te fuiste muy valiente
solo, donde te esperaban?
¿Pues cómo tan presto vuelves?
¿Y cómo en fin has entrado
aqui, trayendo yo siempre
la llave de aqueste quarto?

D. MANUEL.

Pues dime, ¿qué quarto es éste?

COSME.

El tuyo, ó el del demonio.

D. MANUEL.

Viven los cielos, que mientes;
porque lexos de mi casa
y en otra bien diferente
estaba en aqueste instante.

COSME.

Pues cosas serán del duende
sin duda, porque te he dicho
la verdad pura.

D. MANUEL.

Tù quieres,
que pierda el juicio.

COSME.

¿Hay mas,
de desengañarte? Vete
por esa puerta, y saldrás
al portal, adonde puedes
desengañarte.

D. MANUEL.

Bien dices;
iré, á exâminarle y verle. *vase.*

COSME.

¿Señores, quándo saldrémos
de tanto embuste aparente?

Sale Isabél.

ISABEL.

Volvióse á salir Don Juan,
y porque á saber no llegué
Don Manuel, adonde está,
sacarle de aqui, conviene.
Cé, Señor, cé.

COSME.

Esto es peor;
ceáticas son estas cees.

ISABEL.

Ya mi señor recojido
queda.

COSME.

¿Qué señor es éste? *ap.*

Sale Don Manuel.

D. MANUEL.

Éste es mi quarto en efecto.

ISABEL.

¿Eres tú?

COSME.

Sí, yo soy.

ISABEL.

Vente
conmigo.

D. MANUEL.

Tú dices bien.

ISABEL.

No hay, que temer: nada esperes.

COSME.

Señor, que el duende me lleva.

Toma Isabél á Cosme de la mano, y llevale por la albacena.

D. MANUEL.

¿No sabrémos finalmente,
de dónde nace este engaño?
¿No respondes? Necio eres.
¡Cosme, Cosme: Vive el cielo,
que toco con los paredes!
¿Yo no hablaba aqui con él?
¿Dónde se desaparece
tan presto? ¿No estaba aqui?
Yo he de perder tristemente
el juicio: mas, pues es fuerza,
que aqui otro qualquiera éntre,
he de averiguar por dónde;
porque tengo de esconderme
en esta alcoba, y estar
esperando atentamente,
hasta averiguar, quién es
esta hermosa Dama duende.

Salen todas las mujeres, trayendo luz, y algunas caxas de dulce, vidrios de agua, y toballas, y despues Doña Angela.

D. ANGELA.

Pues á buscarte ha salido
mi hermano, y pues Isabél
á su mismo quarto ha ido,
á traher á Dón Manuel,
esté todo apercibido.
Hálle, quando llegue aqui,
la colacion prevenida:
todas esperad asi.

D. BEATRIZ.

No he visto en toda mi vida
igual cuento.

D. ANGELA.

¿Viene?

CRIADA.

Sí;
que ya siento sus pisadas.

Sale Isabél con Cosme de la mano.

COSME.

¡Triste de mí! ¡Dónde voy!
Ya éstas son burlas pesadas;
mas no, pues mirando estoy

bellezas tan extremadas.
¿Yo soy Cosme, ó Amadis?
¿Soy Cosmillo, ó Belianís?

ISABEL.

Ya viene aqui. ¡Mas qué veo!
Señor.

COSME.

Ya mi engaño creo,
pues tengo el alma en un trís,

D. ANGELA.

¡Qué es esto, Isabél!

ISABEL.

Señora,
donde á Don Manuel dexé,
volviendo por él ahora,
á su criado encontré.

D. BEATRIZ.

Mal tu descuido se dora.

ISABEL.

Está sin luz.

D. ANGELA.

¡Ay de mí!
Todo está ya declarado.

D. BEATRIZ.

Mas vale, engañarle asi.
¿Cosme?

COSME.

¿Dominga?

D. BEATRIZ.

A este lado
llegad.

COSME.

Bien estoy aqui.

D. ANGELA.

Llegad; no tengais temor.

COSME.

¿Un hombre de mi valor
temor?

D. ANGELA.

¿Pues qué es, no llegar?

COSME *llegandose á ellas.*

Ya no se puede excusar, *ap.*
en llegando àl pundonór.
Respeto no puede ser,
sin ser espanto, ni miedo;
porque al mismo Lucifer
temerle muy poco puedo
en hábito de mujer. (*)

(*) *Se ha juzgado conveniente suprimir en este lugár algunos versos, de los que puso el Poeta en boca del Gracioso, por no ser necesarios, y porque acaso pueden disonar á los Lectores circunspectos; y asi, ahunque se hallan en todas las ediciones que yo tengo presentes, se omiten de ordinario en la representacion de esta comedia.*

D. ANGELA.

Volved en vos, y tomad
una conserva, y bebed,
que los sustos causan sed.

COSME.

Yo no lo tengo.

D. BEATRIZ.

Llegad;
que habeis de volver, mirad,
docientas leguas de aqui.

COSME.

¡Cielos, qué oygo! *llaman.*

D. ANGELA.

¿Llaman?

D. BEATRIZ.

Sí.

ISABEL.

¡Hay tormento mas cruél!

D. ANGELA.

¡Ay de mí triste!

D. LUIS *dentro.*

¿Isabél::: ?

D. BEATRIZ.

¡Valgame el cielo!

D. LUIS.

Abre aqui.

D. ANGELA.

Para cada susto tengo

un hermano.

ISABEL.

¡Trance fuerte!

D. BEATRIZ.

Yo me escondo.

COSME.

Este sin duda
es el verdadero duende.

ISABEL.

Vente conmigo.

COSME.

Sí haré. *vanse.*

Sale Don Luis.

D. ANGELA.

¿Qué es, lo que en mi quarto quieres?

D. LUIS.

Pesares mios me trahen,
á estorbar de otros placeres.
Ví ya tarde en ese quarto
una silla, donde vuelve
Beatríz, y ví, que mi hermano
entró.

D. ANGELA.

¿Y en fin, qué pretendes?

D. LUIS.

Como pisa sobre el mio,
me pareció, que habia gente,
y para desengañarme

solo, he de mirarle y verle.

Alza una antepuerta, y encuentra à Beatríz.

¿Beatríz, aqui estás?

D. BEATRIZ.

Aqui
estoy; hube de volverme,
porque al disgusto volvió
mi padre, enojado siempre.

D. LUIS.

Turbadas estais las dos.
¡Qué notable estrago es éste
de platos, dulces y vidrios!

D. ANGELA.

¿Para qué informarte quieres
de lo en que, en estando solas,
se entretienen las mujeres?

Hacen ruido en la alhacena Isabél, y Cosme.

D. LUIS.

¿Y aquel ruido, qué es?

D. ANGELA.

¡Yo muero!

D. LUIS.

Vive Dios, que allí anda gente.
Ya no puede ser mi hermano,
quien se guarda de esta suerte.

Toma la luz, y aparta la albacena para entrar.

¡Ay de mí! ¡Cielos piadosos,
que queriendo neciamente
estorbar aqui los zelos,
que amor en mi pecho enciende,
zelos de honor averiguo!
Luz tomaré, ahunque imprudente,
pues todo se halla con luz,
y el honor con luz se pierde. *vase.*

D. ANGELA.

¡Ay, Beatríz, perdídas somos
si le encuentra!

D. BEATRIZ.

Si le tiene
en su quarto ya Isabél,
en vano dudas y temes,
pues te asegura el secreto
de la alhacena.

D. ANGELA.

¿Y si fuese
tal mi desdicha, que alli,
con la turbacion, no hubiese
cerrado bien Isabél,
y él entráse allá?

D. BEATRIZ.

Ponerte

en salvo, será importante.

D. ANGELA.

De tu padre iré á valerme,
como él se valió de mí,
porque trocada la suerte,
si á tí te traxo un pesar,
á mí otro pesar me lleve.

Salen por la alhacena Isabél y Cosme, y por otra parte Don Manuel á obscuras.

ISABEL.

Entra presto.

D. MANUEL.

Ya otra vez
en la quadra siento gente.

Sale Don Luis con luz.

D. LUIS.

Yo ví un hombre, vive Dios.

COSME.

Malo es esto.

D. LUIS.

¿Cómo tienen
desviada esta alhacena?

COSME.

Ya se vé luz; un bufete,
que he encontrado: aquí me valga.

Escondese debaxo del bufete.

D. MANUEL.

Esto ha de ser de esta suerte.

Mete mano á la espada.

D. LUIS.

¿Don Manuel?

D. MANUEL.

¡Don Luis, qué es esto!
¡Quién vió confusion mas fuerte!

COSME.

¡Oygan por donde se entró!
Decirlo, quise mil veces.

D. LUIS.

Mal caballero, villano,
traydor, fementido huesped,
que al honor, de quien te estima,
te ampara y te favorece,
sin recato te aventuras,
y sin decoro te atreves,
esgrime ese infame acero.

D. MANUEL.

Solo, para defenderme,
le esgrimiré, tan confuso
de oírte, escucharte y verte,
de oírme, verme, y escucharme;
que, ahunque á matarme te ofreces,
no podrás, porque mi vida
hecha á prueba de crueles.

fortunas] es inmortal;
ni podrás, ahunque lo intentes,
darme la muerte, supuesto
que el dolor no me dá muerte;
que ahunque eres valiente tú,
es el dolor mas valiente.

D. LUIS.

No con razones me venzas,
sino con obras.

D. MANUEL.

Detente
solo, hasta pensar, si puedo
yo, Don Luis, satisfacerte.

D. LUIS.

¿Qué satisfacciones hay,
si asi agraviarme pretendes?
¿Si en el quarto de esa fiera,
por esa puerta que tiene,
entras, hay satisfacciones
á tanto agravio?

D. MANUEL.

Mil veces
rompa esa espada mi pecho,
Don Luis, si yo eternamente
supe de esta puerta, ó supe,
que paso á otro quarto tiene.

D. LUIS.

¿Pues qué haces aqui encerrado

sin luz?

D. MANUEL.

¿Qué he de responderle? *Ap.*
Al criado espero.

D. LUIS.

¿Quando
yo te he visto esconder, quieres
que mientan mis ojos?

D. MANUEL.

Sí;
que ellos engaño padecen
mas que otro sentido.

D. LUIS.

¿Y quando
los ojos mientan, pretendes,
que tambien mienta el oído?

D. MANUEL.

Tambien.

D. LUIS.

Todos al fin mienten:
tú solo dices verdad,
y eres tú solo, el que:::

D. MANUEL.

Tente;
porque, ahun antes que lo digas,
que lo imagines y pienses,
te habré quitado la vida,
y, ya arrestada la suerte,

primero soy yo. Perdonen
de amistad honrosas leyes.
Y pues ya es fuerza, reñir,
riñamos, como se debe:
parte entre los dos la luz,
que nos alumbre igualmente;
cierra despues esa puerta,
porque mas segura quede,
mientras que yo cierro estotra;
y ahora en el suelo se eche
la llave, para que salga,
el que con la vida quede.

D. LUIS.

Yo cerraré la alhacena
por aqui con un bufete,
porque no puedan abrirla
por allá, quando lo intenten.

Levanta el bufete, y halla á Cosme.

COSME.

Descubrióse la tramoya. *ap.*

D. LUIS.

¿Quién está aqui?

D. MANUEL.

¡Dura suerte
es la mia!

COSME.

No está nadie.

D. LUIS.

Dime, Don Manuel, no es éste
el criado, que esperabas?

D. MANUEL.

Ya no es tiempo, de hablar, éste.
Yo sé, que tengo razon;
creed vos, lo que quisiereis,
que con la espada en la mano,
solo ha de vivir, quien vence.

D. LUIS.

Ea pues reñid los dos.
¿Qué esperais?.

D. MANUEL.

Mucho me ofendes,
si eso presumes de mí:
pensando estoy, qué ha de hacerse
el criado; porque echarle,
es enviar, quien lo cuente,
y tenerle aqui, ventaja;
pues es cierto, ha de ponerse
á mi lado.

COSME.

No haré tal,
si ese es el inconveniente.

D. LUIS.

Puerta tiene aquesa alcoba
á ese pequeño retrete:
cierrale en él, y estaremos

asi iguales.

D. MANUEL.

Bien adviertes.

COSME.

Para que yo riña, haced
diligencias tan urgentes;
que, para que yo no riña,
ocioso cuidado es ese. *vase.*

D. MANUEL.

Ya estamos solos los dos.

D. LUIS.

Pues nuestro duelo comience.

Riñen, y desguarnece la espada á Don Luis.

D. MANUEL.

¡No ví mas templado pulso!

D. LUIS.

¡No ví pujanza mas fuerte!
Sin armas estoy: mi espada
se desarma y desguarnece.

D. MANUEL.

No es defecto del valor,
de la fortuna accidente
sí; buscad espada pues.

D. LUIS.

Eres cortés y valiente.
¡Fortuna, qué debo hacer!

en una ocasion tan fuerte,
pues quando el honor me quita,
me dá la vida, y me vence?
Yo he de buscar ocasion
verdadera ó aparente,
para que pueda, en tal duda,
pensar, lo que debe hacerse.

D. MANUEL.

¿No vas por la espada?

D. LUIS.

Sí;
y como, á que venga, esperes,
presto volveré con ella.

D. MANUEL.

Presto ó tarde, aquí estoy siempre.

D. LUIS.

A Dios, Don Manuel, que os guarde.

Vase Don Luis.

D. MANUEL.

A Dios, que con bien os lleve.
Cierro la puerta, y la llave
quito, porque no se eche
de ver, que está gente aqui.
¡Qué confusos pareceres
mi pensamiento combaten,
y mi discurso revuelven!
¡Qué bien predixe, que habia
puerta, que paso la hiciese,

y que era de Don Luis dama!
Todo, en efecto sucede
como yo lo imaginé.
¡Mas quándo desdichas mienten!

COSME *dentro.*

Ah señor, por vida tuya,
que lo que solo estubieres,
me eches allá, porque temo,
que venga, á buscarme el duende
con sus dares y tomares,
con sus dimes y diretes,
en un retrete, que apenas
se divisan las paredes.

D. MANUEL.

Yo te abriré, porque estoy
tan rendido á los desdenes
del discurso, que no hay
cosa, que mas me atormente.

Entra Don Manuel á abrir á Cosme, y sale Doña Angela con manto y Don Juan que se queda á la puerta del quarto.

D. JUAN.

Aqui quedarás en tanto,
que me informe y me aconseje
de la causa, que á estas horas
te ha sacado de esta suerte

de casa, porque no quiero,
que en tu quarto, ingrata, entres,
por informarme sin tí,
de lo que á tí te sucede.
De Don Manuel en el quarto *ap.*
la dexo, y por si él viniere,
pondré á la puerta un criado,
que le diga, que no entre. *vase.*

D. ANGELA.

¡Ay infelice de mí!
Unas á otras suceden
mis desdichas. ¡Muerta estoy!

Salen Don Manuel y Cosme.

COSME.

Salgamos presto.

D. MANUEL.

¿Qué temes?

COSME.

Que es demonio esta mujer,
y que ahun alli no me dexe.

D. MANUEL.

Si ya sabemos, quién es,
y en una puerta un bufete,
y en otra la llave está,
¿por dónde quieres, que entre?

COSME.

Por donde se le antojare.

D. MANUEL.

Necio estás.

Vé Cosme á Doña Angela.

COSME.

¡Jesus mil veces!

D. MANUEL.

¡Pues qué es esto!

D. ANGELA.

El *verbi gratia*
encaxa aqui lindamente.

D. MANUEL.

¡Eres ilusion ó sombra,
mujer, que á matarme vienes!
¿Dí, cómo has entrado aqui?

D. ANGELA.

Don Manuel:::

D. MANUEL.

Dí.

D. ANGELA.

Escucha, atiende.

Llamó Don Luis turbado,
entró atrevido, reportóse osado,
previnose prudente,
pensó discreto, y resistió valiente:
miró la casa ciego,
recorrióla advertido, hallóte, y luego
ruido de cuchilladas
hubo, siendo las lenguas las espadas.

Yo viendo, que era fuerza,
que dos hombres cerrados, á quien fuerza
su valor y su agravio,
rhetórico el acero, mudo el labio,
no acaban de otra suerte,
que con sola una vida y una muerte,
sin ser, vida, ni alma,
mi casa dexo, y por la obscura calma
de la tiniebla fria,
pálida imagen de la dicha mía,
á caminar empiezo,
aqui yerro, alli caygo, aqui tropiezo,
y torpes mis sentidos,
prision hallan de seda mis vestidos.
Sola, triste y turbada
llego de mi discurso mal guiada
al umbral de una esfera,
que fue mi carcel, quando ser debiera
mi puerto ó mi sagrado. [do.
¡Mas dónde le ha de hallar un desdicha-
Estaba á sus umbrales:
¡Cómo eslabona el cielo nuestros males!
Don Juan, Don Juan, mi hermano;
que ya resisto, ya defiendo en vano
decir quién soy, supuesto,
que el haberlo callado nos ha puesto
en riesgo tan extraño. [daño,
¿Quién creerá, que el callar me haya hecho

siendo mujer? Y es cierto,
siendo mujer, que por callar, me he muerto.
En fin él esperando
á esta puerta estaba ¡ay cielo! quando
yo á sus umbrales llego,
hecha volcan de nieve, alpe de fuego:
El á la luz escasa,
con que la luna mansamente abrasa,
vió brillar los adornos de mi pecho:
(no es la primer traycion, que nos han he-
y escuchó de las ropas el ruido [cho)
(no es la primera que nos han vendido)
pensó, que era su dama,
y llegó mariposa de su llama,
para abrasarse en ella,
y hallóme á mí por sombra de su estrella.
¿Quién de un galan creyera,
que buscando sus zelos, conociera
tan contrarios los cielos,
que ya se contentára con sus zelos?
Quiso hablarme, y no pudo; [do.
que siempre ha sido el pensamiento mu-
En fin en tristes voces,
que mal formadas allegó veloces
desde la lengua al labio,
la causa solicitá de su agravio.
Yo responderle intento, [to)
(ya he dicho como es mudo el sentimien-

y ahunque quise, no pude;
que mal al miedo la razon acude;
si bien, busqué colores á mi culpa;
mas quando anda á buscarse la disculpa,
ó tarde, ó nunca llega;
mas el delito afirma, que lo niega.
Vén, dixo, hermana fiera,
de nuestro antiguo honor mancha primera;
dexarete encerrada,
donde segura estés, y retirada,
(hasta que cuerdo y sabio
de la ocasion me informe de mi agravio.
Entré donde los cielos
mejoraron, con verte, mis desvelos.
Por haberte querido,
fingida sombra de mi casa he sido:
por haberte estimado,
sepulcro vivo fui de mi cuidado:
porque no te quisiera,
quien el respeto á tu valor perdiera:
porque no te estimára,
quien su pasion dixera cara á cara.
Mi intento fue el quererte,
mi fin amarte, mi temor perderte,
mi miedo asegurarte,
mi vida obedecerte, mi alma amarte,
mi deseo servirte,
y mi llanto en efecto persuadirte,

que mi daño repares,
que me valgas, me ayudes y me ampares.

D. MANUEL.

Hydras parecen las desdichas mias,
al renacer de sus cenizas frias.
¡Qué haré en tan ciego abysmo,
humano labyrintho de mí mismo!
Hermana es de Don Luis, quando creía,
que era dama. Si tanto (¡ay Dios!) sentia,
ofenderle en el gusto,
¿qué será en el honor? ¡Tormento injusto!
Su hermana es; si pretendo
librarla, y con mi sangre la defiendo,
remitiendo á mi acero su disculpa,
es ya mayor mi culpa,
pues es decir, que he sido
traydor, y que á su casa he ofendido,
pues en ella me hallan:
pues querer disculparme, con culparla,
es decir, que ella tiene
la culpa, y á mi honor no le conviene.
¿Pues qué es, lo que pretendo,
si es hacerme traydor, si la defiendo?
si la dexo, villano;
si la guardo, mal huesped; inhumano,
si á su hermano la entrego;
soy mal amigo, si á guardarla llego;
ingrato, si la libro, á un noble trato,

sino la libro, á un noble amor ingrato,
pues de qualquier manera,
mal puesto he de quedar, matando ó muera.
No receles, señora;
noble soy, y conmigo estás ahora.

Llama á la puerta.

COSME.

Que llaman, señor.

D. MANUEL.

Don Luis
será, que fue por espada:
abre, pues.

D. ANGELA.

¡Ay de mí triste!
Mi hermano es.

D. MANUEL.

No temas nada;
pues mi valor te defiende:
ponte luego á mis espaldas.

Ponese Doña Angela detrás de Don Manuel, abre la puerta Cosme, y sale Don Luis.

D. LUIS.

Ya vuelvo. ¡Pero qué miro!
Traydora:::

Vé Don Luis á Doña Angela, y saca la espada.

D. MANUEL.

Tened la espada,
señor Don Luis. Yo os he estado
esperando én esta sala,
desde que fuisteis; y aqui
(sin saber cómo) esta dama
entró, que es hermana vuestra,
segun dice; que palabra
os doy, como caballero,
que no la conozco; y basta
decir, que engañado pude,
sin saber á quien, hablarla.
Yo la he de poner en salvo
á riesgo de vida y alma;
de suerte, que nuestro duelo,
que habia á puerta cerrada,
de acabarse entre los dos,
á ser escandalo pasa.
En habiendola librado,
yo volveré á la demanda
de nuestra pendencia; y pues,
en quien sustenta su fama,
espada y honor han sido
armas de mas importancia,
dexadme ir vos por honor;

pues yo os dexé ir por espada.

D. LUIS

Yo fuí por ella; mas solo
para volver, á postrarla
á vuestros pies, y cumpli
con la obligacion pasada
en que entonces me pusisteis;
pues que me dais nueva causa,
puedo ya reñir de nuevo.
Esa mujer es mi hermana;
no la ha de llevar ninguno,
á mis ojos, de su casa,
sin ser su marido; asi,
si os empeñais, en llevarla,
con la mano podrá ser;
pues con aquesa palabra,
podeis llevarla y volver,
si quereis, á la demanda,

D. MANUEL.

Volveré; pero advertido
de tu prudencia y constancia,
á solo echarme á esos pies.

D. LUIS.

Alza del suelo: levanta.

D. MANUEL.

Y para cumplir mejor
con la obligacion jurada,
á tu hermana doy la mano.

Salen por una puerta Beatríz é Isabél, y por otra Don Juan.

D. JUAN.

Si solo padrino falta,
aqui estoy yo; que viniendo
adonde dexé á mi hermana,
el oiros me detubo,
no salir á las desgracias,
como he salido á los gustos.

D. BEATRIZ.

Y pues con ellos se acaban,
no se acaben sin terceros.

D. JUAN.

¿Pues tú, Beatríz, en mi casa?

D. BEATRIZ.

Nunca salí de ella; luego
te podré decir la causa.

D. JUAN.

Logremos esta ocasion,
pues tan á voces nos llama.

COSME.

Gracias á Dios, que ya el duende
se declaró. ¿Dime, estaba
borracho?

D. MANUEL.

Si no lo estás,
hoy con Isabél te casas.

COSME.

Para estarlo, fuera eso;
mas no puedo.

ISABEL.

¿Por qué causa?

COSME.

Por no malograr el tiempo,
que en estas cosas se gasta,
pudiendole aprovechar,
en pedir de nuestras faltas
perdon; y humilde el Autor
os le pide á vuestras plantas.



EL PARECIDO EN LA CORTE,

COMEDIA

DE DON AGUSTIN MORETO.

DON LOPE *á Don Pedro.*
Yo soy tu hijo, señor.
TACON *á Don Pedro.*
Bien puede él haberlo sido,
sin que tú lo hayas sabido. Jorn. II.

ARGUMENTO.

Don Fernando de Ribera, Caballero de Sebilla, llega á Madrid huyendo de su patria, por haber muerto en ella á un caballero, y herido á otro, que le disputaban la entrada en su casa una noche que se retiraba tarde á ella.

El temor de la justicia, y la vergüenza del desayre, de haberse desaparecido al mismo tiempo Doña Ana de Ribera, su hermana, causa de estas desgracias, le obligaron á salir precipitadamente, y con menos prevencion que ahun aquella, que le podian haber proporcionado las reliquias de una quantiosa herencia, que habia malbaratado.

No obstante sus cuidados y pobreza, se enamora asi que llega de una dama, que vé entrar en una Iglesia. Estando esperando, á que saliese, se encuentra con él Don Diego, que equivocandole con Don Lope de Luján, su amigo, á quien se parecia en todo, y ahun en la voz, le abraza, reconoce y persuade, vaya á presentar-

se á su padre Don Pedro Luján, á quien vá á avisar al punto.

Tacon, aprovechandose de la equivocacion, mientras Don Fernando sigue á su nueva dama, hace creer á Don Pedro, que se aparece con Don Diego, que su hijo ha perdido la memoria, y con esto es recibido él y su amo en casa de Don Pedro, padre de la dama, de quien se habia enamorado, llamada Doña Inés, y de Don Lope, que era uno de los dos á quienes habia Don Fernado herido ó muerto la noche de su fuga, el qual volviendo de Indias, y detenido en Sebilla, se prendó de Doña Ana de Ribera, y dandola palabra de casamiento, entraba en su casa oculto.

Con la fatalidad del suceso de Sebilla huyó Doña Ana, y con las noticias de la calidad y padre de Don Lope viene á Madrid, á solicitar saber las resultas de su desgracia, al amparo de Doña Inés, que la recibe en su casa, sin conocerla, con el titulo de criada, y nombre de Lucia.

Continuando Don Fernando el enamorar á Doña Inés, no obstante la circunstancia de hermano, y sufriendo mal la ri-

validad de Don Diego, que debia casarse con ella, escribe Don Lope desde Toledo á su padre, que inmediatamente debia llegar á Madrid; oye leer la carta Don Fernando, y se despide de la casa: llega Don Lope, anunciase como el verdadero D. Lope. Tacón le dice, que Don Lope está ya en casa de su padre; en cuya disputa sobreviene Don Fernando, á quien reconoce Don Lope, y le intenta matar. Vé en esto Don Lope á Doña Ana, y la lleva, por libertarla de su hermano, á su posada.

No volviendo Don Fernando á casa de Don Pedro, se aflige éste; y Tacón le saca cien escudos, ofreciendo traherle. Vuelvè Don Lope á casa de su padre; protesta ser él el verdadero hijo: dudalo Don Pedro; y mientras vá Don Lope, á hacer informaciones, se descubre Don Fernando á Doña Inés, y sacandola de casa, la conduce á la posada de Don Felix de Guzman, amigo suyo, y de Don Lope, y con quien acababa de venir de Sebilla; donde estaba refugiada su hermana, y donde lleva Don Lope para la averiguacion á Don Pedro, y Don Diego, á cuya qüestion sobreviene Don Fernando, y despues Doña Ana, con

cuyas aseveraciones se satisfacen todos, de ser Don Lope el hijo verdadero de Don Pedro, casandose con Doña Ana, y Don Fernando con Doña Inés, y quedando contento Don Diego, á quien no estaba bien, el casarse con una mujer, con quien habia tenido llanezas de hermano á su vista Don Fernando.



NOTA.

Don Thomás Sebastian y Latre publicó una Comedia en los años pasados con este mismo título y sobre el propio asunto, dandola por muestra y modelo de Comedias regulares. Representóse en uno de los theatros de Madrid una tarde solamente: con la desgracia, de que todas sus perfecciones helenísticas parecieron tan mal, que se vieron los Comediantes obligados á dexarla; y ofrecer para el dia siguiente ésta de Moreto, advirtiendolo asi al auditorio. Ni es facil, meter con acierto la mano en obras ajenas, ni con solo el arte se podrá jamás alcanzar la formacion de aquellas, que dependen principalmente del ingenio. Abundan los preceptistas, al paso que son muy raros los Poetas. Cervantes juzgaba muy bien de las obras Dramáticas, y todas las suyas son absurdísimas.

PERSONAS.

DON FERNANDO DE RIBERA.

DON PEDRO DE LUJAN.

DOÑA INES. } *sus hijos.*
DON LOPE.

DOÑA ANA DE RIBERA.

DON DIEGO.

DON FELIX DE GUZMAN.

LEONOR.

TACON.

LAINEZ.

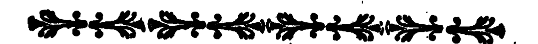
UN CARTERO.



EL PARECIDO EN LA CORTE.



JORNADA PRIMERA.



Salen Don Fernando y Tacon de camino.

D. FERNANDO.

¡No ví mujer mas hermosa!

TACON.

¿Señor, has perdido el seso?

D. FERNANDO.

Que fuera poco, confieso,
segun bizarra y ayrosa
en aquella Iglesia entró,
llevandome tras su brio

los ojos, y el albedrio.
¡Qué linda mano sacó
á la pila, donde infiero,
que de amor la ardiente fragua
quiso avivar con el agua!

TACON.

¿Pues era hisopo de herrero?

D. FERNANDO.

Era una azucena igual:
era un cristal cada dedo;
que sacudiendole:::

TACON.

Quedo;
que se quebrará el cristal.

D. FERNANDO.

Por aqui venir, la ví:
pues en la Iglesia hay Sermon,
yo he de esperarla, Tacon,
por si vuelve por aqui.

TACON.

¿Es de veras, ó es un poco
de culebra?

D. FERNANDO.

¡Estás sin tino!
¡Yo burlarme!

TACON.

Lo imagino,
por no pensar, que estás loco.

D. FERNANDO.

¿Locura es el alborozo
de tan divinos amores?

TACON.

¡Virgen de Regla! Señores,
este caballero mozo,
que hoy se apea en esta Villa,
es, porque vean su quimera,
Don Fernando de Ribera,
de los guapos de Sebilla.
Hizo allá algun desatino,
y huyendo el riesgo al proceso,
como le cojió el suceso,
nos pusimos en camino.
Quantas prendas y dineros
trahía el desventurado,
hasta Madrid ha gastado,
con que llegamos en cueros.
Y acabados de llegar
á esta calle, que entre tantas
la llaman de las Infantas,
porque se vino á apear,
donde el mozo ha de vivir
de las mulas, sin tener
con que almorzar y comer,
ni saber, dónde dormir,
ni amigo, que ir á buscar.
de una dama, que ha encontrado,

dice, que se ha enamorado,
y que la quiere esperar.
Pues á mí el toro de Europa
me espere, si yo aqui mas
paráre.

D. FERNANDO.

Tén. ¿Dónde vás?

TACON.

A un Convento.

D. FERNANDO.

¿A qué?

TACON.

A la sopa.

D. FERNANDO.

Despues de saber, quien es,
para eso hay tiempo.

TACON.

Eso niego:
comamos antes; que luego,
qualquiera cosa es despues.

D. FERNANDO.

Si no sé, donde posar,
¿dónde he de ir?

TACON.

Perderé el seso.
Pesia mi alma, ¿pues por eso
te páras, á enamorar?
¿Aqui á una dama tan ancha,

en ayunas has de hablar?
¿Vas, á obligarla á pecar,
ó á sacarla alguna mancha?
Yo, en viendome sin un sueldo,
de enamorar me retiro;
que en ayunas un suspiro
es lo mismo que un regueldo.

D. FERNANDO.

Ahunque el pensar, me lo impida,
que es locura, he de saber,
quien es la mejor mujer,
que he visto en toda mi vida.

TACON.

En Madrid, si al rededor
de este barrio vueltas das,
ciento y cincuenta hallarás,
que te parezcan mejor.
¿No vés, que en esta materia
de qualquier Ciudad de allá,
vienen las damas acá,
como mulas á la feria?

D. FERNANDO.

Pues nada que hacer tenemos,
no he de perder la ocasion.

TACON.

Pues, si esto es resolucion,
esperemos.

D. FERNANDO.

Esperemos.

TACON.

Y ya que hemos de esperar,
mientras se acaba el Sermon,
¿no me dirás la ocasion,
que á esto te pudo obligar?
¿Cómo han sido tus fortunas,
y á qué en Madrid has entrado?
Refiereme tu cuidado;
que ahun de eso estoy en ayunas.

D. FERNANDO.

Oye, Tacon, mi desdicha,
ya que es preciso, el sabella.

TACON.

Pues me desayuno de ella,
dila, y hagote salchicha.

D. FERNANDO.

Ya sabes, como en Sebilla,
murió mi padre, Don Pedro
de Ribera, á quien mi hermana,
Doña Ana, y yo los trofeos
de su sangre y sus hazañas
heredamos á su haliento,
con mas de cien mil ducados,
que no fue el menor entre ellos.
Yo, que quedé mozo y libre,
rico y noble y no muy cuerdo,

seguia entre mis locuras,
la vana opinion de aquellos,
que piensan, que está el decoro
en sobras del lucimiento,
y gastan, lo que heredaron,
como bien, que no adquirieron.
Pasado el año del luto,
que se pasa recibiendo
pésames, cuentas, cobranzas
y muchos casamenteros,
eché carrozas, libreas,
galas, dando en el dinero,
como si fin no tubiera:
que, el que no llenó el talego,
como no le vió vacío,
cree, que ha de estár siempre lleno.
Andaba entonces tan vano,
tan necio, y loco y soberbio,
que pensaba yo, que honraba,
al que quitaba el sombrero.
¡Qué necedad! Porque, en ser
muy cortés un caballero,
no gasta nada; y en dar
su hacienda á vanos empleos,
gasta el honor, pues se quita
para adelante el respeto;
que al pobre, ahunque noble sea,
miran todos con desprecio.

La hacienda hoy es calidad,
la cortesía es un viento,
y el que la excusa, por verse
lleno de galas y excesos,
es necio, soberbio ú simple;
pues es, trocando los frenos,
pródigo, de lo que es mucho,
de lo que es nada, avariento.
De aquellos era yo entonces,
que de mirarlos con ceño
ó sin él, hacen ofensa,
y trahen en la vista el duelo.
Esta es graciosa locura;
pues quieren, los que hacen esto,
saber lo que el otro calla,
construyendole el silencio.
Si á mí no me dice nada,
ahunque él me ofenda allá dentro,
¿por qué he de hacer yo á mi enojo
la lengua de su secreto?
Demás de que, si él oculta
algun rencor en su pecho,
vano antes y agradecido,
que ofendido, estarle debo.
Pues si con causa ó sin ella
tiene su enojo encubierto,
ú de temor me lo encubre,
ó lo calla de respeto.

Con esto me hice malquisto
tanto, que ya á los empeños
les sobraba mi ocasion,
porque me buscaban ellos.
Todo el dia era pendencias;
y como, gracias al cielo,
tambien heredé á mi padre
las manos como el dinero;
siempre yo fuí el retrahído,
y los heridos los presos:
que en teniendo un hombre fama
de osado, mata sin riesgo;
porque siempre la Justicia
acude, á prender al muerto.
Salí bien de todas ellas,
pero pobre á poco tiempo;
que, como de mis delitos,
tubo la culpa el dinero,
tambien él pagó la pena;
y al cabo, de todos ellos,
quedé libre, pero pobre;
que un mozo rico y travieso,
es como lienzo en lexía,
que ahunque mas se ensucie el lienzo,
se limpia alli, mas tambien
se rompe. Yo fuí lo mesmo;
porque mientras me duró,
para lavar mis excesos,

con la lexía del oro
quedé limpio y roto á un tiempo.
Cesaron libreas y coche;
no creerás el sentimiento,
con que en esta descalcez
entré en los años primeros;
y quando mas lo sentí,
fue, quando trás haber hecho
tanto ruido con lacayos
el dia de coche nuevo,
se vió, andando á pie, obligada
mi vanidad, por su empeño,
á prevenir de zapatos
papales para el invierno.
Y esto no fue lo peor;
sino que con el dinero
perdí la comodidad,
pero no el arrojamiento.
Proseguí mis travesuras
de modo, que fuí el objeto
del rigor de la Justicia,
y ya con mas propio riesgo;
que como quedé desnudo,
las heridas del proceso,
en pasando del vestido,
es fuèrza, entrar en el cuerpo.
De estos forzosos temores
resultó, el no estár atento

al cuidado de una hermana
moza, hermosa y con empeños,
en que yo mismo la puse
con mis locos desaciertos.
Pues ella viviendo sola,
y yo en mi retrahimiento,
quedó sin guarda mi honor;
y este tan justo recelo
me llevaba allá las noches
con temor de algun exceso,
que halló despues mi desdicha.
Pues una noche::: Aqui el pelo
se me eriza: no te espante;
que este fue el lance primero,
que en mi pecho caber pudo
de veras un sentimiento;
porque á todos los demás,
mi condicion, cuyo extremo
es, hacer chanza de todo,
nunca dió lugar adentro.
Llevado pues una noche
del cuidado de mis zelos,
entré por la puerta falsa
de un jardin, quando al encuentro
un hombre, que la guardaba,
me salió osado, diciendo:
caballero, vuelva atrás.
¡Quál se quedaria mi haliento,

mira tú, considerando,
que al ir á mi casa, veo,
quien ya, como dueño de ella,
me trató con tal desprecio!
¿Quién lo dice? pregunté.
Quien tiene órden de su dueño,
para guardar esta puerta,
Pues yo del mismo la tengo,
para saber, quien sois vos:
le dixe. No la obedezco:
me respondió. Repliquéle:
pues de otra usaré, que tengo,
para mataros, y entrar
y quemar, quanto esté dentro.
A esto respondió su espada,
y al ruido de los aceros,
salió otro, que dentro estaba,
y contra mí los dos puestos,
me tiraron de lo fino.
Mejoréme yo; mas esto
de pintar una pendencia,
ya pienso, que estoy riñendo,
y no puedo hacerlo á espacio.
Acercábanse y matélos.
Uno cayó, sin hablar,
el otro quedó pidiendo
confesion; y yo ofendido,
pasé por encima de ellos

á buscar mi aleve hermana;
y su quarto discurriendo,
en toda la casa hallé,
sino de mi voz el eco;
que huyó sin duda el peligro,
avisada del estruendo.
Viendo incierta mi venganza,
y tan preciso mi riesgo,
que ahunque pudiera salvarme,
por lo honrado del empeño,
ya el cúmulo de mis causas
me hallaba sin el respeto
del oro, que fue mi escudo,
ó mis escudos lo fueron,
y que mi hermana tendria
el sagrado de un convento,
público mi deshonor,
mi venganza sin remedio;
(pues tomando la que pude,
no me la dió entera el cielo;)
á huir se determinó
de mi afrenta mi desvelo;
y hallandote á tí en la calle,
sin referirte el suceso,
del modo que nos hallamos,
sin prevencion ni dinero,
nos pusimos en camino,
y hoy en la Corte nos vemos

sin arrimo, sin amparo,
pobres, sin conocimiento,
sin albergue, ni esperanza
de tenerle. Esto prevengo,
para que, quando me vés
arrebatado y suspenso
de una hermosura que he visto,
y estando, como me vèo,
desvalido, esta pasion
halla lugar en mi pecho,
tú con tu donayre añadas,
para remate del cuento,
á todas estas locuras,
lo que me está sucediendo.

TACON.

¡Jesus mil veces, Jesus!
Si trayendo ese veneno
en el cuerpo, sin matarte,
ha entrado amor en tu pecho,
digo, que yo no me admiro,
de que no reviente luego,
quien bebe agua tras tocino.
¿Habrá algunos en Toledo,
que te igualen la locura?

D. FERNANDO.

Yo, Tacon, te la confieso.

TACON.

Un loco hay, que dice, que es

el Papa, y el Rey su suegro,
y que está canonizado
noventa veces; mas eso,
¿qué vá, que no pesa tanto,
como esto, ahunque tenga el peso
una, que vende besugos?

D. FERNANDO.

Las locuras, que yo he hecho,
todas han sido á este tono.

TACON.

Ya, señor, que aqui nos vemos,
tú, que otra vez has estado
aqui, si mal no me acuerdo,
¿qué barrio es este, en que estamos?

D. FERNANDO.

Los Capuchinos son estos
de la Paciencia.

TACON.

Sin duda,
se me ha metido en el cuerpo,
pues te he podido sufrir.
¿Y esta Iglesia?

Al paño Don Diego.

D. FERNANDO.

El Caballero
de Gracia: y esta la calle
de la Reyna.

TACON.

Estate quedo,
señor; porque he reparado,
que aquel hombre, que está atento,
te ha estado mirando mucho.

D. FERNANDO.

No le conozco, ni pienso,
que otra vez le ví en mi vida.

TACON.

Acá viene; ponte al sesgo,
por si es algo de cuidado.

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

¿Si es él? El es, ó estoy ciego.
¡Pues qué dudo! El es sin duda.

D. FERNANDO.

¿Mandais algo, caballero?

D. DIEGO.

En la voz le he conocido.
¿Don Lope, amigo?

TACON.

¡Qué es esto!

D. DIEGO.

¡Sin avisarme, en Madrid
Don Lope de Lujan, cielos!

TACON.

Tú lo eres, por si es pulla.

D. FERNANDO.

¿Hablais conmigo?

D. DIEGO.

Eso es bueno.
¿Al càbo de catorce años,
que os juzgué en las Indias muerto,
sin haber á vuestro padre
dado aviso en tanto tiempo,
habiendo ahora venido
con tan ingrato silencio,
os quereis disimular?

D. FERNANDO.

Caballero, no os entiendo.

D. DIEGO.

Pues no teneis que encubriros,
fiado, en lo que habrán hecho
los años; que ahun hoy estaís,
como os fuisteis, vive el cielo:
y quando vuestro semblante
no os manifestára, el eco
de vuestra voz no pudiera
engañarme. ¿Venís bueno?

D. FERNANDO.

¿Qué es esto, Tacon?

TACON.

¿Rey mio,
dá usted de almorzar con eso:
porque estamos en ayunas,

y el cómo se dá comiendo?

D. FERNANDO.

Mirad, que estais engañado.

D. DIEGO.

¿Don Lope, amigo, qué es esto?
No le deis á mi memoria
tal desagradecimiento.
Mirad, que á tiempo venís,
que vuestro padre Don Pedro
ha heredado á vuestro tio;
y tiene solo en dinero
mas de ochenta mil escudos.

TACON.

¡Ay Dios! Luego es muerto el viejo?
Dadme un abrazo en albricias.

D. FERNANDO.

Tente. ¿Qué haces, majadero?

TACON.

¿Qué he de hacer? Mi amo es Don Lope,
señor; que lo está fingiendo;
porque viene por la posta,
y quiere estár encubierto,
hasta que llegue la ropa,
por no ir á su padre en cueros.

D. DIEGO.

¿Pues yo no le he conocido?

TACON.

Claro está: ¿No se está viendo,

que es Lope hasta las entrañas?

D. DIEGO.

Dadme los brazos.

D. FERNANDO.

¡Qué es esto!

TACON.

Hombre del diablo, ¿qué quieres,
ya desbuchado el secreto?
Si saben ya, que eres Lope,
¿qué sirve, hacerte Lorenzo?

D. DIEGO.

Don Lope, por vuestra vida
no dilateis el consuelo
á vuestro padre, que juzgo,
que le haga mozo el contento.
Mas esperad; que á la vuelta
de aquella calle le dexo;
y quiero ir por las albricias.
No os vais por Dios; que ya vuelvo. *vase.*

TACON.

¿Señor?

D. FERNANDO.

¿Qué dices, Tacon?

TACON.

Que nos viene á ver el cielo
con ochenta mil ducados.
Fingete este Indiano muerto.

D. FERNANDO.

¿Pues loco, cómo es posible?

TACON.

¿Pues en esto hay algun riesgo?
Tú eres á él tan parecido,
que dice, que ahun en el eco
de la voz eres el mismo.
De este caso hay mil exemplos,
que han sucedido en el mundo.

D. FERNANDO.

Pues, si yo darle no puedo
razon de ninguna cosa
de su casa, ahunque me veo
de modo, que lo intentára,
á poder tener efecto,
siquiera para albergarme,
hasta encontrar algun medio
de vivir; ¿cómo ha de ser?

TACON.

¿Pues para qué es el ingenio?
Hay mas de decir, que vienes
cansado, y que te hagan luego
la cama, y comer muy bien,
y cenar del tenor mesmo;
y si te preguntan algo,
en hallandote en empeño,
dar respuestas generales,
y suspenderlos con esto

por hoy, hasta que mañana
busquemos otro remedio?
Comamosle de una vez
medio lado á aqueste viejo;
que no es bodegon su casa,
que han de pedirnos dinero,
y ahunque se sepa el engaño,
señor, cerremos con ellos,
que *audaces fortuna juvat*.

D. FERNANDO.

¿Quieres creer, que no me atrevo?
Que yo, de poder, me holgára.

TACON.

Pues vés aqui un bravo cuento.
Vamos, y ahitemonos hoy;
que si se supiese, luego
nos llevará á un hospital,
y allá tambien comerémos.

D. FERNANDO.

No te canses; que es locura.
¿Qué me miras?

TACON.

Te estoy viendo.
Vive Dios, que eres Don Lope,
y tú no te acuerdas de ello.

D. FERNANDO.

Calla; que ya se ha acabado
el sermon, y van saliendo

las mujeres de la Iglesia.

TACON.

¿Ahora acuerdas con esto?
Mas sermon de Capuchino
suele ser largo.

D. FERNANDO.

Ya veo
á la dama, que esperaba.

TACON.

¡Oh, lleve el diablo sus huesos!
Yo apostaré, que por ella
aqueste lance perdemos.

Salen Doña Inés y Leonor con mantos.

D. INES.

Tapate, Leonor; que aqui
ahun está aquel caballero,
que nos siguió hasta la Iglesia.

LEONOR.

Galan es.

D. INES.

Y muy discreto;
que nos dixo dos donayres
de buen gusto, y muy á tiempo.

D. FERNANDO.

Yo quiero llegar, á hablárla.

TACON.

¡Que haya hombre, que tenga haliento,
de enamorar en ayunas!

Yo no he acertado requiebro
en mi vida, hasta tomar
aguardiente por lo menos.

D. FERNANDO.

Señora, por una prenda,
que me habeis llevado, espero,
desde que os dexé en la Iglesia.

D. INES.

¡Prenda yo!

D. FERNANDO.

Y de mucho precio.

D. INES.

¿Quál es la prenda?

D. FERNANDO.

Los ojos;
que me habeis dexado ciego.

TACON.

Es cierto, y por eso tienta.

D. INES.

No creais, que yo os los llevo.

TACON.

Mire usted bien en la manga.

D. INES.

Bien sé, que yo no los llevo.

TACON.

Yo véo uno.

D. INES.

Pues no hay otro.

TACON.

No es muy malo; que en efecto
mas vale tuerta, que ciega.

D. FERNANDO.

¿Dareis licencia al deseo,
de que os diga, adónde están?

D. INES.

Todo será, perder tiempo.

TACON.

¿Y usted me dará un oído, *á Leonor.*
que me lleva? ¿No habla? Bueno.
Yo sin oído estoy sordo,
usted muda, mi amo ciego:
con que ciego, sordo y mudo,
entre todos tres hacemos
el diablo de la quaresma.

LEONOR.

Mú, mú, mú, mú.

TACON.

¡Pues qué es esto!
Habló el buey, y dixo mú.

D. INES.

Para el agradecimiento
de esa voluntad, que acaso
fingís, basta en mí el exceso,
de escucharos en la calle;
que yo no acostumbro hacerlo;
y os ruego, que aqui os quedeis;

que no soy mujer, que puedo
ir de nadie acompañada.
Vén, Leonor.

D. FERNANDO.

¿Podré á lo menos
seguiros, para saber,
en qué casa el alma dexo?

D. INES.

El que la sepais ó no,
no os será de algun provecho:
haced, lo que os diere gusto.

TACON.

¿A quién digo? ¿Seguirémos?

LEONOR.

¡Seguir! ¿A quién?

TACON.

A ese brio.

LEONOR.

Sigale: mas es mal pleyto. *vanse.*

D. FERNANDO.

Yo he de ir tras ellas, Tacon.

TACON.

¿Estás loco? Vive el cielo,
que echan un tufo á doncellas,
que penetra hasta los sesos.

D. FERNANDO.

Voy; no las pierdas de vista. *vase.*

TACON.

Señores, el caballero
del Febo era patarata
con este hombre; el juicio pierdo.
¿Habrá en los nominativos
caso como éste? ¡Mas, cielos,
el que hizo á mi amo Lujan,
que es Maestre, á lo que pienso,
de la Orden de Lujanes,
se viene hácia mí derecho;
y un viejo de poco acá,
que no ha tres dias, que es viejo!
Don Pedro se ha de llamar;
por si importa, estoy en ello.

Salen Don Pedro Lujan, Barba, y Don Diego.

D. DIEGO.

Aquí le dexé, ha un instante.

D. PEDRO.

Estoy loco de contento.
¿Mi hijo Don Lope está vivo?

D. DIEGO.

Este es el criado.

TACON.

A ellos.

D. PEDRO.

¿Amigo, servís á Lope?

TACON.

¿Qué modo de hablar es eso?
¿Servís á Lope? ¿Qué es Lope?
¿Tengo yo semblante, ó gesto
de criado de Poeta?

D. PEDRO.

¿No me entendeis?

TACON.

Ya lo entiendo;
mi amo no es Lope, Rey mio.

D. PEDRO.

¿Pues por qué respondeis eso?

TACON.

Porque mi amo es Don Lope
de Lujan, mas caballero,
que el Caballero danzado.

D. PEDRO.

Pues dadme los brazos luego,
amigo; que es mi hijo Lope.

TACON.

¡Qué escucho! ¡Vos sois Don Pedro
de Lujan!

D. PEDRO.

Sí, amigo mio.

TACON.

Los pies mil veces os beso.

D. PEDRO.

¿Dónde se ha ido mi hijo?

TACON.

Aqui volverá al momento.
¡Qué vos sois su padre!

D. PEDRO.

Sí.

TACON.

¿Quereis creer, que ahun no lo creo?

D. PEDRO.

¿Pues eso dudas?

TACON.

¡Su padre!

D. PEDRO.

¿Pues por qué? ¿No lo parezco?

TACON.

Eso como un huevo á otro.

D. PEDRO.

Pues yo lo digo, ¿no es cierto?

TACON.

Si vos fuerades su madre,
no pusiera duda en ello.

D. PEDRO.

¿Cómo Lope no me ha escrito?

TACON.

Aqui vá perdido el cuento. *ap.*

D. PEDRO.

Y al cabo de tantos años,
que ha que noticia no tengo
de él, ¿por qué quando ha venido,

no fue, á apearse al momento
á mi casa? ¿Puedo acaso
creer tal dicha?

TACON.

Ya dí en ello: *ap.*
alumbreme Dios con bien:
la hambre el discurso me ha vuelto.
¿Pues no sabeis, lo que pasa?

D. PEDRO.

Yo no.

TACON.

Alabenme el ingenio.
Milagro de Dios es, que hoy
tengais hijo de provecho,
porque él de vos no se acuerda,
de sus padres ni sus deudos,
ni ahun de sí; y si no es por mí,
á Madrid no hubiera vuelto.

D. PEDRO.

¿Pues por qué?

TACON.

Yo ha que le sirvo
(sí habrá) once meses y medio,
porque, viniendome á Hespaña,
lo topé en la Habana enfermo.

D. PEDRO.

¿De qué?

TACON.

Del mal mas terrible.
Oygan; que es raro el suceso.
A él le dió una perlesía;
y de ella resultó luego
un mal, que manía se llama,
de quien refiere Galeno,
que quita la voluntad,
memoria y entendimiento.
El lo perdió todo junto;
mas como trahía dinero,
que él ha estado en Filipinas,
aunque no se acuerda de ello,
y allá, dicen, que hizo casas,
y treinta y dos mil progresos,
con muy grande bizarría:::
No ha pasado caballero
mas galante á Nueva España,
desde que allá llegó el Credo.
Se curó, en fin, porque alli
seis Medicos le asistieron
de Cámara.

D. PEDRO.

¡Qué decís?
¿De Cámara?

TACON.

Bueno es eso.
Tambien hay Cámara allá.

D. PEDRO.

Proseguid.

TACON.

Sanó en efecto,
y á fuerza de medicinas
restauró el entendimiento;
mas la memoria voló,
tanto, que fue fuerza, luego
enseñarle á escribir, leer,
y hasta el mismo Padre nuestro,
y su nombre, que tambien
se le olbidó; á compañero,
ni amigo no conocia;
pues sus padres, *volaverunt.*
Todo el humor radical
se le salió de los sesos:
y en fin perdió la potencia
redonda.

D. PEDRO.

¡Valgame el cielo!

TACON.

No la de padre; que ya
pienso, que tendreis un nieto.
En fin yo con las noticias,
que sus amigos me dieron,
supe que era de Madrid
Don Lope, hijo de Don Pedro
de Lujan, y preguntando

por vos, de Sebilla vengo
informado de este barrio,
donde conocidos vuestros
me han guiado; que Don Lope
tambien se fuera á Marruecos,
si se lo dixera yo.

D. PEDRO.

¡Qué se olbidó de sí mesmo!

TACON.

Para firmar, me pregunta,
cómo se llama.

D. PEDRO.

¿Y remedio
no habrá para aquese mal?

TACON.

Dicen que sí, con el tiempo.

D. PEDRO.

Pues ahunque toda mi hacienda
se gaste al instante en ello,
le he de curar, si es posible.

TACON.

Clavéla de medio á medio.

D. DIEGO.

De todo quanto os ha dicho,
es el testigo mi encuentro,
pues ni ahun á mí me conoce.

D. PEDRO.

TACON.

Es sin exemplo.

D. PEDRO.

¿Qué remedio le aplicaron?

TACON.

El mas eficáz remedio
es, darle á comer muy bien
y mucho; porque el cerebro,
con vapores regalados,
se le vaya humedeciendo.

Sale Don Fernando.

D. FERNANDO.

Ya sé la casa: en mi vida
ví mas hermoso portento.

TACON.

Este es Don Lope.

D. PEDRO.

¡Hijo mio!
Llega, á abrazarme al momento.
El es en talle y semblante.

D. FERNANDO.

¿Con quién hablais, caballero?

TACON.

Mire usted, si monda olbidos.

D. PEDRO.

Yo soy tu padre Don Pedro.

D. FERNANDO.

Yo no os he visto en mi vida.

TACON.

¿No os lo dixe? Miren esto.

D. PEDRO.

¿Qué no te acuerdas de mí,
hijo mio?

D. FERNANDO.

Ni me acuerdo
de vos, ni sé, qué decís.

D. PEDRO.

¡Raro mal!

TACON.

Es sin exemplo.

D. PEDRO.

Yo soy tu padre.

D. FERNANDO.

¿Qué padre?

TACON.

Es como hablar *ad Ephesios.*
El mal, que le dió, es tan fuerte,
que quedó el buen caballero
sin adarme de memoria.

D. PEDRO.

Hijo, si ha querido el cielo,
que la memoria perdieses,
yo con mi amor te la vuelvo.
Conoceme; pues desde hoy
entro, á ser padre de nuevo.

TACON.

Este, señor, es tu padre;
acuerdate.

Tirale de la capa Tacon.

D. FERNANDO.

Este es enredo *ap.*
de Tacon. ¡Rara agudeza!
Yo la he de esforzar con esto.
Señor, yo no sé, quién es
mi padre, y asi no os creo.

D. PEDRO.

¿Pues no basta, saber yo,
que eres mi hijo?

D. FERNANDO.

No por cierto;
que pues padre no conozco,
me importa, saber primero,
quien es, quien me hace su hijo.

D. PEDRO.

¿Pues quién pudiera emprenderlo,
sino es, quien fuera tu padre?

D. FERNANDO.

¿Pues cómo puede ser eso,
si no os he visto en mi vida?

D. PEDRO.

Tu olbido causa ese efecto.

TACON.

Pues claro es, que es el olbido.

Mas se han clavado con esto. *Ap.*
Padre hay ya para diez años;
y si el hijo verdadero
no viene, para heredarle.

D. FERNANDO.

¿Pues cómo yo he de saberlo?

D. PEDRO.

¿Pues tampoco no me crees?

TACON.

Lo peor de todo es eso.
En los Artículos solo
he gastado mes y medio
de licion, porque los crea.

D. PEDRO.

Lope, hijo, yo soy Don Pedro
de Lujan; tú de mi hacienda
y de mi casa eres dueño;
todo quanto tengo, es tuyo.

D. FERNANDO.

Muy bien me está á mí, el creerlo;
mas yo no lo sé, por Dios.

D. PEDRO.

Tu rostro lo está diciendo;
que ahun le véo en mi memoria,
como lo dexaste impreso.

D. FERNANDO.

Pues, señor, dadme los pies.

D. PEDRO.

Los brazos y el alma en ellos
te daré. Vamos á casa.

D. DIEGO.

¿No os acordais de Don Diego
Osorio, tan vuestro amigo?

D. FERNANDO.

Todo me parece sueño.

D. PEDRO.

Efecto del mal ha sido.

TACON.

Claro está, que ha sido efecto.

D. PEDRO.

Vamos á casa, hijo mio.
No este gusto dilatemos
á tu hermana.

D. FERNANDO.

¿Tengo hermana?

D. DIEGO.

¿Teneis un angel del cielo
por hermana, y tambien de ella
os olbidais?

TACON.

Esó es bueno.
¿Pues ha de acordarse de ella,
si se olbida de sí mesmo?

D. PEDRO.

¡Rara enfermedad!

TACON.

Muy rara.

D. PEDRO.

Vén, y sabe, que Don Diego
será su esposo y tu hermano.

D. FERNANDO.

De tal ventura me alegro.

D. PEDRO.

Sí, hijo mio: anda acá: vamos.
Yo voy loco de contento.

Vanse Don Diego y Don Pedro.

TACON.

¿Señor, qué dices del caso?

D. FERNANDO.

Que me ha admirado tu ingenio,
pues lo has dispuesto de modo,
que el cojerme á mí de nuevo
tu industria, lo ha acreditado,
y me dá salida de ello;
pues, con haberlo negado,
quedo bien en qualquier tiempo. *vase.*

TACON.

Yo voy, á hartarme de pavos.
¿Qué es pavos? Viven los cielos,
que me han de traher capones,
pollas, tortas, y á este viejo
le he de hacer con la memoria,

que pierda el entendimiento. *vanse.*

Salen Doña Ana con vestido humilde, y Lainez, vejete.

D. ANA.

Esta, Lainez, ha de ser la casa.

LAINEZ.

Si vusancé de aqui pasa,
no la puedo seguir; que estoy molido.
Basta, el haber venido
siguiendo á vusancé desde Sebilla
á Madrid, sin traherme por la Villa
como cartero, preguntando casas;
que vengo echando brasas
de los pies por mi vida.

D. ANA.

Yo siempre agradecida,
Lainez, le estaré de la fineza;
que su honrada nobleza,
á haberle yo elegido,
para que me acompañe, me ha movido.

LAINEZ.

¿Eso nobleza? Mas de alguna gorra
me tiene á mí respeto en Calahorra.

D. ANA.

¡Ah cielos, quién pensára,
que deste modo yo en Madrid me hallára,
y que pudo Doña Ana de Ribera

llegar de esta manera
á tener, (¡desgraciada!)
por dicha, el ser criada,
de quien dudando estoy, que me reciba!
Mas si mi suerte esquiva
permitió, que mi hermano
encontrase en mi casa, á quien la mano
me habia dado de esposo,
y que viese furioso
primero los indicios de su agravio,
que pudiese mi labio
darle satisfaccion, diciendo, que era,
quien honrarme pudiera,
siendo ya mi marido
Don Lope de Lujan, recien venido
de las Indias á Hespaña,
el que encontró, y con furia tan extraña
dexó muerto ú herido,
porque de él no he sabido
desde la infelíz noche, que al estruendo
del riesgo salí huyendo:
sin duda, pues no pudo mi noticia
descubrirle, ó es muerto, ó la Justicia
le ha preso. El menor mal es, que sea cierto,
pues quedo sin honor, si acaso es muerto.
Por las noticias que él me habia dado
de quién era su padre, me he arrojado,
á venir á Madrid, donde es preciso,

que de si es muerto, ó no, venga el aviso;
y por saber en todo lo que pasa,
he buscado su casa, [mana
que me dicen que es ésta. Aqui á su her-
vengo á buscar. ¡Ay infelíz Doña Ana!
¡Quién á mí me dixera,
que con temor me viera,
como me veo aqui, desconfiada,
de que otra me reciba por criada!
Pero ya de allá dentro
sale gente al encuentro:
Lainez, vaya, espereme en la calle.

LAINEZ.

Pues ya yo de dormirme tenia talle.
¿Ha estado acaso usancé hasta ahora
en oracion mental?

D. ANA.

Una señora,
que busco, sale ya; vayase luego.

LAINEZ.

Que no se tarde vuesancé, la ruego,
y no me haga esperar con este frio;
que yo no tengo nada de judío. *vase.*

Salen Doña Inés y Leonor.

D. INES.

¡Leonor, galán forastero!

LEONOR.

¡Y el picaro del criado,
qué agudo, y qué redomado!
Por estos hombres me muero.
¿Hay cosa como escuchar
una mujer á un discreto
en cada voz un concepto?
Estos hombres se han de amar;
que cada dia hallarás
en él gala diferente;
y el que es galan solamente,
es para un dia no mas.

D. INES.

Que me dexó, te confieso,
su discrecion inclinada;
mas una mujer honrada
pasar de aqui, fuera exceso.
En la que su honor prefiere
á su deseo, este amor
ha de ser como la flor,
que en un dia nace y muere.

LEONOR.

Yo tambien mi honor prefiero,
y muere tambien mi amor
en un dia como flor,
pero la huelo primero.
¿Y en efecto ha de morir
este amor?

D. INES.

Fuerza ha de ser,
si no he de volverle á ver.

LEONOR.

¿Y al verle?

D. INES.

No sé decir,
lo que haré. El riesgo presente,
la que es honrada, desprecia;
que quien mas promete, es necia,
pues el tiempo la desmiente.
¡Mas quién está aqui!

D. ANA.

Señora,
una mujer desdichada
soy, del blason informada,
que vuestra casa atesora.
Un riesgo me ha sucedido,
que contra mi honor resulta,
y habiendo de estar oculta,
vuestro sagrado he escojido.
Mi propia resolucion
mi peligro dá á entender;
pues no lo puedo emprender
sin tener grande ocasion;
quando ni soy conocida,
ni tengo en peligro tanto
mas abono que mi llanto.

Mirad pues, siendo entendida,
si es mi mal harto cruél,
pues sin abono ú favor,
sé, que pretendo un error,
y he atropellado por él.
En lo que os sabré servir,
mientras mi estrella fatal
dispone emienda á mi mal,
podeis, señora, advertir,
al tratar vuestros despojos,
quien soy yo; qué mi pesar
ahora no os puede dar
mas testigos que mis ojos.

D. INES.

Alzad, señora, del suelo;
que vuestro hermoso semblante,
de quien sois, prueba es bastante;
y pues vuestro desconsuelo
de mí se viene á valer,
no os faltaré; que ahun aqui
puedo yo temer de mí
lo mismo, siendo mujer.
En mi quarto recojida
podeis estar, hasta que
mi padre licencia dé;
que es justo, que se la pida.

D. ANA.

El lógro os dé amor, señora,

que vuestra hermosura espera.

LEONOR.

¿Si es esta carantoñera
de las que se usan ahora,
que entran con harengas tales,
para llevarse un vestido
debaxo de otro escondido,
como zapatos papales?
¿Y qué sabrá hacer usté,
si se compone la fiesta?

D. ANA.

En una casa como ésta
quanto se ofrezca, sabré.

LEONOR.

¿Y cómo ha nombre?

D. ANA.

Lucía.

LEONOR.

¿Es la que salió al corral?

D. ANA.

De todo he salido mal.

LEONOR.

Pues ésta muy bien salía.
Mas, señora, mi señor.

D. INES.

Entraos á mi quarto pues,
hasta que os llame despues.

D. ANA.

Espero vuestro favor.

LEONOR.

Venga sin miedo.

D. ANA.

Me espanta
en todo la suerte mia.

LEONOR.

Pues á fé, que la Lucía
no tiene ojos para santa. *vanse.*

Salen Don Pedro, Don Fernando, Don Diego y Tacon.

D. PEDRO.

Entra, Lope, á ver á Inés;
que es tanto el contento mio,
que divertido en mirarte,
en llegar me he detenido.
El es mi mismo retrato.

D. INES.

Valgame el cielo. ¡Qué miro!
¡Mi padre, y el forastero
aqui con tal regocijo!

D. PEDRO.

Inés, abraza á tu hermano:
Lope es, el que vés.

D. FERNANDO.

¡Qué miro!

Tacon, ésta es la tapada
de la Iglesia.

TACON.

Bueno: lindo.
Eso es huevos y torreznos.

D. PEDRO.

¿Cómo está tu amor remiso?
¿No le llegas, á abrazar?

D. INES.

Señor, como no le he visto
otra vez, porque él se fue,
siendo yo niña, esto ha sido
extrañeza del recato.

D. FERNANDO.

Yo soy, señor, el remiso:
Dadme los brazos mil veces;
que el alma y el albedrío
os doy en ellos.

TACON.

Y cómo.
¿Señores, quién habrá visto
hombre con tanta ventura,
que él abrazar sin peligro
pueda á su dama, delante
de su padre y su marido?

D. FERNANDO.

¿Pues cómo con tal tibieza
me recibes?

D. INES.

No ha podido
tan de repente con vos
entrar de hermano el cariño.

D. PEDRO.

El irá entrando despues:
alegraos ahora, hijos.
Don Diego, vamos los dos;
que es menester, prevenirnos
de regalos para Lope.

TACON.

Traiganle mucho tocino,
que lo come bravamente.

D. DIEGO.

Señora, el parabien mio
recibid de la ventura.

D. INES.

Yo como tal le recibo.

D. PEDRO.

Despues Lope os le dará
en siendo de Inés marido.
Venid conmigo, Don Diego.

D. FERNANDO.

Esto es malo, vive Christo.

TACON.

¿Pues no es peor para el otro?

D. PEDRO.

Inés, vé tú, á prevenirlos.

el quarto.

D. INES.

Ya te obedezco.

D. FERNANDO.

Señor, espera.

TACON.

De olbido
es menester algo aqui.

D. FERNANDO.

¿Ah señor?

D. PEDRO.

¿Qué dices, hijo?

D. FERNANDO.

¿Cómo se llama mi hermana?

D. PEDRO.

Inés. *vase.*

D. FERNANDO.

Ah, sí: Inés. Me olbido
facilmente.

D. INES.

¿Qué me quieres?

D. FERNANDO.

Entrar adentro contigo,
y que vuelvas, á abrazarme.

D. INES.

Hermano, interés es mio.
Toma los brazos y el alma.

TACON.

Aprieta, plieguete Christo,
pues tienes dispensacion.

D. FERNANDO.

¿Me quieres mucho?

D. INES.

Te estimo
como hermano.

D. FERNANDO.

¿Y no mas de eso?

D. INES.

¿Pues qué mas?

D. FERNANDO.

Yo soy mas fino.

D. INES.

¿Pues por qué?

D. FERNANDO.

Porque te quiero:::

D. INES.

¿Cómo?

D. FERNANDO.

Como á dueño mio.

D. INES.

Pues yo á tí:::

D. FERNANDO.

¿Cómo me quieres?

D. INES.

No sé explicar mi cariño;

porque antes que como hermano,
como galan te habia visto.

D. FERNANDO.

Pues quiereme de ese modo;
que á mí me pasa lo mismo.

D. INES.

No puede ser.

D. FERNANDO.

¿Por qué no?

D. INES.

Porque este amor es distinto.

D. FERNANDO.

Truecale tú.

D. INES.

¿Cómo puedo?

D. FERNANDO.

Como yo lo hago contigo.

D. INES.

¿Y á qué fin?

D. FERNANDO.

Al de quererte.

D. INES.

Tiene eso mucho peligro.

D. FERNANDO.

¿Pues en qué?

D. INES.

Vamos, Don Lope.

D. FERNANDO.

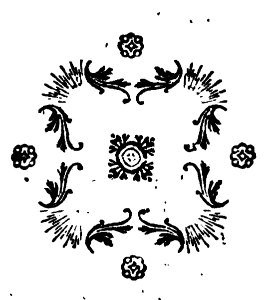
Entra pues; que ya te sigo.
¡Qué linda hermana que tengo.

D. INES.

¡Jesus, qué hermano tan fino!

TACON.

Bien puedes enamorarla;
que todo entra en el olbido.





JORNADA SEGUNDA.

Salen D. Fernando y Tacon vestidos de gala.

D. FERNANDO.

Fingir mas, no he de poder;
que es muy de veras mi amor.

TACON.

Por San Francisco, señor,
que no lo eches á perder.
Mira aqui, quán bien tratado,
rico, galan y lucido,
te trahen ayroso y vestido,
y ahito de regalado;
quando ayer los dos nos vimos
muertos de hambre, y desdichados,
tan de los Desamparados,
que sarna tener pudimos.

D. FERNANDO.

¿Si sé, que Inés me querrá,
no es lo mejor, declararme,
y logrando esto, casarme?

TACON.

¿Sabes, si el viejo lo hará?

Y, quando hacerlo, le quadre
(que yo en pensarlo, me alegro)
¿para qué has de hacerle suegro,
si le tienes suegro y padre?

D. FERNANDO.

Yo no puedo reprimir,
lo que á Inés el alma adora.

TACON.

Señor, que no es tiempo ahora;
porque lo has de destruir.
¡Cierto, que eres desalmado!

D. FERNANDO.

¿Yo?

TACON.

¿Despreciar por los dos
el bien, que nos hace Dios,
no es grandisimo pecado?
¿Teniendo mesa tan buena,
quieres perderla atrevido?
Ya un pecado has cometido
en la Bula de la Cena.
¿Tú no te estás divertido
todo el dia con tu Inés?
¿No la enamoras despues
con la capa del olbido?
¿Ella no dá á todas horas,
de quererte, testimonios?

¿Pues hombre de los demonios,
quieres arrope de moras?

D. FERNANDO.

¿No ves, que su padre está
sus bodas apresurando
con Don Diego, y no sé, quándo,
segun la priesa se dá,
para matarme, serán?

TACON.

¿Pues tú, que podrás, no es llano,
estorvarlo, como hermano,
mejor que como galan?
Porque el engaño está urdido
con empeño y con rescate;
pues qualquiera disparate
lo atribuyen al olbido.

D. FERNANDO.

Quando lo pueda estorvar
(pues eso es facil de hacer)
¿qué salida ha de tener
mi amor, ó en qué ha de parar?

TACON.

Procura tú con cuidado
una ocasion.

D. FERNANDO.

¿Y al tenerla?

TACON.

Procurar enternecerla

á cuenta de lo olbidado:
y como el daño se vea,
en tomando posesion,
entra la declaracion,
quando el viejo la desea.

D. FERNANDO.

¿Que durar puede, haces cuenta,
mucho el engaño á ese tono?

TACON.

¿Qué? ¿El padre? Yo te le abono,
hasta el año de noventa.

D. FERNANDO.

¿Y si sucediese, que
venga el hijo verdadero?

TACON.

Mas hijo entonces te infiero.

D. FERNANDO.

¿Cómo?

TACON.

Yo te lo diré:
Quando este mozo se fue
de aquella edad que tenia,
contigo se parecia,
tanto, como ahora se vé.
De un retrato, que quedó
aqui de él, á tí han sacado;
que ellos bien se han engañado,
porque me he engañado yo.

Catorce años de mudanza,
que ha que este mozo ha partido,
ya le habrán desparecido;
con que tú la semejanza
tienes de aquel parecer,
que dexó á todos acá:
y á él, que con otro vendrá,
se le han de desconocer.
Con que á tí te harán regalos,
y á él le enviarán á Pavía;
y, si en ser hijo, porfia,
le han de derrengar á palos.

D. FERNANDO.

¿Si él dá señas, su aprension,
no es forzoso, que se tuerza?

TACON.

¿No vés, que tienen mas fuerza
los ojos que la razon?
Porque con lo parecido,
tiene el viejo tal debate,
que ha tragado un disparate
tan grande como el olbido.

D. FERNANDO.

¿Qué te ha pasado hoy con él?

TACON.

Ya te lo voy á decir;
que es cosa, que hará reir
al Rey Don Pedro el Cruél.

Lastimado él de tu olbido,
dolor que al alma le apunta,
de Medicos hizo junta
en casa de un conocido.
Para Relator á mí
del caso allá me llevó;
entré en la tal casa yo,
y dando con ellos, ví
tres hombres en un salon,
rucios, pues ya encanecían,
cuyas barbas parecian
cortaderas de turron.
Propuesto el caso de espacio
de tu olbido, el parecer
de uno fue: no puede ser;
y otro dixo: es *implicatio*:
¿Cómo *implicatio*? á los dos
dixo el viejo, puesto enmedio:
usted mire si hay remedio;
que ello es verdad, juro á Dios,
y haganle alguna receta.
Dixo uno: *hac est insania*.
Yo dixe: ni es Ananía,
ni Azaría, ni Profeta.
Dixo otro desde el cadahalso:
tal mal, no es posible, que haya;
si hubiera demencia, vaya;
mas *sine dementia* es falso.

Otro (àqui mi risa viene)
muy panzudo entre los dos,
dixo entre regueldo y tos:
¿en aprendiendo, retiene?
No, señor: respondí yo;
que ahun á veces se ha olbidado
de mí, que soy su criado.
El las cejas estiró,
y dixo: echenle en las ollas
mas verdura; y desde aqui,
coma leche. Y respondí:
no la come sino en pollas.
Fueron los tres con licencia
á consulta; este fue el vicio;
que, al verlos perder el juicio,
perdió el viejo la paciencia.
Y arrojando un juramento,
dixo: vayanse á una noria.
¿Cómo han de curar memoria,
hombres sin entendimiento?
Fuímonos; con que tu olbido,
mientras es mas imposible,
lo tiene él por mas creíble,
en fé de lo parecido.
Con que, si no te regala,
ó hace algo, que no te quadre,
puedes olbidar, que es padre,
y enviarlo noramala.

D. FERNANDO.

El viene.

TACON.

Pues atencion
al nombre, que me he mudado.

D. FERNANDO.

¿Cómo es?

TACON.

Cerote. Cuidado;
que ingrediente es del Tacon.

Sale D. Pedro.

D. PEDRO.

Cada vez que á Lope dexo,
vuelvo á verle con dolor.
¿Qué haces, Cerote?

TACON.

¿Señor?
Gran memoria tiene el viejo.

D. PEDRO.

No hallan remedio á este daño
los Medicos.

D. FERNANDO.

¿Quién entró?

D. PEDRO.

¿Pues no has visto, que soy yo?
¡Hay olbido mas extraño!

TAÇON.

Tu padre es.

D. FERNANDO.

¡Oh padre mio!

D. PEDRO.

¿Hijo, quieres que salgamos?
Elige tú, donde vamos.
¿Quieres al prado ó al rio?

D. FERNANDO.

¿Qué decís?

D. PEDRO.

Que te esperaba.

D. FERNANDO.

Vamos á comer, si es hora.

D. PEDRO.

¿Pues no hemos comido ahora

D. FERNANDO.

Es verdad; no me acordaba.

D. PEDRO.

¡Vióse tan notable exceso!
Hijo, á darme penas, vienes.

TACON.

Bien haya el alma que tienes.
Olbidate musho de eso.

D. PEDRO.

¿Quieres comer?

TACON.

Dí, que sí.

D. FERNANDO.

¿Pues, para qué, si lo digo?

TACON.

¡Çuerpo de Christo conmigo!
Olbida algo para mí.

D. FERNANDO.

Donde quisieres, los dos
podemos, señor, salir;
que yo no puedo elegir,
donde estubieredes vos.

D. PEDRO.

Inés viene aqui: sepamos,
si ella tambien salir quiere;
y á la parte que escojiere,
podemos ir juntos.

D. FERNANDO.

Vamos.

Salen Doña Inés y Leonor.

D. INES.

Leonor, ya temblando voy
de mi loco desatino;
que yo tambien imagino,
que me olbido, de quien soy.
Yo tengo amor tan tirano
á mi hermano, que le adora
mi fé.

LEONOR.

No es mucho, señora;
que es muy buen mozo tu hermano.

D. INES.

Aqui están mi padre y él.
Yo he de perder el sentido,
si de este amor no me olbido.

TACON.

Señor, aqui entra el papel.
Entablalo desde ahora,
lo que despues has de hacer.

D. FERNANDO.

¡Qué hermosisima mujer!
¿Es de casa esta señora?

D. PEDRO.

¡Jesus, qué gran desatino!
¿No vés, que es tu hermana Inés?

D. FERNANDO.

Perdoname, hermana; pues
que tan bella te imagino,
que no pienso, que es verdad,
siempre que te llego á ver,
que, siendo hombre, pueda ser
hermano de una deidad.

D. PEDRO.

¡Qué cortesano y qué atento
se disculpó!

TACON.

Aquesto es gloria.

D. PEDRO.

Lo que perdió de memoria,

le creció de entendimiento.
Del dolor llevar me dexo,
quando el alma lo imagina.

TACON.

Mientras él mas desatina,
mas lo vá creyendo el viejo.

D. PEDRO.

¿Hijo, de ese olbido en tí,
qué siente tu entendimiento?

D. FERNANDO.

Yo, señor, bueno me siento,
y nada me aflige á mí.

D. PEDRO.

Ahunque es tanta pena, el verle,
esto me alivia tambien.

TACON.

Mientras él comiere bien,
no tiene usted, que temerle.

D. INES.

Señor, del mal de mi hermano,
yo he inferido (á Dios pluguiera, ap.
que nunca mi hermano fuera,
para ser mi amor en vano)
nada con el tiempo dura,
y que tendrá cura, siento.

TACON.

Pues hagase el casamiento,
y verán, qué presto hay cura.

D. PEDRO.

El, si dexa de mirar
á uno, si no hay, quien le acuerde,
aquellas especies pierde,
y no las vuelve á cobrar.
Tú, si allá tubiste cuenta,
¿de qué el medico infirió,
que las especies perdió?

TACON.

De navegar con pimienta.

D. PEDRO.

De eso el mal le daria alli.
¿Mas cómo este mal le dió?

TACON.

Eso es, lo que no sé yo.

D. FERNANDO.

¿Señor, qué hacemos aqui?
¿Nos quedamos hoy sin Misa?

D. PEDRO.

¿Misa á las tres de la tarde?

TACON.

Yo pienso, asi Dios me guarde,
echarlo á perder de risa.

D. PEDRO.

Hija, quedate con él;
que temo, que me ha de dar
un gran mal este pesar.
¡Hay delirio mas cruel!

De gastar mi hacienda trato;
y por no ver lo que pasa,
he de traher á mi casa
todo el Proto-Medicato. *vase.*

D. FERNANDO.

¿Vase mi padre enojado,
ó he dicho algun desvarío?

D. INES.

No es enojo, hermano mio;
que antes se vá lastimado.

D. FERNANDO.

Pues sentemonos tú y yo.
Vén, hermana; que contigo
tengo yo el cielo conmigo.
¿Quieres?

D. INES.

¿Digo yo que no?

D. FERNANDO.

Vén, pues.

D. INES.

¡Que permita el cielo,
que á esta tan loca pasion
dé mi hermano la ocasion!
Que me he de perder, recelo.

D. FERNANDO.

¡Qué lindas manos que tienes!
¡Hase visto tal blancura!
Lo mejor de tu hermosura

son ellas.

D. INES.

Siempre tú vienes
lisonjero. ¡Ay ansias mias!

D. FERNANDO.

Besartelas, no resisto.

TACON.

Si esto haces, pleguete Christo,
¿por qué pides gollerías?

D. FERNANDO.

¿No será bien, que los dos
en enamorarnos, demos?

D. INES.

¿Pues siendo hermanos, podemos?

D. FERNANDO.

¡Qué dices! ¡Valgame Dios!
Es tanto lo que te quiero,
que cada vez que me olbido,
de que tú mi hermana has sido,
al oírtelo, me muero.

D. INES.

Dexa esa aprension tan vana.

D. FERNANDO.

Este olbido es gran rigor.

D. INES.

¿No se te olbida el amor,
y se te olbida lo hermana?

TACON.

No has oído una coplilla
de Gil, que eso contradice,
pues le culpas.

D. INES.

¿Y qué dice?

TACON.

Escucha la redondilla.
Di, ¿por qué no dás un medio,
que remedie tu pesar?
Era el remedio olbidar,
y olbidósele el remedio.

D. FERNANDO.

A la culpa, que me impones,
con ella he de responderte;
oye, que satisfacerte
quiero en las mismas razones.
Entre el corazon flechado,
y la memoria perdída,
una qüestion se ha formado;
él te quiere, ella te olbida,
con que la lid se ha travado.
El corazon dice, pues,
que hay un medio, que es remedio;
y ella le arguye despues.
Si un medio el remedio es,
dí, ¿por qué no dás un medio?
El medio es, que el corazon

que eres mi hermana, se acuerde;
mas siendo de ella esta accion,
la memoria, que te pierde,
le dá luego esta razon.
No es medio para tu fuego,
que yo lo llegue á acordar;
pues, si te quito el sosiego,
has menester otro luego,
que remedie tu pesar.
Viendo el daño la razon
de fuego tan encendido,
en tan injusta pasion
siendo culpado el olbido,
riñe solo al corazon.
El dice, ¿yo qué he de hacer?
La memoria has de culpar,
que, temiendome ofender,
pensó, que para querer,
era el remedio, olbidar.
La razon condenó luego,
que la memoria en la fragua,
á costa de mi sosiego,
eche del acuerdo el agua
para apagar este fuego.
Ahunque perdiese mi gloria,
si executase este medio,
fuera mi salud notoria;
mas faltóme la memoria,

y olbidóseme el remedio.

D. INES.

Este no es discurso, cielos, ap.
que sin memoria se hace.
La duda me satisface,
pero me dá mas recelos.

TACON.

¿Leonor, quieres que hermanemos
los dos tambien?

LEONOR.

¿Para qué?

TACON.

¿Para qué? ¿Pues no se vé?
Porque nos enamoremos.

LEONOR.

¿Luego enamoran tambien
los dos? ¡Pues no es grave error!

TACON.

¿Pues con fraternal amor,
no pueden quererse bien?

LEONOR.

¡Jesus! ¿Pues no los atajas?
Y ahun por eso he reparado,
que está tan embelesado
Don Lope.

TACON.

Pues ella, pajas.

LEONOR.

Yo he de estorbarlo: no meta
el diablo algun medio en esto.

TACON.

Dexalos tú; que el incesto
no le toca á la alcahueta.

LEONOR.

¿Señora, aquella criada
se ha de estar siempre escondida?

D. INES.

Ah, sí, Lope, por tu vida
me hagas un gusto.

D. FERNANDO.

Enojada
dexas á mi obligacion.
¿Tú pedirme, has menester,
lo que por tí debo hacer?

D. INES.

Yo te estimo la atencion.
Yo recibí una criada,
porque sabe hacer mil cosas,
de las que se usan curiosas:
es discreta y muy honrada,
y gustaré, de tenella.
Quiero que, si no te olbidas,
licencia á mi padre pidas;
que no me atrevo sin ella.

D. FERNANDO.

Cierto, Inés, que me has corrido.
¿De eso estás embarazada?
Venga luego esa criada;
dí, que yo la he recibido.

D. INES.

Leonor, á Lucía luego
trahe aqui.

LEONOR.

Ya voy, señora;
mas no puede ser ahora,
porque viene aqui Don Diego.

D. INES.

¡Cielos, que con este hombre; *ap.*
sea el casarme forzoso,
y que haya de ser mi esposo,
quien me asuste ahun con el nombre!

D. FERNANDO.

Todo el color ha perdido *ap.*
al oírle, antes de verle;
indicio es, de aborrecerle.
Tacon, gran dicha he tenido.

TACON.

Eso de Tacon no entiendo.
¿No soy Cerote, tontón?
¿Quieres, que con el tacon
nos conozcan el remiendo?

D. FERNANDO.

Que me ama, no hay que dudar.

TACON.

¿Pues si eso tienes, qué pides?
Una tarde, que te olbides,
te la puedes merendar.

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

Ya, cielos, logran mis dichas,
quanto mis ansias desean.
Pues, Don Lope, hermano mío,
hallete yo en hora buena,
quando, por haber logrado,
lo que mi suerte concierta,
hermano llamarte puedo;
que hermano soy:::

D. FERNANDO.

¿Inés bella,
quién es este caballero,
que tanto nos hermanéa?

D. INES.

Es Don Diego.

D. DIEGO.

¿Qué pregunta?

D. INES.

Nos os conoce.

TACON.

¡Linda flema!
¿No le he dicho á usted, que diga,
quién ès, quando á verle venga,
ó que trayga sobrescrito?
Si usted sin mal no se acuerda,
¿qué milagro es, que él se olbide
con mil veritosas acuestas?

D. DIEGO.

Don Lope, amigo, yo soy
Don Diego Osorio, quien llega,
á lograr dicha tan alta,
que ser vuestro hermano espera,
y esclavo de Doña Inés;
porque estando ya dispuesta
la voluntad de Don Pedro,
solo, que el Nuncio supliera
nuestras amonestaciones,
faltaba, y la diligencia
vengo yo de hacer ahora;
porque esta noche ser pueda
dueño felíz de esta dicha.
Y ahora en albricias de ella
de besar su hermosa mano,
os pido justa licencia.

D. INES.

¡Ay Leonor, yo estoy mortal!

LEONOR.

A esto no hay mas de paciencia.

D. FERNANDO.

¡Qué es esto, Tacon!

TACON.

¿Pues eso
no se vé, en lo que desea?
El trahe priesa de novio.

D. FERNANDO.

Vive Dios, que, si se acerca,
para besarla la mano,
le he de romper la cabeza.

D. DIEGO.

¿No decís nada, señora?
Mas suspension tan modesta
debiera yo agradecer.
Claro está, que dais licencia,
de que yo os bese la mano;
y el no decirlo, es modestia
del recato, que yo estimo;
y asi, la de vos supuesta,
con licencia de Don Lope:::

D. FERNANDO.

Tened, tened con la vuestra.

D. DIEGO.

¿Pues licencia no me dais,
de besar su mano bella?

D. FERNANDO.

No; que primero soy yo.

D. DIEGO.

No es posible, que os entienda.

TACON.

Que ha estudiado en Alcalá,
y fue primero en licencias.

D. DIEGO.

Ahora lo entiendo menos.
¿Don Lope, pues qué os arriesga
en que yo bese la mano
á mi esposa, quando es cierta
la boda para esta noche?

D. FERNANDO.

¿Qué boda?

D. DIEGO.

¿No se os acuerda,
de que yo he de ser su esposo,
pues vuestro padre lo ordena?

D. FERNANDO.

¿Pues para qué estoy yo aqui?

LEONOR.

¡Ay Virgen de la Cabeza!
Tu hermano quiere casarse
contigo.

D. INES.

Olbidarle dexa,
Leonor, que mi hermano aqui

con este olbido me halienta;
que, si no fuera por él,
me hubiera caído muerta.

D. DIEGO.

Don Lope, de no entenderos,
el alma tengo suspensa.

D. FERNANDO.

Pues yo bien claro os he hablado.

D. DIEGO.

¿Pues vos os casais con ella?

D. FERNANDO.

Don Diego, no nos cansemos;
que ahunque Doña Inés lo quiera,
no ha de casarse con vos.

D. INES.

¿Leonor, hay dicha como ésta?
La vida me dá este hermano.

LEONOR.

Yo pienso, que lo dixeras
con mas gusto, á no ser tanto
el parentesco.

D. DIEGO.

Suspensa
tengo la voz, y el enojo,
Don Lope, á vuestra respuesta:
porque, si es inconveniente
para vos ó vuestra herencia,
que se case Doña Inés

antes que vos, ser pudiera
la respuesta de otro modo;
mas decirme con soberbia,
que no ha de casar conmigo,
es, injuriar mi nobleza;
y vive Dios, que á no estar
Inés aqui, á quien respeta
mi amor y veneracion,
tomára yo de esta ofensa
la satisfaccion que debo.

D. FERNANDO.

Pues si os embaraza ella,
guiad, donde no os estorbe.

D. DIEGO.

Pues seguidme en hora buena.

D. INES.

¡Ay, cielos! Detente, hermano.

D. FERNANDO.

Sueltame, Inés; que es baxeza,
no castigar su osadía.

D. DIEGO.

Soltadle, señora, y venga.

TACON.

¿Hombre, te hiede la vida?

D. DIEGO.

Eso se verá acá fuera.
Dexadle salir.

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

¡Qué es esto!

TACON.

¡Jesus! Perdióse la hebra:
todo aqui se desbarata.

D. DIEGO.

Señor Don Pedro, la ausencia
trueca á los hombres. Don Lope
mas mi amigo, pensé, que era;
y vos pudierais decirme,
quando él vino, sin ofensa,
que no me casaba; y no
empeñar mis diligencias,
para quedar desayrado.
Pero de vos con la quexa
me satisfago; y Don Lope
escusar esto pudiera. *vase.*

D. PEDRO.

¡Qué es esto, Lope! ¡Qué es esto,
Inés! ¡Qué palabras necias
son, las que dice Don Diego!

TACON.

Señor, esto se remedia,
con disparatar aqui
hácia el olbido con ella;
que yo te sacaré de ello.

D. FERNANDO.

Señor, es la desvergüenza
mayor, que he visto en mi vida.
Entró aqui, y en mi presencia,
la quiso besar la mano.

D. PEDRO.

Si es su esposo, bien pudiera.

D. FERNANDO.

¡Cómo su esposo, señor!
¿Pues de mí, qué hacer intentas?

D. PEDRO.

¿Pues qué he de hacer yo de tí?

D. FERNANDO.

¿Yo no me caso con ella?

D. PEDRO.

¡Con tu hermana! has de casarte!
¿Cerote, no se lo acuerdas?

TACON.

Señor, harto lo trabajo;
mas no hay diablos, que le metan,
por mas que esté machacando,
esta hermana en la cabeza.

D. PEDRO.

¿Pues tú, Inés, esto á tu esposo
advertirle, no pudieras?
¿Tan poco su amor estimas?

D. INES.

Yo, señor, quererle, es fuerza.

D. FERNANDO.

¿Cómo es eso de quererle?
Pues, ingrata, falsa, fiera,
tirana de mis sentidos,
hechizo de mis potencias:::

D. PEDRO.

¡Lope, qué es esto! ¡Qué es esto!

TACON.

¡Ay: que ahora se me acuerda!
¿En qué estado está esta luna?

D. PEDRO.

Ahier entró luna nueva.

TACON.

¿No es la de Febrero?

D. PEDRO.

Sí.

TACON.

Pues de Lope no hagais cuenta,
hasta que entre la menguante.

D. PEDRO.

¿Pues por qué?

TACON.

Hace años en ella,
que le dió el mal; y esta luna
le entra con tanta violencia,
que hace en ella mil locuras.

D. PEDRO.

¿Ahora me dás esas nuevas?

Lope viene, á darme muerte.

TACON.

¿Pues no es bien, que te lo advierta?
En la Habana abrió, ahora un año,
á un Clerigo la cabeza,
porque le iba á confesar.

D. PEDRO.

¡Hay desdicha como ésta!

D. FERNANDO.

No os canseis, señor; que ese hombre
no se ha de casar con ella,
vive Dios, ú he de matarle.

TACON.

Señor, el humor le lleva,
ó nos hará aqui pedazos.

D. PEDRO.

Lope, hijo, tu gusto sea:
no se casará tu hermana,
sino es, quando tú lo quieras.

D. FERNANDO.

¿Me dás palabra?

D. PEDRO.

Sí doy.

¡Hay para un padre mas pena!

Sale un Cartero con cartas, y una en la mano.

CARTERO.

Ha de casa.

D. PEDRO.

Leonor, mira,
quién llama.

CARTERO *leyendo.*

Tres quartos vengan.
A Don Pedro de Lujan,
en la calle de la Reyna.
De Toledo.

LEONOR.

Es una carta.

D. PEDRO.

Pagala.

LEONOR.

Mi faldriquera,
no puede.

TACON *pagando.*

Yo tengo quartos:
tome usted, que el trago espera.

CARTERO.

Dios guarde á vuesas mercedes. *vase.*

TACON.

De estos hay uno, que dexa
de las cartas, que vá dando,
un porte en cada taberna.

D. PEDRO *despues de haber abierto y leido la carta.*

¡Vióse tal bellaquería!
Algun picaro es, que intenta,

viendo el dolor, en que estoy,
acrecentarme la pena.
¡Y á la que hacia mi hijo
es parecida la letra!
En esto se vé, que es burla.

D. FERNANDO.

¿Qué es eso?

D. PEDRO.

Una desvergüenza
de alguien, que de mí se burla
en la carta; oyelo en ella. *lee.*

Padre y señor mio: Habiendo tantos años, que no sabeis de mí, ahun que he querido avisar de Sebilla, lo he suspendido, por escusaros la pesadumbre de unas heridas, que me dieron en aquella Ciudad; ahora llego á Toledo, y siendo noche de estafeta, no he querido dexar de lograros la alegria, de que estaré en vuestra casa tan presto como la carta. Dios os guarde.

Lope.

D. FERNANDO.

¿Y aqueso decís, que es burla?
La burla, señor es ésta,
que estais haciendo de mí;
pues como la carta muestra,
teniendo hijo, me quereis

hacerme á mí hijo por fuerza;
y vive Dios, que es engaño,
que en la Corte no pudiera
haberse hecho con un negro. *vase.*

D. PEDRO.

¡Qué dices, Lope! Hijo, espera.
Cerote, apriesa le llama.

TACON.

Por Dios, que la has hecho buena.
¿Sabiendo, que es la creciente,
le vás á dar esa nueva?
Mas habré de trabajar,
en que por padre te crea,
que en los Artículos ya.

D. PEDRO.

Siguele, Cerote, apriesa,
y trahele á casa.

TACON.

Ya voy,
señor. ¡Quál el viejo queda! *ap.*
No le sacarán del casco,
que es su hijo mi amo, ahunque venga
su hijo y los de la Barbuda. *vase.*

D. PEDRO.

Si esto, Inés, no se remedia,
este mozo ha de matarme.

D. INES.

Dexar, que se pase, es fuerza

esta creciente de luna,
y por no irritarle en ella,
concederle, quanto pida.

D. PEDRO.

Dices bien: y pues su tema
es, de casarse contigo,
dí tú, que estás muy contenta,
de que haya de ser tu esposo.

D. INES.

Pluguiera Dios, que de veras ap.
lo pudiera ser.

LEONOR.

Señora,
ahora es ocasion, que puedas,
pedir licencia á tu padre,
porque es lástima, que tengas
aquella pobre mujer
encerrada, sin que vea,
ni hable á nadie de la casa.

D. INES.

Dices bien. Señor, quisiera,
que una merced me otorgases.

D. PEDRO.

En sabiendolo, está cierta.

D. INÉS.

Me ha venido una criada,
que es, quanto el gusto desea
para la comodidad

de una mujer de mis prendas,
y quisiera recibirla,
si tú me dieses licencia.

D. PEDRO.

¡Jesus¡ que venga al instante.

D. INES.

Pues, Leonor, entra por ella.

LEONOR.

Aqui está en ese aposento.
Lucía, salga acá fuera.

Sale Doña Ana.

D. ANA.

!Cielos, si pone mi suerte
en mi mal alguna enmienda,
que ahunque he estado tan cerrada,
quando Leonor sale y entra,
de las palabras que dice
ha inferido mi sospecha,
que está Don Lope en su casa!
Mas, porque ella no la tenga
de mí, preguntar no he osado.

D. PEDRO.

Vengais muy en hora buena,
Lucía, á servir á mi hija;
que teneis linda presencia,
y de mujer recatada,

D. ANA.

Señor, ahunque así mi estrella

me trata, soy bien nacida.

D. PEDRO.

Bien el semblante lo muestra.
Hija, un gran gusto me has dado;
quede muy en hora buena;
y enciendan luces; que es noche.
Tú vé, á prevenir la cena
de Lope, que su regalo
es lo que mas me desvela.
Lleva luces á mi quarto. *vase.*

D. INES.

Ya, Lucía, en casa quedas.

D. ANA.

Beso mil veces tus plantas.

D. INES.

No estés de aquesa manera.
Entra conmigo, Lucía.
¡Ay amor loco, qué intentas! *ap.*
Este hermano ha de ser causa:::
Mas no me entiendo á mí mesma.

D. ANA.

Cielos, si está aqui Don Lope,
todo mi mal se remedia. *vanse.*

Salen Don Felix y Don Lope de camino.

D. LOPE.

Don Felix de Guzmán, ésta es mi casa:
aqui de lo que os pasa

en vuestra pretension me dad àviso;
que pues el cielo quiso,
que en el camino yo haya conocido
amigo como vos, agradecido
seré á mi buena suerte,
en seros firme amigo hasta la muerte.
Ya que mi esquiva estrella,
quiso que ausente de una dama bella,
que no sé, dónde está, venga muriendo,
el amor y la pena resistiendo:::
No quiero decir, que era *ap.*
Doña Ana de Ribera,
porque, siendo Don Felix de Sebilla,
es fuerza, conocerla, y permitilla
no quiero aqueste agravio;
que nó es acuerdo sabio,
quando no sé el suceso
de su peligro, y puede haber exceso,
que me obligue de nuevo,
á no poder pagar, lo que la debo.

D. FELIX.

Don Lope, vuestra casa ya he sabido,
y vos por mi posada habeis venido,
que es aqui junto al Carmen. Pues el cielo
quiso, que allá en Sebilla en vuestro duelo,
no habiendoos conocido, no asistiera,
en Madrid ha de ser de otra manera;
porque, sin veros, no ha de pasar dia.

D. LOPE.

Pues que la suerte mia
de tan graves heridas ha querido,
que bueno me halle ya, y convalecido,
yo os doy palabra de ello.

D. FELIX.

Yo ignoro, el que os hirió; pues el sabello,
nada me importa, no os lo he preguntado,
porque os he visto en esto recatado.

D. LOPE.

Es, Don Felix, el caso,
de que el honor está pendiente acaso
de alguien que me está mal, que esté agraviado,
y por esta ocasion os lo he callado;
y porque ahunque conozco á quien me ha [herido,
no soy de él conocido,
porque, sin saber él, con quién reñia,
mató al mayor amigo que tenia,
por cuyo riesgo pude yo obligarme,
á esconderme en Triana, hasta curarme,
sin que de él saber mas haya podido;
pues por mi amigo estoy tan ofendido,
que si yo le encontrára,
á matarle, el enojo me obligára.

D. FELIX.

Don Lope, los amigos, que lo fueren,
no han de saber, lo que callarles quieren.

Quedaos con Dios; que vos tendreis ahora
buen rato con un padre, que os adora,
tras tanta ausencia, sin haberle dado
nuevas de vos.

D. LOPE.

A Dios, amigo mio.

D. FELIX.

Yo voy á mi posada con cuidado,
porque hoy en Madrid, hallar confio,
mi amigo Don Fernando de Ribera,
que de alguna quimera
la ocasion de Sebilla le ha trahido,
y á Madrid, me dixeron, que ha venido. *vas.*

D. LOPE.

Cielos, tras tantos años,
cierto es, que á todos he de hallar extraños:
yo he de probar, si alguno, me conoce;
mas fuerza es, que me emboce,
porque dos hombres entran en mi casa;
asi saber espero lo que pasa.

Salen Don Fernando y Tacon.

D. FERNANDO.

Dexame ya con tan pesada harenga.

TACON.

Señor, viven los cielos, que ahunque venga
una ristra de hijos, no es posible,
que tú dexes de serlo. Estás terrible.
Además, que no puedes, si es tu intento,

hacer el casamiento,
si sales de su casa.

D. FERNANDO.

¿Pues qué he de hacer, si sabes lo que pasa?
¿Quieres, que á un desayre me aventure:
pues no es posible, que el engaño dure,
en viniendo su hijo?

TACON.

Cierto, que estás prolixo.
No saldrá el viejo ya de la quimera,
ahunque el mismo hijo pródigo viniera.
Con aqueste furton, que ahora has hecho,
quedas tú siempre bien, y él satisfecho;
porque despues del caso averiguado,
siempre puedes decir, que lo has negado;
y si esto no te mueve, por San Pablo,
mira, qué has de cenar, hombre del diablo,
que hay esta noche grandes prevenciones.

D. FERNANDO.

¿Pues qué hay para cenar?

TACON.

Unos capones,
que imagino, que cantan en la cena
un villancico de la noche buena.

D. LOPE.

No puedo conocerlos por lo obscuro,
ni entenderlos, por mas que lo procuro.

D. FERNANDO.

Yo por mejor tubiera,
decir, que soy Fernando de Ribera,
y le obligára la nobleza mia
á darme á Doña Inés; mas tu porfia,
me obliga ya á que entremos.

TACON.

De eso trato.
Simple, pues te dán tanto de barato:
toma la posesion con buen despejo;
que despues ahun vendrá á rogarte el viejo.

D. FERNANDO.

Finge tú, que yo estoy muy enojado.

TACON.

Yo le pondré al vejete de quadrado.

D. FERNANDO.

Ya tu consejo elijo.

TACON.

Su hijo has de ser, por Dios, ahunque el [otro hijo
ahora trayga, por probar el padre,
un testimonio aqui de la comadre. *vans.*

D. LOPE.

Allá dentro se entraron, vive el cielo,
dexandome el recelo,
de no saber, quién son. Sin mí he quedado.
¿Mas qué vano cuidado
tengo yo de mi casa,
si en ella nada sé, de lo que pasa?

¿Pues para qué me asusto,
que mi temor no es justo,
quando yo no se nada?
¿No puede ya mi hermana estar casada?
Llamar quiero á esta puerta;
pero no es menester, que ella está abierta:
entrar quiero, y dexar mi duda en calma.

Entra, y sale.

Mas no sé, que recelo tiene el alma:
el corazon helado me dexaron
estos hombres que entraron.
¡No es buen indicio, que se asuste el pecho,
que el no estar satisfecho
el corazon en casos presumidos,
es, porque él sabe mas, que los sentidos.
Con luz sale aqui un hombre.
Este de casa es: no hay que me asombre,
pues tan seguro aqui le considero:
de él informarme, preguntando, quiero.

Sale Tacon con una luz.

TACON.

Señores, suelta la sisa
traygo al jubon y al coleto,
que este viejo recoleto
me hace descalzar de risa.
De como él y yo me llamo,
su hija y todos los del cuento,
queda haciendo en su aposento

una memoria á mi amo.
Llegué á verla (aqui me rio)
y decia el papelejo:
Don Pedro de Lujan viejo
es vuestro padre, hijo mio:
Inés luego, y en hilera
toda la casa ha ensartado,
rematando en el fregado
Dominga la cocinera.
Ya de imaginar me alegro
lo que hará, ahunque no le quadre,
quando acostandose padre,
vea, que amanece suegro.

D. LOPE.

¿Ah hidalgo?

TACON.

¿Quién pudo entrar
aqui?

D. LOPE.

Preguntaros quiero:::

TACON.

¿Y es buen modo, caballero?
¿No hay puertas para llamar?

D. LOPE.

Templaos.

TACON.

Hasta la cocina,
se podia entrar usté.

D. LOPE.

¿Sois de casa?

TACON.

¿No lo vé?
¿Tengo de ser de la China?

D. LOPE.

Responded: que no es prolixo,
preguntando, un forastero.

TACON.

¿Si es el hijo verdadero? *ap.*
Vive Dios, que huele á hijo.
Verle mejor á la luz
el rostro quiero. Aqui llamo.
El se parece á mi amo,
como un huevo á un avestruz.

D. LOPE.

¿Pues Don Pedro de Lujan
vive en esta cosa, ó no?

TACON.

Desde que en ella plantó
un hijo como un jayán.

D. LOPE.

¿Hijo tiene?

TACON.

Y que ha venido
de las Indias no ha ocho dias,
con mas botas, que Tobías.

D. LOPE.

De la carta lo han sabido. *ap.*
De eso no me satisfago.
¿Y á recibirle no han ido?

TACON.

Ya le tienen recibido,
y dado carta de pago.

D. LOPE.

!Recibido ya su padre,
si ahun no le ha visto!

TACON.

¡No, dixo!
Señores, éste es el hijo *ap.*
por la leche de mi madre.
La hora fatal llegó.
Valor: que este mentecato,
ni se parece al retrato,
ni al padre que le engendró.
Señor, vos estais prolixo,
y mi amo se ha de acostar,
y le voy á desnudar.

D. LOPE.

¿Quién es vuestro amo?

TACON.

Su hijo.

D. LOPE.

Cielos, si alguien se prohija *ap.*
en mi ausencia, ¡qué pesar!

Hijo debeis de llamar
al marido de su hija.

TACON.

¡Jesus! Este es el demonio;
¿Pues espíritu sin luz,
cómo, si huyes de la cruz,
sabes la del matrimonio?

D. LOPE.

¿Diablo me llamais? ¿Por qué?

TACON.

Porque aqui decís á vulto,
lo que yo, ahun de puro oculto,
sospecho, que no lo sé.

D. LOPE.

Oíd: no seais majadero.

TACON.

¡Usté, en vez de señoría,
me dá la majadería!

D. LOPE.

Entrad; y que un forastero,
le quiere besar la mano,
decid á Don Pedro.

TACON.

¡Ahora,
que ha que está durmiendo una hora!
Vaya usté, y vuelva temprano.

D. LOPE.

Entrad luego.

TACON.

¡A esta ocasion!
Idos vos, porque no os tope:
que si sale aqui Don Lope,
os dará algun trasquilon.

D. LOPE.

¿Qué Don Lope?

TACON.

Mi señor.

D. LOPE.

¡Qué escucho! O estais sin seso,
ó estais borracho.

TACON.

Algo hay de eso.

D. LOPE.

Entrad, ó del corredor
os echaré.

TACON.

¿Tan liviano
me juzga? A costarme voy,
y os perdono, porque estoy
con la candela en la mano.

Sale Don Fernando.

D. FERNANDO.

¿Qué es esto? ¿Quién dá aqui voces?

TACON.

Señor, este hombre, que vés,
que, porque me duele un callo,

no le mato á puntapies.

D. FERNANDO.

¿Pues qué quereis, caballero?

D. LOPE.

¡Qué es lo que mis ojos vén!
Darte la muerte, enemigo.

D. FERNANDO.

¡Ah traydor! *mata la luz.*

TACON.

¡San Rafael!

D. LOPE.

¡Ah infame! La luz has muerto.
Mas venganza tomaré,
ahunque á obscuras, de mi ofensa.

D. FERNANDO.

¿Quién eres, hombre?

D. LOPE.

Cruel,
soy, quien heriste en Sebilla.

D. FERNANDO.

Por la voz le buscaré;
que éste ha ofendido mi honor;
Mas ya he encontrado con él. *riñen.*

TACON.

¡Ay, que matan á mi amo!

D. PEDRO *dentro.*

Haz sacar luces, Inés.

D. INES *dentro.*

Señor, mira, si es mi hermano.

LEONOR *dentro.*

A obscuras, nada se vé.

Salen Doña Inés, Leonor y Don Pedro.

D. PEDRO.

Sacad luces.

Quedase Don Pedro en medio, y Don Lope, á la puerta, por donde ha de salir Doña Ana con luz, y Don Fernando, y los demás enfrente.

D. ANA.

Aqui están.

¡Qué es lo que miro! ¡No es
Don Lope este!

D. LOPE.

¡No es Doña Ana,
esta que veo!

D. FERNANDO.

¡Ah cruel,
aleve y fiera!

D. ANA.

¡Ay de mí,
valedme, cielos! *apaga la luz.*

D. PEDRO.

Deten,
Lope, hijo:::

D. FERNANDO.

Ya no soy Lope:
dexadme Don Pedro pues.

D. LOPE.

¿Doña Ana?

D. ANA.

Don Lope, esposo,
defiendame aqui tu fé
del peligro de mi vida.

D. LOPE.

Esto lo primero es.
Vente, Doña Ana, trás mí. *vanse.*

D. FERNANDO.

Dexadme, que muerte dé
á un aleve y á un traydor.

D. PEDRO.

Haz sacar luces, Inés.
Hijo, Lope:::

D. FERNANDO.

Todo el mundo
no me podrá detener. *vase.*

D. PEDRO.

Pues trás tí me has de llevar. *vase.*

D. INES.

¡Qué es, lo que mis ojos vén!
¡Ah ingrato hermano! ¡Ay, Leonor,
que esta criada cruel,
era dama de mi hermano!

LEONOR.

De eso tiene el parecer.

D. INES.

De envidia y zelos voy muerta.
¿Mas si es mi hermano, por qué? *vase.*

TACON.

¡Jesus, y qué bravo caldo
se ha revuelto! Mas si es
el caldo de olla podrida,
quiero ser la libere en él.

JORNADA TERCERA.

Salen Doña Inés, Don Pedro y Tacon.

D. PEDRO.

Inés, yo pierdo el sentido
de dolor.

D. INES.

Templa el cuidado,
señor, que te has desvelado,
y esta noche no has dormido.

D. PEDRO.

¡Cómo habia de dormir,
quedandose Lope fuera!
¡Que tenerle no pudiera!
¡Que no le pude seguir!
Y de lo que mas me aflijo,
fue, que, diciendo, partió,
que no era su padre yo,
ni él era Lope mi hijo.

TACON.

Ya esto acabó: no hay que hacer

enredos ya, ni mentir. *ap.*
Mañana habré de pedir
limosna, para comer.
Pues, señor, yo me despido.

D. PEDRO.

¿Por qué, amigo? ¿Qué te ha dado?

TACON.

Señor mio, esto ha durado,
lo que mi Dios fue servido.

D. PEDRO.

¿Tambien tu lealtad me olbida?

TACON.

¿Si él no vuelve, qué he de hacer?

D. PEDRO.

¿Cómo que no ha de volver?
Perderé el juicio y la vida.
¿Cerote, por qué ocasion
te quieres ir? De ansia muero.

TACON.

Como usted no es zapatero,
no puedo darle razon.

D. PEDRO.

¿Ahunque mi pesar lo note,
qué causa hay, Cerote? Dilo.

TACON.

Que en acabandose el hilo,
no es menester el cerote.

D. PEDRO.

¡Cómo acabarse! ¡Ay de mí!
Mira, que me dás la muerte.
Si hay algun pesar mas fuerte,
dilo ya, y muera yo aqui.

TACON.

¿No lo vén? Con mas presteza
podrá sacarle el gatillo *ap.*
de la quixada un colmillo,
que el hijo de la cabeza.

D. INES.

¿Qué á mi hermano le sucede?
Yo estoy sin mí, de temor.
¡Qué quieres, injusto amor!
¿Y por que volver no puede
á casa?

TACON.

Yo lo dixera;
mas de él tengo mucho miedo.
Ahora, yó he de vér, si puedo *ap.*
sacarle algo por postrera.
¿Vé usté aquel hombre tan fiero,
que á reñir con él se atreve?
Pues es un hombre, á quien debe
mi amo un poco de dinero;
y él á mi amo antes debia
dineros, que le pagaba,
y siempre que le encontraba,

al punto se los pedia.
Mas, despues que le pagó,
mi amo el deudor vino á ser:
y no hay modo, de poder
cobrar de él.

D. PEDRO.

¿Pues por qué no?

TACON.

Se olbidó, que le debia.

D. PEDRO.

¿Pues cómo no se olbidó,
de lo que el otro debió,
pues siempre se los pedia?

TACON.

Por eso, á reñir, se mueve.

D. PEDRO.

Y es razon, que se los pida.

TACON.

De lo que debe, se olbida;
mas no, de lo que le deben.

D. PEDRO.

¡Y eso recatando estás,
quando estoy tan afligido?
¿De quanto la deuda ha sido?

TACON.

Cien escudos son no mas.

D. PEDRO.

Pues yo se los pagaré,

porque no esté tan molesto.

TACON.

Sí, señor: salgamos de esto;
que yo se los llevaré.

D. PEDRO.

Pues yo voy á mi aposento,
á darselos de contado.

TACON.

Pues con eso está ajustado;
y vendrá Lope al momento.

D. PEDRO.

!Solo por eso reñia;
y con cólera tan ciega,
que soy su padre me niega,
y al otro matar queria!
Al verlo tan impaciente,
temí, que fuera otro exceso.

TACON.

¡Jesus! Pues no adviertes, que eso
lo ocasionó la creciente?

D. PEDRO.

Por los cien escudos voy
al instante á mi escritorio. *vase.*

TACON.

Animas del Purgatorio; *ap.*
cien misas de ellos os doy.
Nadie culpe á mis cuidados
la estafa, al verme perdido;

que no es mucho, haber vendido
un hijo por cien ducados.

D. INES.

¿Dime, ingrato, desatento,
tu traycion, si lo sabia,
por qué á mí no me decia
de esta mujer el intento?
¿Es bien, haber engañado
á mi amor con su sentido,
quando yo de mî me olbido?

TACON.

¡Ay, que el mal se le ha pegado!

D. INES.

¡Mas qué he dicho!

TACON.

¡Ay Dios, qué exceso!

D. INES.

¡Sin mí estoy! Locura es.

TACON.

¡Jesus! ¿Pues la hermana Inés,
ahora sale con eso?

D. INES.

A poder él ser mi esposo,
confieso, que le estimára
mas que á otro, á quien juzgára
tan fino y tan amoroso.

TACON.

Eso ya es inclinacion.

D. INES.

No es delito, ahunque sea asi.

TACON.

¿Pues qué me darás á mí,
si traygo dispensacion?

D. INES.

¡Dispensacion! Esa es buena.

TACON.

Eso no saben acá;
el de Miquinéz las dá
á seis quartos la docena.

D. INES.

Mas tente, Cerote, y mira,
quién es, quien entra aqui dentro.

Sale Don Lope.

D. LOPE.

Ya de Doña Ana el encuentro
templó en mi afecto la ira.
De Felix en la posada
esta noche la he asistido;
que, como recien venido,
fue alli mi eleccion forzada,
para poderla librar.
Allá sola se quedó,
y al punto que amaneció,
mi padre vuelvo á buscar.

D. INES.

¿Quién es?

D. LOPE.

¿Hase levantado
ya Don Pedro de Lujan?

TACON.

¡Qué es, lo que miro! ¡San Juan!

D. INES.

¿Quién es?

TACON.

El deudor pasado,
en acreedor convertido.

D. INES.

Caballero, ya saldrá
mi padre, y os pagará,
lo que mi hermano ha debido.

D. LOPE.

¿Sois vos su hija?

D. INES.

Yo soy.

D. LOPE.

Dame los brazos, hermana.

D. INES.

¡Qué decís!

TACON.

¡Santa Susana!

D. LOPE.

Yo soy tu hermano.

TACON.

Allá voy.

D. LOPE.

¿ Hermana Inés?

TACON.

¡ Hay quimera
mas linda!

D. INES.

¡ Yo hermana! Paso.

TACON.

Debe de pensar acaso,
que eres tú la hospitalera.

D. LOPE.

¿Cómo con despego tal,
llegas, un hermano á vér?

TACON.

Usted lo debe de ser
del Hospital General.

Sale Don Pedro.

D. PEDRO.

Vamos, Cerote, á pagarle
á este hombre; que es lo primero;
que ya aqui llevo el dinero.

TACON.

Pues bien puedes, derramarle.

D. LOPE.

Padre y señor.

TACON.

¡ Christo eterno!

D. PEDRO.

¡Qué habla este hombre! ¡Padre dixo!

TACON.

Sí; que ahora os sale este hijo,
como cebollon de invierno.

D. LOPE.

¡Cielos, qué es esto, que toco!
¿No me conoces?

D. PEDRO.

¿Quién eres?

D. LOPE.

¿Que soy Don Lope, no infieres?

D. PEDRO.

¡Qué dices, hombre! ¡Estás loco!
Eso me dices á mí,
quando mi hijo está en casa!

D. LOPE.

¡Cielos, qué es esto que pasa!

TACON.

¿No lo dixe? Venlo aqui.
Miren aqui los regalos,
que halla. El diablo me lo dixo.
Si este hombre dá, en ser su hijo,
le han de dar quatro mil palos.

D. LOPE.

Padre y señor: padre mio:
Don Lope soy de Lujan;
que, ahunque los años me habrán

trocado el rostro, no el brio,
que heredé de aquesos brazos;
y si en mi ausencia ha fingido
alguien, que tu hijo ha sido,
yo le haré dos mil pedazos;
que sin duda es hombre baxo,
quien finge por su interés,
que es tu hijo.

TACON.

Par Dios, que es
tieso el hijo como un ajo.

D. INES.

Señor, esto es fingimiento.

TACON.

Gran dia ha de ser el de hoy.

D. PEDRO.

Hija, vive Dios, que estoy
perdiendo el entendimiento.

D. LOPE.

Señor, yo anoche llegué,
y aqui encontré á mi enemigo;
y no hablé entonces contigo,
porque á su hermana libré.

D. PEDRO.

Luego, quien riñó con él
fuisteis vos. De pena muero.
¿No es, á quien debe el dinero
ese hombre?

TACON.

Digo, que es él.

D. LOPE.

¡Qué dinero!

TACON.

¿Hay marabilla
como esta, ó es carantoña?
¿Usté no es el hijo de Oña,
el Mercader de Sebilla?

D. LOPE.

Hombre, tu error lo imagina,
si esa apariencia te ofrece.

TACON.

Señores, se le parece
como un pollo á una sardina.

D. PEDRO.

Caballero, vive Dios,
que ya es mucha demasía,
y mucha bellaquería;
quando, el que riñó con vos,
era mi hijo, querer
fingiros vos hijo mio,
quando á vuestro desvarío
contradice el parecer.
Porque, si por darme enojos,
lo habeis querido fingir,
os lo sale á desmentir,
lo que están viendo los ojos.

Mi hijo Don Lope está en casa,
y él es mi mismo retrato;
y si vuestro desacato
ya mas adelante pasa,
tendrá osadía tan vana
castigo; y su atrevimiento...

TACON.

Verán, si no pára el cuento,
en zurrarle la badana.

D. LOPE.

¡Qué es lo que escucho! Señor,
quien riñó conmigo, era
Don Fernando de Ribera:
y quien con ciego furor
en Sebilla me hirió á mí
en su casa por Doña Ana
de Ribera, que es su hermana,
aquella que estaba aqui.
Y esto lo echareis de vér,
en que al punto que la vió,
á matarla se arrojó:
y yo, para defender
el peligro de su vida,
de tu casa la saqué,
y á otra casa la llevé,
donde la tengo escondida.
Y si no crees, que es verdad,
vente tú, señor, conmigo;

que hallando en ella un testigo,
saldrás de tu ceguedad.

TACON.

Cielos, no es nada la veta
de la media.

D. PEDRO.

Mas me aflijo.
¿Tu amo no es Lope mi hijo?

COSME.

Como Lope fue el Poeta.

D. PEDRO.

¡Pues qué es esto!

TACON.

Esas son largas.

D. PEDRO.

Tú me harás desesperar.

TACON.

¿Helo yo de averiguar?
Yo soy Cerote, y no Bargas.

D. LOPE.

Villano, pues tú este daño
estás fomentando aqui,
viven los cielos, que en tí
he de vengar el engaño.

TACON.

Señor, sé tú mi coleto.

D. LOPE.

Ahunque lo contrario intentes,
yo soy su hijo, y tú mientes.

TACON.

Por mí, mas que seas su nieto.

D. PEDRO.

¿Qué intentas, hombre prolixo?
¿No basta, darme pesar,
sin que vengas á matar
el criado de mi hijo?

D. LOPE.

Que yo soy tu hijo, señor.

TACON.

Bien puede él haberlo sido,
sin que tú lo hayas sabido.

D. INES.

Padre, el remedio mejor
es, irlo á averiguar,
y que tú vayas, á vér,
lo que dice esa mujer;
que ella no puede afirmar,
que sea Lope su hermano,
estando él aqui presente;
que si él su engaño desmiente,
quanto diga, será en vano.

D. PEDRO.

Allá he de ir. ¡Si esto sería
verdad, y este mi hijo fuera,

D. INES.

yo las albricias me diera;
que á mí mas bien me estaria.

D. PEDRO.

Venid pues.

D. LOPE.

Ya yo os asisto.

TACON.

Vé tú, y allá te lo avén.

D. PEDRO.

Tú has de seguirnos tambien.

TACON.

Esto es malo, vive Christo.

D. PEDRO.

Guiad. ¿Dónde habemos de ir?

D. LOPE.

A salir de este embarazo.

TACON.

Pues ya se desata el lazo,
bien me podré yo escurrir. *vanse.*

D. INES.

¡Cielos, se habrá visto pecho
en confusion semejante!
¡Que yo con un hombre encuentre,
que me enamóre en la calle:
que entré en mi casa inclinada,
y que le trayga mi padre
por mi mismo hermano á casa;

que en presencia rostro, y talle
tenga señas de mi hermano,
palabras y obras de amante;
y que su amor y su olbido
me obligue contra la sangre!
¡Que una mujer forastera
venga á mí, porque la ampáre:
que yo en casa la reciba
con generosas piedades:
que venga un hombre de fuera,
que aqui riñendo se hallen
mi hermano y él: que al sacar
ella una luz, su semblante
mueva en mi hermano un enojo,
de quien el otro la guarde;
y ahora vuelva este hombre mismo
con razones eficaces
afirmando, que es mi hermano;
y entre confusion tan grave
se hallen todos los sentidos,
sin saber, hácia qué parte
poder guiar el discurso:
y quando ningun dictamen
en todos ellos es fixo,
solo mi amor es constante,
sin que las dudas se alteren,
ni la razon le contraste,
de ser mi hermano el que quiero!

Sin duda hay secreto grande
de amor entre tantas dudas,
y el corazon es, quien sabe
estos sécretos á veces;
pues si él permíte, que ame,
siendo, quien saberlo puede,
sin duda, no es yerro amarle;
¿que á ser mi hermano, el delito
contradixera la sangre.
Mas caso que no lo sea,
qué importa el quererle facil,
quando ya, en darme á Don Diego,
está tan firme mi padre,
que hoy dice, que de secreto,
con él ha de desposarme?
¿Amor, qué quieres de mí;
quando eres, para templarte,
si no es mi hermano, imposible;
y si es mi hermano, culpable?

Sale Leonor.

LEONOR.

Señora, tu hermano viene,
descolorido el semblante
y ajado, como quien suele
pasar la noche en la calle.

D. INES.

¡Ay Leonor, que yo presumo,

que son mayores mis males!
Que no es mi hermano!

LEONOR.

¡Qué dices!

D. INES.

Que hay ya muchas novedades.

LEONOR.

¿Pues qué mas quiere tu amor,
si, que no es tu hermano, sabes?

D. INES.

¿Qué importa, si con Don Diego
me quiere casar mi padre?

LEONOR.

¡Jesus, y qué mentecata!
¿No sabes, que él es tu amante?

D. INES.

Sí lo creo: asi es verdad.

LEONOR.

¿Pues hay mas, de que le engañes
á tu padre, y que este Lope,
que por hermano te trahen,
con la piel del otro hermano
hoy la bendicion le gane,
como el otro lo hizo marras?

D. INES.

¡Cómo ha de ser eso facil!

LEONOR.

Mas él viene.

D. INES.

Sin mí estoy
entre dos precisos males.

Sale Don Fernando.

D. FERNANDO.

Despues que toda la noche
de ofendido y vigilante,
por buscar mis enemigos,
no dexé casa ni calle,
sin poderlos encontrar;
apenas el dia sale,
quando en la Red de San Luis,
queriendo pasar al Carmen,
á Don Felix de Guzman
encontré, mi amigo grande,
al qual de verme admirado,
calló mi afrenta el semblante;
que no ha de saber mi agravio
hasta mi venganza nadie.
Enseñóme su posada,
donde volver á albergarme
pienso, hasta hallar mi enemigo;
que ya no es bien, que yo pase
en lances de honor con burlas
de amor y olbido adelante;
y asi á Don Lope y á Inés:::
Mas ella está aqui.

D. INES.

Pesares, *ap.*
matadme ó morid. ¿Don Lope,
señor, hermano, qué haces?
¿Qué novedades son estas?
¿De dónde vienes? ¿qué trahes?

D. FERNANDO.

Yá, Señora Doña Inés,
es fuerza, que el alma os hable
con las veras, que hasta aqui
decente ocultó el donayre.
Yo no soy hermano vuestro;
no, no el cariño lo extrañe,
que el lugar que tengo en él,
si es mi ventura tan grande,
que haya merecido alguno,
no vengo á desocuparle;
sino á pedir, que de hermano
me le troqueis en amante.
Para aquesto en vuestro pecho
no ha de entrar, ni salir nadie:
yo estoy dentro, vos me veis:
no el decóro os embarace;
porque no habreis menester
mas que, para mejorarme,
dar el oficio al amor,
que estaba haciendo la sangre.
Y porque ocuparle puedo,

conozcàis (digo ocuparle,
por capáz del favor vuestro;
que á vos no os merece nadie.)
Don Fernando de Ribera
soy; que en aquel mismo instante,
que os ví en Madrid, de Sebilla
acababa de apearme.
Traxome aqui una desdicha,
Permitidme, que la calle,
porque al decirla, recelo,
que me arrojeis de la parte
donde me teneis, señora,
si vos llegais á mirarme,
ahunque fue sin culpa mia,
vestido de este desayre.
Estando en la calle pues,
sin tener, donde albergarme,
sin socorro, por cojerme
sin prevencion este lance,
á los ojos de Don Diego
y á la ansia de vuestro padre,
posiblemente engañaron
las señas de mi semblante.
Y esto junto con fingir
mi criado con tal arte
la enfermedad de mi olbido,
hizo el engaño mas facil.
Traxome á casa por hijo,

donde trocando el dictamen,
lo que acepté desvalído,
lo proseguí por amante.
Obligóme vuestro amor,
á lo que, sin causas tales,
fuera, señora, indecente
en un hombre de mi sangre.
Mas ya, el declararme, es fuerza;
porque en mi pecho no caben
aquellas burlas fingidas
al lado de mis pesares.
Vuesto amor sé, que en él vive,
y creed, señora, que es grande;
pues tal linage de pena,
no resiste el maridage.
A decir esto, resuelto
vengo, á vos y á vuestro padre;
porque en ningun tiempo pueda
ser por mi engaño culpable:
que, ahunque en esto os aventúre,
mas quiere mi noble sangre,
que ayrosa verdad os pierda,
que indigna cautela os gane.
Y mirad, lo que os estimo;
pues quando mi duda sabe,
que el digno lugar de hermano
tengo en vuestro pecho afable,
mi corazon no se atreve

á estár en él como amante,
sin que antes de aqueste engaño
la aleve mancha se lave.
Don Fernando de Ribera
soy por mi noble linage:
del logro de mis deseos
son mis deseos capaces:
pero capaces, teniendo
vuestra gracia, que esa nadie
la merece, porque es gracia,
que la nobleza mas grande,
quando se pone á la vista
de luces tan celestiales,
solo es un vaso capáz,
donde sus favores caben.
Solo mi amor os propongo
por merito de mi parte;
y ese lo es, queriendo vos,
sin que yo pueda quexarme
de vos, porque no quereis;
que él no ser mi amor constante
correspondido, es desdicha,
no culpa en vuestro dictamen;
que no nace la hermosura
obligada, quando nace,
á querer á quien la quiere,
si es la de su amor constante.
Ya pues, señora, que yo

la obligacion de mi sangre
he cumplido, haced ahora,
lo que el afecto os dictáre.
Si os conviene, consultad
mi deseo á vuestro padre,
y del engaño con él,
por el amor disculpadme,
Y sabed, que yo no puedo,
por lo que el alma os aplaude,
dexar nunca de ser vuestro,
ahunque mi amor no os alcance.
Y si fuere mi fortuna
tan corta, que no se abrase
por víctima el corazon
en vuestro incendio suave;
quexoso de mi desdicha
y agradecido á mis males,
por la gloria de la causa
viviré de mis pesares,
contento, de haber perdido
una ventura tan grande,
por no ajar mi bizarría
de tal engaño al ultraje.

D. INES.

Don Fernando. ¡quién pudiera
con palabras eficaces
decirte los parabienes,
que doy á mi amor, de hallarte

galan, quando por mi hermano
estaba oculto en la carcel
de mi silencio! Aquel dia
que te ví, en el mismo instante
los ojos, que me pediste,
eras tú, quien me llevaste.
Mas de este amor el estorbo
es el gusto de mi padre,
que me casa con Don Diego.
Mas primero que me case,
á morir estoy resuelta.
Ahora, pues tú ya sabes
de mi amor y tu peligro,
ponte en el riesgo, de parte
del remedio, si hay alguno.

D. FERNANDO.

Ya, señora, llegó el lance
tan á punto del extremo,
que el remedio, que aqui cabe,
es, el que yo no me atrevo
á proponeros amante,
por el respeto que os tengo:::

LEONOR.

¡Respeto! Es para galanes
de la era del Rey Bamba,
que oliendo el favor de un guante
estaban nueve ó diez años:
pero ya no se usa el trage

de las calzas atacadas.

D. INES.

Fernando, no lo dilates.
Antes de decir mi amor,
pudieras embarazarte:
mas diciendo, que te quiero,
mas que atento, eres cobarde.

D. FERNANDO.

Pues el remedio, señora,
solo es, poneros en parte,
donde digais, que sois mia,
sin que el riesgo os embarace;
que desde alli, á ser mi esposa,
me toca á mí lo restante.

D. INES.

¿Quando ha de ser eso?

D. FERNANDO.

Luego;
que en sabiendo vuestro padre,
que no soy su hijo, es preciso,
que aquesta ocasion me falte.

D. INES.

¿Y dónde he de ir?

D. FERNANDO.

A un convento.

D. INES.

Pues, Leonor, los mantos trahe.

LEONOR.

Al arma, Comendadores. *Vase.*

D. INES.

Toma, dueño mio.

D. FERNANDO.

¿Qué haces?

D. INES.

Darte la mano:::

D. FERNANDO.

¿Qué dices?

D. INES.

De tu esposa.

D. FERNANDO.

¡Dicha grande!

D. INES.

Esto es preciso.

D. FERNANDO.

¿Por qué?

D. INES.

Por ir honrada.

D. FERNANDO.

¿A qué parte?

D. INES.

Siendo yó tu esposa ya,
á donde tú me llevares.

Sale Leonor con los mantos.

D. FERNANDO.

Pues yo al alma la traslado.

por mi labio.

D. INES.

No te tardes.

D. FERNANDO.

¡Vamos, pues.

D. INES.

Ya yo te sigo.

D. FERNANDO.

Bien haya mi suerte.

LEONOR.

Andares;
eso sí marido á gusto,
ahunque sea pobre, que hace
la boda en Carnestolendas
con quesadillas y ojaldres. *vanse.*

Sale Doña Ana con manto y Don Felix.

D. FELIX.

Señora, perdonad, que con la prisa
de salir con Don Lope está mañana,
un papel olbidé, cosa precisa
para mi pretension.

D. ANA.

Prevencion vana
es la que haceis, señor, en vuestra casa,
á quien os debe amparo tan atento.

D. FELIX.

Entre tales amigos, siempre pasa

al que hace el gusto, el agradecimiento:
demás de que á Don Lope se lo debo;
y estando aqui vos sola, no me atrevo,
á entrar, aunque es segura mi fineza.

D. ANA.

Esa atencion tendrá vuestra nobleza,
por lo que á sí se debe;
pero no porque aqui la causa os mueve,
que de vos y de mí Don Lope alcanza,
quando me trahe aqui la confianza,
que merece tan fiel correspondencia.

D. FELIX. [*vase.*

Pues de entrarle á buscar, me dad licencia.

D. ANA.

¡Cielos, que yo viniera
á buscar el peligro, y que saliera
delante de mi hermano!
Cómo esto pudo ser, discurro en vano;
si no fue, que ofendido,
á Don Lope siguiendo, haya venido.
Dicha ha sido, librarme de la muerte;
ya agradezco á mi suerte,
que habiendome Don Lope aqui trahido,
no me haya conocido
aqueste caballero,
que de Sebilla es, ya lo que infiero,
pues yo allá oí su nombre. [bre.
Sombra no encuentro, ya que no me asom-

de mi hermano la intrepida locura,
de cuyo enojo aqui no estoy segura,
pues siempre me parece, que le encuentro:::

Sale Don Fernando.

D. FERNANDO.

¿Don Felix de Guzman está aqui dentro?

D. ANA.

Valedme, cielos, en tal riesgo ahora.

D. FERNANDO.

¿No está en casa Don Felix, mi señora?

Sale Don Felix.

D. FELIX.

¿Quién á Don Felix busca?

D. ANA.

Ahí os espera.

D. FERNANDO.

Tu amigo Don Fernando de Ribera.

D. ANA.

¡Ay cielos! Yo soy muerta,
si no puedo salir por la otra puerta. *vase.*

D. FELIX.

¿Amigo mio, que es lo que me quieres?

D. FERNANDO.

Aqui vienen conmigo dos mujeres,
que mientras hago yo una diligencia,
de que se estén aqui, dareis licencia.

D. FELIX.

Amigo, vive Dios, que me has cojido

aquí con otro paxaro en el nido.

D. FERNANDO.

¿Por qué?

D. FELIX.

Porque aqui tengo una señora,
que me encargó un amigo; mas ahora
se lo entraré á rogar. Decid, que espere;
que no lo puedo hacer, si ella no quiere.

D. FERNANDO.

Si querrá por dos horas solamente;
que en las mujeres no es inconveniente;
que ellas no se embarazan.

D. FELIX.

Voy á verlo; *vase.*
que no puedo hacer mas, que proponerlo.

D. FERNANDO.

Entra, Inés.

Salen Doña Inés y Leonor.

D. INES.

¡Ay Fernando! Quiera el cielo,
que de mi amor se logre el firme zelo,
con que te sigo.

D. FERNANDO.

Aqui estarás, en tanto
que yo busco el convento.

LEONOR.

¡Cielo santo!
La oracion de San Juan me salió cierta;

porque, en echando el huevo, fui á la puerta,
y Cerote dixeron de alli á un rato,
y Cerote bien viene con zapato.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Fernando, ya no es menester licencia;
que la mujer se fue : y es evidencia, *ap.*
que de Fernando ha sido conocida,
pues, al verle, de aqui sue fue afligida.
¡De ella daré á Don Lope buena cuenta!
Sea quien fuere, ha sido desatenta.
¿ Fernando, tú, despues de haber venido,
acaso alguna dama has conocido?

D. FERNANDO.

Si no es á la que veis, otra ninguna.

D. FELIX.

¡Pues qué es esto! ¡Hay mujer mas impor- [tuna,
que porque entró aqui un hombre, se ha-
ya ido!
Amigo, ya en tu intento estás servido.

D. FERNANDO.

Pues, despues de dexar estas señoras
aqui dentro, te pido por dos horas,
que me acompañes á una diligencia.

D. FELIX.

Eso no puede ser con tu licencia;
porque otra ocupacion mayor me llama,

D. FERNANDO.

¡Mayor!

D. FELIX.

Sí: de buscar aquesta dama,
que, para irse, mas causa no ha tenido,
que huir de tí, si á tí te ha conocido.

D. FERNANDO.

¡Mujer que huyó de mí! Cielo, si fuera
mi hermana esta cruel; que bien pudiera,
pues no es conocida ella de mi amigo.
¿Quién te traxo esa dama?

D. FELIX.

Eso no digo;
porque dama y secreto me ha fiado,
y en quanto esto he de estar siempre á su
[lado.

D. FERNANDO.

¿Pues hay peligro?

D. FELIX.

Y grande, segun dice.

D. FERNANDO.

¡Cielos, si he sido yo tan infelice, *ap.*
que contra mí mi amigo esté empeñado!
Mas aqui es imposible mi cuidado;
que Don Felix el cargo no admitiera,
quando supiese, que mi hermana era.
Ignorandole, menos ser podia;
porque cómo es posible, que en un dia,
siendo Don Felix hoy recien venido,

sea de mi ofensor tan conocido? [to.
Yo, Don Felix, he de irme á aqueste inten-
D. FELIX.
Esta la llave es de mi aposento:
dadsela á esa señora;
que yo á buscar la otra, voy ahora.
D. FERNANDO.
Vamos pues.
D. FELIX.
A buscarla me resuelvo.
D. FERNANDO. [*vase.*
Cerrad, señora, vos; que luego vuelvo.
D. INES.
Cierra, Leonor, la puerta.
¡Cielos, si tanta dicha será cierta!
Mas mira, que á la puerta están llamando:
ábrela, que quizá será Fernando.
LEONOR.
Sin sosiego me tiene el casamiento:
Dios quiera, que no pare en sentimiento.
D. INES.
¡Hay pena mas tirana!
LEONOR.
¿Quién llama aqui?
D. LOPE *dentro.*
Yo soy; abre, Doña Ana.
LEONOR.
¡Ay, señora, muerta estoy!

D. INES.

!Tu padre!

D. INES.

¡Jesus mil veces!

LEONOR.

Aqui nos parten las nueces,
ó las piernas : yo me voy. *vase.*

Salen Don Pedro, Don Diego, Don Lope y Tacon.

D. PEDRO.

Yo tanto me he detenido,
para que sea Don Diego
testigo, de que estais ciego.

TACON.

Escurrirme no he podido.

D. DIEGO.

¡Vos Don Lope! Vive Dios,
que á no ver, que vuestro engaño
es castigo mas extraño,
reñido hubiera con vos.

D. LOPE.

Pues la verdad no ha podido,
ni las señas, que yo he dado
tan seguras, no han bastado,
para haberme conocido;
y el tener acaso ese hombre
el semblante que os engaña,
que yo tube, quando á Hespaña

dexé, y el tomar mi nombre;
no pretendo ahora pues,
que por hijo me tengais,
sino que aqui conozcais,
como ese hombre no lo es.

Tapase mas Doña Inés.

Este es mi padre, Doña Ana.
No te encubras; que es en vano.
Dí, quién soy yo, quién hermano.

D. INES.

¡Hay pena mas inhumana,
que encontrarme aqui mi padre!

D. LOPE.

Dilo pues; que aqui no hay mal,
que recelar.

TACON.

No hagas tal,
por la leche de tu madre.

D. LOPE.

Dá, pues le importa á mi fama,
de descubrirte, licencia.

D. PEDRO.

¿No veis, como en mi presencia
no osa, decirlo esta dama?

D. LOPE.

¿Doña Ana, qué intentas, dí;
que á hacer una groseria
me ocasiönas?

D. INES.

¡Suerte mia,
qué he de hacer; que estoy sin mí!

TACON.

Por vida de Inés de Astorga,
que lo diga. Velo usté:
ella lo niega.

D. LOPE.

¿Por qué?

TACON.

Porque, ahunque calla, no otorga.

D. PEDRO.

De vuestro engaño prolixo
viendo el desengaño, os dexo.

TACON.

Señores, con esto el viejo
mas se encarniza en el hijo.

D. LOPE.

¡Cómo iros! Vive Dios,
que antes se ha de descubrir,
y tambien ha de decir,
quien soy, delante de vos.

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Vive Dios, que hallar no puedo
esta mujer. ¡Mas qué miro!
¿Quién está aqui?

D. LOPE.

Pues, Doña Ana,
primero el desayre mio
escusar quiero, pues siendo
yo tu esposo, no has querido
descubrirte; y asi yo:::

D. INES.

¡Valedme, Cielos divinos!

D. FELIX.

¡Qués es lo que haceis! Deteneos.

D. LOPE.

Felix, Doña Ana es testigo
de lo que á mi honor le importa;
y por mas que la he pedido,
que se descubra, y lo diga,
no quiere.

D. FELIX.

Tened por Christo,
que esta dama no es Doña Ana.

D. LOPE.

¿Pues quién?

D. FELIX.

No puedo decirlo,
ni ahunque quisiera pudiera,
porque la traxo un amigo
aqui, sin saber, quién es.

D. LOPE.

¿Pues y Doña Ana?

D. FELIX.

Se ha ido
de aqui, sin saber yo dónde.

D. LOPE.

Eso, Felix, es indicio,
de que estais vos en su intento,
y fomentais su designio.
¡Oh falso amigo! ¡Oh traydor!

D. FELIX.

Ni traydor, ni falso amigo
soy, porque ésta no es Doña Ana.

D. PEDRO.

¿Pues si veis, que ella no ha sido,
qué es lo que intentais ahora?

D. LOPE.

Descubrirse no ha querido,
y yo he de hacerlo, Don Felix.

D. FELIX.

Pues, que yo he de resistirlo,
entended.

D. LOPE.

Viven los cielos,
que tu traycion, falso amigo:::

D. FELIX.

Don Lope, viven los cielos,
que es cierto, quanto os he dicho;
y no es Doña Ana esta dama.

D. PEDRO.

¡Qué escucho! ¡Don Lope dixo!

TACON.

¿Si lo finge para tí,
no puede haberlo fingido
para el otro?

D. PEDRO.

Caballero,
Don Lope es un hijo mio;
que éste que veis, no es Don Lope.

D. FELIX.

Yo esa duda no averiguo:
solo esta dama defiendo,
que me ha encargado un amigo.
Entraos, señora, allá dentro.

D. INES.

La vida á este hombre he debido. *vase.*

D. LOPE.

Don Felix, esa es traycion,
que mi acero:::

D. PEDRO.

¿Estais sin juicio?
Mirad, que estoy á su lado,
si intentais tal desatino.

D. DIEGO.

Y yo tambien.

TACON.

Y yo, y todo.

D. LOPE.

Padre, vos:::

D. PEDRO.

¡Ay tal delirio!
Hombre, yo no soy tu padre.

TACON.

Señor, que te llame tio;
partase la diferencia,
y hazle siquiera sobrino.

D. LOPE.

¿Señores, caso como éste
habrá á otro hombre sucedido?
Viven los cielos sagrados,
que perdiendo estoy el juicio.

D. FELIX.

Don Lope, esta es la verdad.

D. PEDRO.

Que no es Don Lope; hombre, idos,
ó perderé la paciencia,
y haré con vos un delirio.

D. DIEGO.

Y yo tambien, vive Dios;
que estais ya muy atrevido
en un engaño tan grande.

TACON.

Y yo tambien, vive Christo,
pues quereis, ser hijo hongo,
que, sin sembrarle, ha nacido.

D. LOPE.

A todas esas injurias
respondo, que las permito,
porque ahunque mi padre aqui
á mí no me ha conocido,
yo le conozco por padre,
y le respeto como hijo;
y porque dudo, si es cierto,
lo que Don Felix ha dicho,
iré á buscar á Doña Ana,
y ella será fiel testigo
de mi verdad, si la halláre;
y vive el cielo divino,
que si la ocultais, Don Felix,
de mí tengais el castigo. *vase.*

D. PEDRO.

Caballero, este pesar
por mi causa habeis tenido;
que este hombre sin duda es loco.

TACON.

Sí, señor, porque ha querido
hacerse hijo de mi amo,
como si espiga de trigo
fuera él, que de repente
lé salen tres ó quatro hijos.

Sale Don Fernando.

D. FERNANDO.

Ya he apalabrado el convento.

¡Mas, cielos, qué es lo que miro!
¡Don Pedro y Don Diego aqui!
¡Si á Doña Inés habrán visto!

D. PEDRO.

Este es mi hijo, señor.
Vén acá, Lope, hijo mio.
¡Qué es esto! ¿Dónde has estado?

D. FERNANDO.

¿Pues, señor, ya no has sabido,
que no soy tu hijo?

D. PEDRO.

¡Hay tal cosa!
¡Que no sanes de tu olbido!

TACON.

¿Señor, yo no te lo dixe?
No hay remedio, vive Christo,
de que al otro hijo le crean.

D. FERNANDO.

Don Felix, ¿dónde se ha ido
la dama?

D. FELIX.

Allá dentro está;
que nadie la ha conocido.

D. FERNANDO.

Mirad, que este hombre es su padre.

D. FELIX.

¡Su padre! ¡Grande peligro!

D. PEDRO.

¿Lope, cómo no me abrazas?

D. FERNANDO.

Forzoso es aqui, fingirlo, *ap.*
por èl peligro de Inés.
¿Pues, señor, qué te ha trahido
á està casa?

D. PEDRO.

Un hombre loco,
que dá, en que él ès tú, y ha dicho
aqui quatro mil locuras.

TACON.

Es un loco, vive Christo.
Señor, mira lo que pasa.
De risa pierdo el sentido.

Salen Don Lope y Doña Ana.

D. LOPE.

Aqui vereis, caballero,
si es verdad, lo que yo digo.
Entra conmigo, Doña Ana.

D. ANA.

¡Ay cielos, qué es lo que miro!

D. FERNANDO.

¡Ah infiel hermana!

D. LOPE.

Teneos,
Don Fernando; que el delito
de Doña Ana, os está bien.

Entrad, señora, conmigo.

D. FELIX.

Ahora estoy á vuestro lado.
Mirad, que he dado á este amigo
palabra, de defender
de aquesta dama el peligro.

D. FERNANDO.

Mirad, Felix, que es mi hermana.

D. FELIX.

Fernando, lo dicho dicho.

D. PEDRO.

¡Cómo tu hermana! ¡Qué dices!
¡Hay mayores desatinos!

D. FERNANDO.

A todos he de mataros.
Quitaos vos, que nada miro.

D. PEDRO.

¡Tú me pierdes el respeto!

TACON.

En estando enfurecido,
se matará con su padre.

D. LOPE.

Don Fernando, ya os he dicho,
que os está bien.

D. FERNANDO.

¿Bien á mí?

D. LOPE.

Sí, siendo yo su marido.

D. FERNANDO.

De esa suerte decís bien,
pues restauró mi honor limpio.

D. LOPE.

Pues ahora, porque todos
salgamos de un laberinto
¿vos Don Fernando no sois
de Ribera?

D. FERNANDO.

Así lo afirmo.

D. LOPE.

Pues yo, señor, soy Don Lope
de Lujan.

D. PEDRO.

¡Cielos, qué he oído!
¿Pues no eres mi hijo tú?

D. FERNANDO.

Sí, yo lo soy, y lo he sido.

D. PEDRO.

¿Pues cómo aquesto respondés?

D. FERNANDO.

Porque vos no habeis sabido
cómo lo soy; mas vereislo.
Ah Doña Inés.

Salen Doña Inés y Leonor.

D. INES.

Dueño mio.

D. FERNANDO.

Dame la mano.

D. INES.

Soy tuya.

D. FERNANDO.

De este modo soy tu hijo;
porque hasta aqui lo fui solo,
porque soy el parecido.

TACON.

Lleve el diablo, quien habláre
palabra sobre lo dicho.

D. PEDRO.

Pues me está bien, yo lo aceto.

TACON.

Pues, Leonor, tu mano pido.

LEONOR.

yo la doy, y con dos manos.

TODOS.

Y con esto y con un vitor
para Moreto, aqui tiene
fin dichoso el Parecido.





